JUAN CARLOS PAZOS

# El expediente 47



# EL EXPEDIENTE 47

Juan Carlos Pazos

© Juan Carlos Pazos

## CAPÍTULO 1

### La carta

La lluvia golpeaba los cristales del apartamento con la insistencia de un recuerdo que se niega a morir. Ricardo Varela contemplaba las gotas deslizarse por el vidrio sucio, trazando caminos arbitrarios que se bifurcaban y volvían a encontrarse. Fumaba su tercer cigarrillo de la tarde —o quizá el cuarto, había perdido la cuenta— mientras el humo se enroscaba perezoso hacia el techo manchado de humedad.

Setenta y ocho años. Veintitrés retirado. Y todavía sentía el peso de la placa en el bolsillo interior del abrigo, aunque hacía más de dos décadas que no la llevaba.

El apartamento olía a tabaco frío y a soledad enquistada. Las cajas de archivos se apilaban contra las paredes, eran testigos mudos de una carrera que terminó demasiado pronto, o demasiado tarde, dependiendo de cómo se mirara. Ricardo ya no estaba seguro de nada. La certeza era un lujo que había dejado de permitirse el día que encontraron el cuerpo de Sergio Mena flotando en el Nervión, con los bolsillos llenos de piedras y los ojos abiertos mirando hacia un cielo que ya no podía ver.

El timbre sonó dos veces. Breve, impaciente.

Ricardo aplastó el cigarrillo en el cenicero desbordante y se levantó con la lentitud de quien sabe que nada urgente puede esperarle ya. Su rodilla izquierda protestó por la vieja herida de servicio que los médicos dijeron que mejoraría con el tiempo y que resultó ser una mentira bien intencionada.

Cojeando levemente, cruzó el pasillo estrecho. A través de la mirilla solo distinguió la espalda de alguien que ya se alejaba escaleras abajo. Para cuando giró el picaporte y asomó la cabeza, el hueco de la escalera estaba vacío. Solo quedaba el eco de unos

pasos apresurados resonando en los pisos inferiores y el olor acre a fritanga que subía desde el piso de la señora Aguirre.

En el felpudo había un sobre. Manila. Sin remitente. Sin sello. Sin nombre.

Ricardo lo recogió con la precaución instintiva de quien ha visto demasiadas veces lo que puede esconderse en un simple papel. Lo sopesó entre las manos. Ligero. Una sola hoja, quizá dos.

Volvió al interior y cerró la puerta con el pie. El cerrojo giró con un chasquido metálico que sonó demasiado fuerte en el silencio del apartamento.

Se acercó a la ventana, buscando la luz grisácea de la tarde, y rasgó el sobre con el dedo índice. Dentro había una única hoja, escrita a máquina. No, rectificó al examinarla más de cerca. Impresa en ordenador, con una tipografía común. Times New Roman. Doce puntos. Anónima hasta la médula.

El mensaje era corto:

*El caso 47 no terminó.*

Nada más. Ni firma. Ni explicación. Ni amenaza explícita.

Ricardo leyó las cinco palabras tres veces, pretendía que alguna relectura pudiera revelar un significado distinto. Pero las letras permanecieron tercas en su simpleza.

*El caso 47.*

Dejó la carta sobre la mesa del salón y se quedó mirándola. Su mente repasaba los casos, rebobinaba años y nombres y rostros. Había trabajado cientos de expedientes en sus treinta y cinco años de servicio. Homicidios, desapariciones, robos, extorsiones. Había conocido lo peor del ser humano en todas sus variantes grises.

Pero el caso 47...

Nada. Un vacío absoluto.

Se acercó a las cajas apiladas contra la pared del fondo. Estaban organizadas por décadas, aunque el sistema de clasificación se había vuelto caótico con los años. Abrió la primera: años ochenta.

Fotocopias amarillentas, informes mecanografiados, fotografías en blanco y negro de escenas del crimen que había preferido olvidar.

No había ningún caso 47.

Pasó a la siguiente caja. Años noventa. La década en que todo había empezado a torcerse, aunque entonces no lo supiera. Buscó entre carpetas desgastadas, entre post-its descoloridos y anotaciones marginales escritas con su propia letra de entonces, más firme, más confiada.

Nada.

La tercera caja. La cuarta. La quinta.

El caso 47 no existía.

Ricardo se enderezó, sintiendo cómo la espalda le crujía en protesta. La lluvia había arreciado y ahora tamboriléaba con furia contra los cristales, intentaba decirle algo que él no era capaz de escuchar.

Volvió a la mesa y cogió la carta. La giró, la examinó a contraluz, buscando marcas de agua, imperfecciones, cualquier cosa que pudiera darle una pista sobre su origen. Pero el papel era común, el tipo de resma que podía comprarse en cualquier papelería.

*El caso 47 no terminó.*

¿Por qué esa numeración? Los expedientes de la comisaría seguían un sistema alfanumérico basado en el año y el orden de apertura. Nunca números simples. Nunca tan... desnudo.

A menos que...

Un pensamiento empezó a abrirse paso en su mente, tímido al principio, luego más insistente. Los casos no oficiales. Las operaciones paralelas. Aquellas investigaciones que se llevaban al margen de los cauces regulares, con órdenes que llegaban desde arriba, desde despachos sin ventanas donde se tomaban decisiones que nunca constaban en actas.

Había participado en algunas. Todos lo habían hecho, en la época en que la línea entre lo legal y lo necesario se difuminaba con demasiada facilidad. Operaciones antiterroristas. Infiltraciones. Seguimientos no autorizados. Cosas que, vistas desde la distancia, desde el otro lado del retiro y de demasiadas noches en vela, le hacían cuestionarse quién había sido realmente el hombre que llevaba esa placa.

Sergio había estado en muchas de esas operaciones con él.

El nombre de su antiguo compañero resonó en su cabeza con la familiaridad de una canción olvidada que de pronto vuelve. Sergio Mena. El hombre que le había enseñado todo lo que sabía sobre investigación policial. El hombre que había muerto en circunstancias que nunca quedaron del todo claras, a pesar del veredicto oficial de suicidio.

Ricardo se acercó al mueble donde guardaba sus cuadernos de notas personales. No los informes oficiales —esos habían quedado en comisaría, archivados o destruidos, daba igual— sino los cuadernos donde anotaba sus propias reflexiones, conexiones, sospechas que no entraban en los cauces oficiales.

Había doce cuadernos, de tapa negra, de espiral metálica. Los había numerado él mismo, con rotulador blanco. Cogió el último, el que correspondía a sus últimos años de servicio, y empezó a hojearlo.

Su propia letra le devolvía la mirada desde las páginas, apresurada a veces, meticulosa otras. Nombres tachados. Flechas que conectaban fechas. Dibujos esquemáticos de escenas del crimen. Y entre todo ello en la última página, escondido en una esquina inferior derecha, un número escrito con lápiz, casi imperceptible:

**47**

Ricardo sintió que el suelo se movía ligeramente bajo sus pies. Acercó el cuaderno a la luz. El número estaba ahí, sin duda, pero no recordaba haberlo escrito. No recordaba qué significaba. A

su alrededor, en la misma página, había notas sobre otros casos, otros nombres, pero ese número flotaba aislado, sin conexión aparente con nada.

¿Cómo era posible que hubiera olvidado algo así?

Dejó el cuaderno sobre la mesa, junto a la carta anónima, y ambos papeles se miraron en silencio, guardando secretos que él mismo había enterrado sin saberlo.

La noche había caído sin que Ricardo se diera cuenta. Las farolas de la calle proyectaban un resplandor anaranjado sobre el suelo del apartamento, creando sombras alargadas que se retorcían en las paredes. Encendió la lámpara de pie y se sirvió un whisky. Solo dos dedos. O tres. Ya qué más daba.

Se hundió en el sillón de orejas que había sido de su padre y cerró los ojos.

Y entonces llegó el recuerdo.

No. No era exactamente un recuerdo. Era más bien un fragmento, una esquirla de algo más grande que se había roto hace mucho tiempo. Una voz. La voz de Sergio, inconfundible, con ese deje áspero de fumador empedernido.

*«No abras ese archivo, Ricardo. Por lo que más quieras, no lo abras.»*

¿Cuándo había dicho eso? ¿Dónde? Ricardo forzó la memoria, intentando atrapar el contexto, pero era como intentar sujetar agua con las manos. La voz estaba ahí, clara y nítida, pero todo lo demás se desvanecía en una bruma densa.

Abrió los ojos de golpe, con el corazón latiéndole más rápido de lo que debería. El whisky temblaba en su mano.

La lámpara parpadeó una vez, dos veces, y luego se estabilizó.

En el silencio del apartamento, solo se oía la lluvia y, muy a lo lejos, el ulular de una sirena perdiéndose en la noche.

Ricardo miró la carta sobre la mesa. Luego el cuaderno con ese número inexplicable. Y supo, con la certeza que solo da la experiencia de toda una vida persiguiendo verdades a medias, que algo muy malo había sucedido hace mucho tiempo.

Algo que alguien se había encargado de hacer desaparecer.

Algo que ahora, por alguna razón, quería volver.

Se levantó, ignorando el dolor de la rodilla, y cogió su abrigo del perchero. Los guantes de cuero estaban en el bolsillo, donde siempre los guardaba. Se los puso con movimientos lentos, casi rituales.

No sabía exactamente qué iba a hacer. No sabía si debía hacer algo. Pero después de veintitrés años de silencio forzoso, de tardes muertas contemplando la lluvia, de noches pobladas de fantasmas que no pedían permiso para visitarle, alguien le había lanzado un anzuelo.

Y él, el viejo sabueso que creía haber olvidado cómo seguir un rastro, sentía de nuevo el tirón familiar de la caza.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle mojada. Un coche negro estaba aparcado al otro lado, con los faros apagados. Podía ser casualidad. Probablemente lo era.

Pero Ricardo Varela había dejado de creer en las casualidades el mismo día que sacaron el cuerpo de Sergio Mena del río.

Cogió su móvil —un modelo antiguo, de los que solo servían para llamar— y marcó un número que tenía guardado en la memoria, pero que no había usado en años.

Sonó cinco veces antes de que alguien descolgara.

—¿Diga? —La voz al otro lado sonaba cautelosa, sabía que ninguna llamada a esas horas traía buenas noticias.

—Soy Varela —dijo Ricardo—. Necesito que me consigas una cosa.

Hubo una pausa. Luego un suspiro.

—Creía que estabas retirado.

—Y lo estoy. Pero necesito acceder a los archivos antiguos. Los de casos especiales. Los que no aparecen en el registro oficial.

—Ricardo... —la voz sonaba ahora casi suplicante—. Sabes que eso no es posible. Ya no. Las cosas han cambiado.

—Lo sé. Pero hazme este último favor.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—¿Qué estás buscando?

Ricardo miró la carta sobre la mesa.

—El caso 47.

La respiración al otro lado del teléfono cambió. Se volvió más superficial.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. Todos lo sabíais.

—Ricardo, escucha. Deja eso. Sea lo que sea, déjalo estar.

—No puedo.

—Entonces no puedo ayudarte. Lo siento.

Y colgó.

Ricardo se quedó con el teléfono en la mano, escuchando el tono de llamada cortada. Luego lo dejó sobre la mesa, junto a la carta y el cuaderno.

La lluvia seguía cayendo. El coche negro seguía aparcado en la calle. Y en algún lugar de su memoria rota, Sergio Mena seguía susurrándole advertencias que llegaban demasiado tarde.

*«No abras ese archivo.»*

Pero ya era tarde para no abrirlo. Porque el archivo, fuera lo que fuera, se había abierto solo.

Y Ricardo Varela, detective retirado, alcohólico funcional, habitante de un apartamento lleno de fantasmas y expedientes muertos, sabía que no podría volver a cerrarlo hasta llegar al final.

Aunque ese final lo destruyera.

## CAPÍTULO 2

## Huellas borradas

La Jefatura Superior de Policía de Bilbao seguía siendo el mismo edificio de hormigón gris que Ricardo recordaba, aunque ahora le parecía más pequeño, más opresivo, semejaba que los años le hubieran robado no solo el tiempo sino también la perspectiva. Las ventanas rectangulares lo miraban con la indiferencia de quien ha visto pasar demasiadas vidas, demasiadas carreras truncadas, demasiados hombres como él que volvían buscando respuestas que probablemente era mejor no encontrar.

Había pasado la noche en vela, fumando y dándole vueltas a ese número imposible. El 47. Dos dígitos que no significaban nada y que, al mismo tiempo, parecían contenerlo todo. Al amanecer, con los ojos irritados y el sabor amargo del café malo en la boca, había tomado una decisión: si nadie iba a ayudarle por teléfono, tendría que presentarse en persona.

Ahora, de pie frente a la entrada principal, con el abrigo empapado por la llovizna persistente que había sustituido al aguacero de la noche anterior, Ricardo sintió el peso de los años caer sobre sus hombros como una losa de plomo. Veintitrés años sin cruzar esa puerta. Veintitrés años huyendo de un pasado que ahora le reclamaba con la insistencia de una deuda sin saldar.

Subió los escalones de dos en dos, intentando ignorar el dolor que le atravesaba la rodilla como un alambre candente. El vestíbulo olía exactamente igual que entonces: a desinfectante industrial, a papel viejo y a ese aroma indefinible que desprendían los lugares donde la burocracia se mezclaba con la desesperación humana.

El agente de recepción —un chaval que no debía de tener más de veinticinco años, con el uniforme impecable y la mirada todavía limpia de quien no ha visto demasiado— lo miró con esa mezcla de cortesía profesional y recelo que se reserva para los civiles que se presentan sin cita previa.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ricardo Varela. Vengo a ver al comisario Luna.

El chico tecleó algo en el ordenador, frunciendo el ceño.

—¿Tiene cita?

—No. Pero él me recibirá.

La expresión del agente dejaba claro que lo dudaba, pero cogió el teléfono y marcó una extensión. Habló en voz baja, girándose ligeramente, como si Ricardo no pudiera escuchar cada palabra en aquel vestíbulo resonante.

—Sí, señor. Un tal Ricardo Varela... Ajá... Entiendo... Se lo digo.

Colgó y se volvió hacia Ricardo con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—El comisario Luna está en una reunión importante. No puede recibirle sin cita previa. Si desea, puede solicitar una para la semana que viene a través de...

—Dile que es sobre el caso 47 —interrumpió Ricardo.

El agente parpadeó, desconcertado.

—¿El caso qué?

—47. Dos números. Cuatro y siete. Díselo.

Hubo un momento de vacilación. El chico volvió a coger el teléfono, esta vez con menos convicción. Habló aún más bajo que antes. Ricardo observó cómo su expresión cambiaba gradualmente: confusión, sorpresa, algo que podría ser inquietud.

Cuando colgó, su rostro se había vuelto más pálido.

—Dice que suba. Tercera planta. Despacho 312.

Ricardo asintió y se dirigió hacia los ascensores, consciente de la mirada del joven agente clavada en su espalda. Sabía lo que estaba pensando: *¿Quién es este viejo? ¿Qué ha dicho que ha conseguido que el comisario interrumpa su reunión?*

Las puertas del ascensor se cerraron con un siseo neumático. Ricardo se miró en el espejo del fondo: un hombre de setenta y

ocho años con barba de dos días, ojeras profundas y un abrigo que había conocido tiempos mejores le devolvió la mirada. Parecía lo que era: un fantasma del pasado que no tenía ningún derecho a estar ahí.

La tercera planta estaba más silenciosa de lo que recordaba. Algunas puertas estaban abiertas, revelando despachos donde agentes jóvenes tecleaban en ordenadores o hablaban por teléfono con esa mezcla de hastío y urgencia que caracterizaba el trabajo policial.

Nadie lo miró. O quizá simplemente fingían no verlo.

El despacho 312 estaba al fondo del pasillo, con una placa dorada que rezaba: **COMISARIO JOSÉ LUNA - ASESOR ESPECIAL**.

Ricardo llamó dos veces. Una voz desde el interior le invitó a pasar.

José Luna estaba de pie junto a la ventana, contemplando la ciudad gris que se extendía bajo un cielo del color del acero. No se giró cuando Ricardo entró, pero habló sin apartar la mirada del exterior.

—Ricardo Varela. Cuánto tiempo. —Su voz era suave, casi amable, pero había en ella un filo que Ricardo reconocía bien. Era la voz de un hombre acostumbrado a ser obedecido.

—Comisario.

Luna se volvió por fin. Había envejecido bien, pensó Ricardo con una punzada de algo que podría ser envidia o simplemente rencor. El cabello negro, peinado hacia atrás con gomina, apenas mostraba algunas hebras grises en las sienes. El traje era caro, italiano probablemente, y le sentaba como un guante. Los ojos, sin embargo, seguían siendo los mismos: fríos, calculadores, capaces de diseccionar a un hombre con una sola mirada.

—Ya no soy comisario —dijo Luna con una sonrisa que no era exactamente una sonrisa—. Ahora soy asesor del Ministerio del Interior. Un puesto más... tranquilo.

—Felicidades.

—Gracias. Aunque me pregunto qué te trae por aquí después de tanto tiempo. Y más aún, qué tiene que ver con un número que mencionaste en recepción. —Luna se acercó a su escritorio, amplio y ordenado, y se sentó con la elegancia estudiada de quien ha perfeccionado cada gesto—. ¿El caso 47, dijiste?

Ricardo permaneció de pie, negándose a aceptar la invitación implícita de sentarse en una de las butacas de cuero que flanqueaban el escritorio.

—Recibí esto ayer.

Sacó la carta del bolsillo interior del abrigo y la dejó sobre la mesa. Luna la cogió con dos dedos, como si pudiera estar contaminada, y la leyó sin que su expresión cambiara lo más mínimo.

—*El caso 47 no terminó* —leyó en voz alta—. Interesante. ¿Y se supone que esto significa algo para mí?

—Tú dime.

Luna dejó la carta sobre la mesa y se reclinó en su sillón, entrelazando los dedos sobre el pecho.

—Ricardo, han pasado más de veinte años desde que dejaste el cuerpo. Muchas cosas han cambiado. Los protocolos, los sistemas de archivo, la forma de trabajar... Es posible que este número se refiera a algo de tu época, pero sin más contexto...

—Corta la mierda, José —interrumpió Ricardo, y sintió una satisfacción oscura al ver cómo la mandíbula de Luna se tensaba imperceptiblemente—. Sé que hubo casos que no aparecían en los registros oficiales. Operaciones paralelas. Cosas que se hacían cuando las órdenes venían de arriba, de muy arriba. Tú estabas en esas reuniones. Tú dabas algunas de esas órdenes.

—Ten cuidado con lo que insinúas.

—No insinúo nada. Afirmo. —Ricardo se inclinó sobre el escritorio, apoyando las manos en la superficie pulida—. Encontré

ese número en mis notas antiguas. En mi letra. Pero no recuerdo haberlo escrito. No recuerdo qué significa. Y eso no es normal.

Luna lo observó en silencio durante un largo momento. Luego suspiró y se levantó, volviendo a la ventana.

—¿Sabes cuál es tu problema, Ricardo? Nunca supiste cuándo parar. Siempre tenías que escarbar, hurgar, seguir tirando del hilo incluso cuando era evidente que lo mejor era dejarlo estar. —Se giró, y ahora su rostro mostraba algo parecido a la lástima—. Por eso tu carrera terminó como terminó. Por eso Sergio acabó en el río.

El nombre cayó entre ellos como una piedra.

—No metas a Sergio en esto —dijo Ricardo, y su voz sonó más ronca de lo que pretendía.

—Pero es que Sergio siempre estuvo en esto, ¿verdad? Sergio y tú. El dúo dinámico. Los que no seguían las reglas. Los que creían que el fin justificaba los medios.

—Nosotros limpiábamos la mierda que vosotros dejabais tras de sí.

—Y mira dónde os llevó eso. —Luna volvió a sentarse, y esta vez su sonrisa era genuina, aunque no menos fría—. Ricardo, voy a darte un consejo. Gratis. Por los viejos tiempos. Olvídate de ese número. Olvídate de esa carta. Vuelve a tu apartamento, sírvete un whisky y sigue con tu vida. Porque si empiezas a remover mierda vieja, lo único que vas a conseguir es ensuciarte tú mismo.

—¿Es una amenaza?

—Es una recomendación. De un antiguo colega que todavía siente algo parecido al aprecio por ti.

Ricardo se enderezó. Recogió la carta de la mesa y la guardó en el bolsillo.

—Siempre fuiste un hijo de puta, José. Pero al menos antes tenías la decencia de no disfrazarlo de preocupación.

Luna se encogió de hombros.

—Los tiempos cambian. Nosotros también. La puerta está detrás de ti.

Ricardo salió del despacho sin añadir nada más. En el pasillo, un agente que pasaba a su lado se detuvo en seco, como si acabara de reconocerlo. Era mayor que el chico de recepción, quizá cuarenta y muchos años, con el pelo ralo y una cicatriz en la mejilla izquierda.

—¿Varela? —preguntó en voz baja, casi un susurro.

Ricardo asintió.

El hombre miró nerviosamente hacia ambos lados del pasillo y luego se acercó más.

—Soy Aguirre. Entré en el cuerpo el año antes de que te fueras. Trabajé un par de casos contigo. Menores.

Ricardo recordaba vagamente una cara más joven, sin la cicatriz, pero asintió de nuevo.

—Escucha —continuó Aguirre, bajando aún más la voz—. No sé qué has venido a buscar aquí, pero... nadie habla del 47. ¿Me entiendes? Nadie. Ni siquiera cuando están borrachos, ni siquiera cuando creen que nadie les oye. Es como si ese número no existiera.

—¿Por qué me cuentas esto?

Aguirre se encogió de hombros, pero había miedo en sus ojos.

—Porque te respetaba. Porque creo que fuiste un buen detective antes de... ya sabes. Y porque creo que deberías dejarlo morir. Sea lo que sea.

—Es la segunda vez en diez minutos que me dicen eso.

—Entonces quizá deberías escuchar.

Aguirre echó un último vistazo hacia el despacho de Luna y luego se alejó por el pasillo sin esperar respuesta, con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos.

Ricardo permaneció inmóvil durante unos segundos. El zumbido de los fluorescentes parecía más fuerte ahora, casi

ensordecedor. Podía sentir miradas clavándose en su espalda, aunque cuando se giraba, todas las puertas estaban cerradas, todos los rostros vueltos hacia sus pantallas.

Bajó por las escaleras en lugar de usar el ascensor. Necesitaba moverse, quemar la adrenalina que le corría por las venas. Cada escalón era una punzada en la rodilla, pero el dolor le ayudaba a pensar, a mantener la mente clara.

*Déjalo morir.*

*No abras ese archivo.*

*El caso 47 no terminó.*

Tres mensajes contradictorios. O quizá no tanto. Quizá todos estaban diciéndole lo mismo: que había algo ahí, algo real, algo peligroso. Algo que había estado enterrado tanto tiempo que la gente había empezado a creer que nunca había existido.

Pero Ricardo sabía que los muertos no permanecen enterrados cuando alguien decide desenterrarlos.

Salió del edificio y la llovizna le golpeó la cara. La calle estaba relativamente vacía, solo algunos peatones apresurándose bajo paraguas negros. Ricardo encendió un cigarrillo y se quedó bajo el alero de la entrada, fumando y observando.

El coche negro de la noche anterior no estaba. O quizá simplemente no lo veía. Quizá la paranoia empezaba a hacer mella en él.

O quizá no era paranoia en absoluto.

Terminó el cigarrillo y echó a andar hacia la parada del autobús. No tenía coche desde hacía años —la jubilación no daba para mantener lujos— y sus piernas no estaban para largas caminatas. El 13 lo dejaría cerca de su apartamento. Desde allí, podría...

Se detuvo en seco.

¿Podría qué? ¿Seguir buscando entre cajas llenas de polvo y recuerdos muertos? ¿Llamar a antiguos colegas que colgarían el

teléfono en cuanto oyeran su voz? ¿Perseguir fantasmas que quizá solo existían en su imaginación fracturada?

Quizá Luna y Aguirre tenían razón. Quizá lo mejor era volver a casa, servirse ese whisky y dejar que el pasado siguiera siendo pasado.

Pero entonces recordó la voz de Sergio en aquel fragmento de recuerdo. *«No abras ese archivo.»* Y la forma en que Luna había leído la carta, con esos dedos delicados que temían contaminarse. Y la palidez del agente de recepción cuando mencionó el número.

No. No era su imaginación.

Algo había pasado. Algo terrible. Y él había estado ahí. Había participado de alguna forma que ahora no podía recordar.

El autobús llegó con un suspiro de frenos neumáticos. Ricardo subió, pagó el billete con monedas sueltas y se sentó al fondo, junto a la ventana empañada. El vehículo se puso en marcha con una sacudida.

Mientras las calles grises de Bilbao desfilaban al otro lado del cristal, Ricardo cerró los ojos y trató de forzar la memoria. El 47. ¿Qué era? ¿Un caso? ¿Una operación? ¿Un código?

Pero cada vez que intentaba atrapar algo concreto, su mente se deslizaba hacia otro lado, había un muro invisible que no le dejaba acceder a esa parte de su pasado.

*No es natural*, pensó. *Esta clase de olvido no es natural.*

Abrió los ojos. Una mujer mayor, sentada frente a él, lo miraba con desconfianza, apretando su bolso contra el pecho. Ricardo debía de haber hablado en voz alta sin darse cuenta.

Se bajó dos paradas antes de la suya. Necesitaba caminar, aclarar la cabeza, pensar. La llovizna se había transformado en niebla, una bruma pegajosa que se adhería a la ropa y a la piel.

Cuando giró hacia su calle, algo llamó su atención. Un detalle fuera de lugar, una nota discordante en la sinfonía monótona de su barrio.

La puerta de su edificio estaba entreabierta.

Ricardo se detuvo a media acera. El portal siempre estaba cerrado. La cerradura automática llevaba años funcionando correctamente, era una de las pocas cosas que funcionaban en aquel edificio decrépito.

Se acercó despacio, con los sentidos alerta. La puerta no mostraba signos de forzamiento, pero definitivamente no estaba cerrada del todo. Un hueco de apenas cinco centímetros la separaba del marco.

Empujó con el pie. La puerta se abrió sin resistencia, revelando el vestíbulo oscuro. La luz del temporizador estaba apagada.

Ricardo entró, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Olía a humedad y a ese aroma rancio de los edificios viejos, pero había algo más. Algo reciente. Alguien que usaba una colonia cara, fuera de lugar en aquel entorno.

Subió las escaleras en silencio, pegándose a la pared, controlando su respiración. La rodilla protestaba, pero la ignoró. Tenía otras prioridades ahora.

Segundo piso. Su puerta estaba cerrada, aparentemente intacta. Sacó las llaves con cuidado, tratando de no hacer ruido. Introdujo la llave en la cerradura y la giró con la lentitud de quien desactiva una bomba.

La puerta se abrió.

El apartamento estaba en penumbra. Las cortinas seguían corridas. Pero había algo diferente. Una sensación. La certeza instintiva de que alguien había estado ahí.

Encendió la luz.

A primera vista, todo parecía igual. Las cajas de archivos seguían apiladas contra la pared. La mesa con sus papeles desperdigados seguía en su sitio. El cenicero desbordante. La botella de whisky medio vacía.

Pero cuando se acercó a la mesa, lo vio.

Sus papeles habían sido movidos. Sutilmente, con cuidado, pero movidos al fin y al cabo. Alguien había estado revisándolos. Las cajas de archivos también: estaban ligeramente desplazadas, los ángulos no eran exactamente los mismos.

Alguien había entrado. Había buscado algo.

¿Lo había encontrado?

Ricardo hizo un recuento mental rápido. La carta anónima estaba en su bolsillo. El cuaderno con el número 47 seguía sobre la mesa, donde lo había dejado. Los archivos antiguos... bueno, ahí había cientos de papeles. Imposible saber si faltaba algo.

Se dirigió al dormitorio. La cama deshecha, la ropa tirada sobre la silla, todo igual. Pero cuando abrió el cajón de la mesilla de noche, su corazón se detuvo un instante.

La foto no estaba.

Era una fotografía vieja, de los años noventa, tomada en una barbacoa de comisaría. Sergio y él, más jóvenes, con cervezas en las manos y sonrisas que no parecían forzadas. Una imagen simple, sin importancia aparente.

Pero era la única foto que conservaba de Sergio Mena.

Y ahora había desaparecido.

Ricardo volvió al salón con las piernas temblorosas. Se dejó caer en el sillón y se quedó mirando el techo, donde una mancha de humedad dibujaba formas caprichosas.

*¿Por qué llevarse la foto?* No tenía sentido. A menos que...

Se levantó de un salto, ignorando el dolor. Fue directo a la caja que contenía los archivos de los años noventa. La abrió con manos temblorosas y empezó a revisar carpetas, buscando...

Ahí. Una falta. Un hueco entre dos expedientes que antes estaban juntos. Recordaba ese hueco. O creía recordarlo. Había sido una investigación sobre desapariciones de menores. Casos sin resolver. Niños que se esfumaban sin dejar rastro.

La carpeta ya no estaba.

Ricardo se sentó en el suelo, rodeado de papeles y fantasmas. Su mente trabajaba a toda velocidad, conectando puntos que hasta ese momento habían permanecido dispersos.

La carta anónima. El número 47. La reacción de Luna. La advertencia de Aguirre. Y ahora esto: alguien había entrado en su casa y se había llevado documentos específicos. No cualquier cosa. Cosas relacionadas con Sergio. Cosas relacionadas con desapariciones.

El patrón empezaba a emerger, todavía borroso, pero definitivamente ahí.

El teléfono móvil sonó, sobresaltándolo. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Número oculto.

Dudó un momento. Luego respondió.

—¿Sí?

Silencio al otro lado. Pero no un silencio vacío. Alguien estaba ahí, respirando suavemente.

—¿Quién es? —preguntó Ricardo.

La voz que respondió era mecánica, distorsionada, irreconocible.

—Deja de buscar.

—¿Quién coño eres?

—Última advertencia. Deja de buscar o...

—¿O qué?

El silencio se alargó. Luego:

—O recordarás.

La llamada se cortó.

Ricardo se quedó con el teléfono en la mano, mirando la pantalla que volvía a quedar en negro. Sus dedos temblaban ligeramente.

*O recordarás.*

¿Recordar qué? ¿Qué era lo que no debía recordar?

Se acercó a la ventana y apartó ligeramente la cortina. La calle estaba vacía salvo por un par de coches aparcados. No había nadie vigilando. O si lo había, eran muy buenos.

Volvió a la mesa y cogió el cuaderno con el número 47. Lo abrió por la última página, donde ese número flotaba solo, sin contexto, sin explicación.

Con manos temblorosas, sacó una lupa del cajón y examinó la página más de cerca. Y entonces lo vio: una marca casi imperceptible en el papel, justo debajo del número. Como si alguien hubiera escrito algo más, con tanta fuerza que había dejado una hendidura en la página siguiente.

Cogió un lápiz y, con la misma técnica que había usado en cientos de casos para revelar escritura borrada, frotó suavemente la mina sobre el área marcada.

Letras empezaron a aparecer. Dos palabras:

**SIERRA MÁGINA**

Ricardo dejó caer el lápiz.

Sierra Mágina. Una zona montañosa en Jaén. Área rural, poco poblada. ¿Qué tenía que ver eso con un caso en Bilbao?

Pero entonces otro recuerdo emergió, más nítido que el anterior. No una voz esta vez, sino una imagen. Sergio conduciendo por una carretera de montaña, con el sol poniéndose a sus espaldas. Y él mismo en el asiento del copiloto, mirando un mapa desplegado sobre sus rodillas.

*¿Cuándo había sido eso?*

Intentó aferrarse al recuerdo. Solo quedaban fragmentos: el olor a pino, el ruido del motor, la sensación de urgencia.

Y entonces, como un fogonazo, otra imagen: una casa abandonada. Una puerta de madera podrida. El sonido de un grito ahogado detrás de esa puerta.

Ricardo se llevó las manos a la cabeza. Le dolía. Un dolor punzante y preciso, como si alguien estuviera taladrándole el cráneo desde dentro.

*No abras ese archivo.*

*O recordarás.*

El dolor aumentó. Cerró los ojos con fuerza. Y en la oscuridad detrás de sus párpados, vio algo que hizo que se le helara la sangre.

Una niña. No más de diez años. Sucia. Asustada. Mirándolo con unos ojos que contenían todo el terror del mundo.

Y él mismo. Más joven. Con su placa colgando del cuello. Diciendo algo. Unas palabras que no podía escuchar, pero que le quemaban la garganta.

El dolor se volvió insoportable.

Ricardo abrió los ojos de golpe, jadeando. El apartamento seguía ahí. La realidad seguía ahí. Pero algo había cambiado.

Porque ahora sabía, con una certeza que le aterrorizaba, que lo que había olvidado era mucho peor de lo que había imaginado.

Y que alguien había hecho todo lo posible para que siguiera olvidándolo.

Se levantó con dificultad y fue al baño. Se echó agua fría en la cara, mirándose en el espejo manchado. El hombre que le devolvió la mirada tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro del color de la ceniza.

Cuando volvió al salón, vio algo que no había notado antes.

Sobre la mesa, junto al cuaderno, había una fotografía.

No. No era la que habían robado. Era otra. Nueva.

La cogió con manos temblorosas.

Era la misma fotografía de Sergio y él en la barbacoa. La misma imagen, la misma sonrisa, el mismo momento capturado en el tiempo.

Pero había algo diferente.

Le dio la vuelta.

En el reverso, escrito con tinta negra y letra pulcra, había una fecha:

**15 de octubre de 2024**

Ricardo sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Esa fecha era de hacía dos semanas.

Pero la fotografía original había sido tomada en 1997.

Veintisiete años atrás.

Cuando Sergio Mena todavía estaba vivo.

## CAPÍTULO 3

## El fantasma del caso

La fotografía descansaba sobre la mesa. Ricardo la había estado mirando durante horas, fumando cigarrillo tras cigarrillo hasta que el apartamento se llenó de una bruma azulada que hacía que todo pareciera irreal.

*15 de octubre de 2024.*

Tres semanas atrás.

Era imposible. Sergio Mena había muerto en el año 2000. Ricardo había identificado el cuerpo. Había visto su rostro hinchado por el agua, los ojos abiertos mirando hacia la nada, las piedras en los bolsillos que contaban una historia de suicidio que nadie se había creído del todo pero que todos habían aceptado porque era más fácil que la alternativa.

Y sin embargo, ahí estaba esa fecha. Escrita con una caligrafía que no reconocía, pero que transmitía una certeza inquebrantable.

Alguien estaba jugando con él. O alguien sabía algo que él no sabía.

O —y esta posibilidad era la que más le aterrorizaba— sus propios recuerdos eran mentira.

El amanecer llegó sin que Ricardo se hubiera dado cuenta. La luz grisácea se filtró a través de las cortinas, revelando la magnitud del desorden: papeles esparcidos por el suelo, cajas volcadas, archivos abiertos y revisados una y otra vez en busca de algo que no sabía qué era, pero que estaba seguro de que existía.

Se había pasado la noche reconstruyendo una cronología fragmentada. Los últimos meses de Sergio. Los casos en los que habían trabajado juntos. Las operaciones que no aparecían en ningún registro oficial. Y cuanto más escarbaba, más se daba cuenta de que había agujeros en su memoria. No olvidos naturales, sino ausencias quirúrgicas. Momentos que simplemente no estaban ahí.

Necesitaba ayuda. Y solo conocía a una persona que podría tener respuestas.

Lucía Mena.

El nombre había aparecido en una de las carpetas antiguas, en una anotación marginal de Sergio: *«Hablar con L. sobre el colegio.»* Una nota críptica, sin fecha, sin contexto. Pero Ricardo recordaba vagamente que Sergio tenía una hija. Una niña pequeña cuando él y su compañero trabajaban juntos. Debía de rondar los treinta ahora.

Una búsqueda rápida en internet —una de las pocas concesiones modernas que Ricardo había incorporado a su vida— le dio la información que necesitaba. Lucía Mena, periodista de investigación en *El Correo*. Especializada en casos de corrupción y crimen organizado. Había ganado un par de premios por reportajes sobre trata de personas y redes de narcotráfico.

La hija de Sergio había seguido sus pasos, aunque por otros medios.

Ricardo encontró su correo electrónico en la página del periódico. Escribió un mensaje breve, sin florituras:

*«Soy Ricardo Varela. Trabajé con tu padre. Necesito hablar contigo sobre algo que descubrió antes de morir. Es urgente.»*

Lo releyó tres veces antes de enviarlo. Sonaba desesperado, lo cual era cierto, pero también podía sonar como un cebo de un viejo paranoico. Casi borró el mensaje, pero finalmente pulsó «enviar» antes de poder arrepentirse.

La respuesta llegó cuarenta minutos después. Escueta:

*«Cafetería Iruña. Plaza Nueva. 11:00. Ven solo.»*

Ricardo miró el reloj. Las nueve y media. Tenía tiempo de ducharse, afeitarse, intentar parecer menos el espectro andante en el que se había convertido.

Bajo el agua caliente, con los ojos cerrados, volvió a ver fragmentos. La niña asustada. La casa abandonada en Sierra

Mágina. El rostro borroso de Sergio diciéndole algo importante, algo que debía recordar pero que se le escapaba.

*«No abras ese archivo.»*

Pero ya era tarde para eso. El archivo se había abierto solo, vomitando secretos que llevaban más de veinte años enterrados.

---

La Cafetería Iruña estaba llena de turistas y oficinistas en su pausa de media mañana. Ricardo llegó diez minutos antes de la hora acordada y eligió una mesa al fondo, desde donde podía controlar tanto la entrada principal como la salida de emergencia. Viejas costumbres.

Pidió un café solo y se dedicó a observar. Una pareja de japoneses fotografiando los azulejos modernistas de las paredes. Un grupo de estudiantes con portátiles. Un hombre de mediana edad leyendo el periódico con parsimonia estudiada.

¿Alguno de ellos estaría vigilándolo? La paranoia empezaba a ser su compañera constante.

A las once en punto exactas, la puerta se abrió y entró una mujer que solo podía ser Lucía Mena.

Morena, el cabello corto y deliberadamente despeinado. Llevaba vaqueros oscuros, una camisa blanca arrugada bajo un abrigo negro, y una bolsa de mensajero cruzada sobre el pecho. Sus ojos —los ojos de Sergio, pensó Ricardo con una punzada— recorrieron el local con la misma cautela con la que él lo había hecho minutos antes.

Cuando lo vio, algo cruzó su rostro. ¿Reconocimiento? ¿Decepción? Difícil saberlo.

Se acercó sin sonreír y se sentó frente a él sin esperar invitación.

—Ricardo Varela —dijo. No era una pregunta.

—Lucía. Gracias por venir.

Ella sacó una libreta y un bolígrafo del bolso. Gesto automático, profesional.

—Tienes cinco minutos para convencerme de que esto no es una pérdida de tiempo. Mi padre murió hace veinticuatro años. He tenido que soportar a muchos antiguos colegas suyos contándome sus teorías sobre lo que «realmente pasó» aquella noche. Todos buscando redención. Todos necesitando creer que su muerte significó algo.

Su voz era fría, controlada. Pero Ricardo detectó la fractura debajo. El dolor que el tiempo había cicatrizado, pero no curado.

—No busco redención —dijo Ricardo—. Busco la verdad. Y creo que tu padre la encontró antes de morir.

—¿Qué verdad?

Ricardo sacó la fotografía y la puso sobre la mesa, con la fecha visible.

Lucía la miró sin tocarla.

—¿Dónde conseguiste esto?

—Alguien la dejó en mi apartamento ayer. Después de robar la original.

—¿Robar?

—Entraron mientras yo estaba fuera. Se llevaron documentos. Archivos sobre casos antiguos. Y la fotografía original de tu padre y yo. Esta... esta apareció en su lugar.

Lucía cogió la fotografía por primera vez. La estudió en silencio, su expresión impasible pero sus ojos trabajando, analizando, conectando.

—Esta fecha —dijo finalmente— es imposible.

—Lo sé.

—Mi padre está muerto.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué insinúas? ¿Que alguien viajó en el tiempo? ¿Que es un fantasma?

—Insinúo que hay cosas sobre la muerte de tu padre que no cuadran. Que nunca cuadraron. —Ricardo se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Tu padre estaba investigando algo. Algo grande. Lo suficientemente grande como para que desaparecieran archivos, se borraran registros, se manipularan memorias.

Los ojos de Lucía se entrecerraron.

—¿Qué sabes sobre el caso 47?

Fue como si hubiera pronunciado un conjuro. Ricardo vio cómo el rostro de Lucía se transformaba. La máscara profesional cayó, revelando algo más oscuro, más desesperado.

—¿Cómo sabes ese número? —susurró.

—Alguien me envió una carta. Sin remitente. Decía que el caso 47 no había terminado. —Ricardo hizo una pausa—. Encontré ese número en mis notas antiguas. Escrito por mí. Pero no recuerdo nada sobre él.

Lucía cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, había tomado una decisión.

—Mi padre guardaba archivos en casa. Nunca en comisaría. Decía que no confiaba en que permanecieran a salvo ahí. —Metió la mano en su bolso y sacó una memoria USB—. Encontré esto cuando vaciamos su apartamento después de su muerte. Mi madre quería tirarlo todo. Yo guardé algunas cosas. Tardé años en atreverme a revisar esta memoria.

Le pasó el USB a Ricardo a través de la mesa.

—¿Qué hay en ella?

—Archivos. Nombres. Fechas. Una lista de iniciales que coinciden con políticos, jueces, empresarios. Todos de los años noventa. Todos relacionados de alguna forma que mi padre no llegó a explicitar. —Lucía se inclinó hacia delante, y ahora su voz temblaba

ligeramente—. Y en una carpeta etiquetada como «47», hay solo un documento. Un texto escrito por mi padre tres días antes de morir.

—¿Qué dice?

—Que estaba cerca de resolver algo que había comenzado años atrás. Que tenía pruebas de una operación encubierta que implicaba a menores desaparecidos. Que iba a reunirse con alguien que podía confirmarlo todo. —Lucía hizo una pausa—. Y que si algo le pasaba, no fuera casualidad.

El silencio cayó entre ellos, denso como el humo.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó Ricardo—. ¿Por qué no publicaste esto hace años?

—Porque no tenía pruebas suficientes. Solo fragmentos. Piezas de un rompecabezas que no podía armar. —Lucía lo miró directamente a los ojos—. Y porque en ese documento, mi padre menciona tu nombre.

Ricardo sintió que el suelo volvía a abrirse bajo él.

—¿Qué dice exactamente?

—Dice: *«Ricardo no lo sabe todavía, pero fue parte de esto. Lo usaron. Necesito decírselo antes de que sea tarde. Necesito que recuerde.»*

Las palabras resonaron en la cabeza de Ricardo, un eco en una cueva vacía.

*Lo usaron.*

*Necesito que recuerde.*

—¿Parte de qué? —preguntó, aunque una parte de él no quería conocer la respuesta.

—No lo sé. Mi padre murió antes de poder explicarlo. —Lucía guardó su libreta—. Pero he estado investigando por mi cuenta durante años. Siguiendo las pistas que dejó. Y he descubierto algo.

Sacó una carpeta de su bolso y la abrió sobre la mesa. Contenía recortes de periódicos, fotografías, documentos

fotocopiados.

—Entre 1993 y 1997, diecinueve niños desaparecieron en la zona norte de España. Casos sin resolver. Sin conexión aparente. Diferentes provincias, diferentes circunstancias. —Su dedo se desplazó sobre los recortes—. Pero hay un patrón. Todos eran niños en situación vulnerable. Familias desestructuradas. Hogares de acogida. Menores que, básicamente, nadie echaría mucho de menos.

Ricardo sintió que algo se removía en su estómago.

—Sigue.

—Los casos se archivaron rápidamente. Sin seguimiento real. Como si no importaran. —Lucía lo miró fijamente—. Hasta que, entre 1996 y 1998, tres de esos niños aparecieron. Vivos. En diferentes ciudades. Sin memoria de dónde habían estado. Las familias no quisieron hablar con la prensa. Los expedientes se cerraron de golpe.

—¿Y los otros dieciséis?

—Nunca aparecieron.

Ricardo cogió uno de los recortes. La fotografía de un niño de unos nueve años, sonriendo a la cámara con un par de dientes de leche a medio caer. *Miguel Ángel Torres. 8 años. Desaparecido en Vitoria. Octubre de 1997.*

El rostro le resultaba vagamente familiar. O quizá solo era que todos los niños desaparecidos acababan pareciéndose: ojos que pedían ayuda desde un pasado congelado.

—Mi padre creía que había una red —continuó Lucía—. No de trata sexual, al menos no principalmente. Algo diferente. Algo relacionado con personas de poder que necesitaban... servicios.

—¿Qué clase de servicios?

—No lo sé. Pero encontró una conexión. —Lucía sacó otra fotografía, esta de un edificio—. Esta es una finca en Sierra Mágina. Jaén. Propiedad de una fundación benéfica que nunca existió

realmente. Registro falso. Pero entre 1995 y 1999, hubo actividad ahí. Vehículos entrando y saliendo. Siempre de noche.

Sierra Mágina.

Las palabras que había descubierto bajo el número 47 en su cuaderno.

El recuerdo volvió, más nítido esta vez. La carretera de montaña. Sergio conduciendo. Y él mismo diciendo: *«¿Estás seguro de esto? No tenemos autorización. Si nos pillan...»*

Y la respuesta de Sergio: *«No la necesitamos. Esto está por encima de los protocolos. Si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará.»*

—Estuve ahí —dijo Ricardo, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Con tu padre. No sé cuándo exactamente, pero estuve en esa finca.

Lucía lo miró con una intensidad que cortaba.

—¿Qué viste?

—No lo sé. Es como si... como si esa parte de mi memoria estuviera borrada. Solo quedan fragmentos. Imágenes sueltas. —Ricardo cerró los ojos—. Una casa abandonada. Una puerta. Alguien gritando detrás de esa puerta.

—¿Quién?

—No lo sé.

Cuando abrió los ojos, Lucía estaba escribiendo furiosamente en su libreta.

—¿Sabes qué es el Propofol? —preguntó sin levantar la vista.

—¿El anestésico?

—Sí. Pero en dosis menores, se usa para otros propósitos. Puede causar amnesia anterógrada. Básicamente, borra la memoria de las horas previas a su administración. —Lucía levantó la vista—. Mi padre tenía una nota sobre eso en sus archivos. Sin contexto. Solo la palabra «Propofol» subrayada tres veces.

Las piezas empezaban a encajar, formando una imagen que Ricardo no quería ver, pero que no podía apartar la mirada.

—¿Crees que me drogaron? ¿Que borraron mi memoria de lo que vi en esa finca?

—Creo que tanto mi padre como tú visteis algo que no debíais ver. Él lo documentó. Tú... a ti te hicieron olvidarlo.

—¿Por qué a mí y no a él?

—Quizá porque mi padre sospechaba. Quizá se aseguró de que no pudieran acercarse lo suficiente. —La voz de Lucía se quebró ligeramente—. O quizá porque era más fácil matar a uno y manipular al otro. Un muerto genera preguntas. Un detective con amnesia solo genera lástima.

Las palabras eran crueles, pero probablemente ciertas.

Un camarero se acercó para preguntar si querían algo más. Lucía pidió un café con leche. Ricardo negó con la cabeza, incapaz de tragar nada.

Cuando el camarero se alejó, Lucía habló de nuevo:

—Hay algo más. —Sacó su teléfono y deslizó el dedo por la pantalla hasta encontrar lo que buscaba—. Hace tres semanas, recibí esto.

Le mostró un email. Remitente anónimo. Cuenta desechable. El mensaje era corto:

*«Tu padre no se suicidó. Pregúntale a Varela qué pasó en Sierra Mágina.»*

Ricardo sintió que le faltaba el aire.

—¿Por eso aceptaste reunirte conmigo?

—Por eso no te he denunciado todavía. —Lucía guardó el teléfono—. Porque necesito saber si fuiste cómplice o víctima. Si mataste a mi padre o si te usaron para encubrirlo.

—Yo nunca... —empezó Ricardo, pero se detuvo.

Porque no podía estar seguro, ¿verdad? Si le habían borrado la memoria, ¿cómo saber qué había hecho realmente?

—Necesitamos más información —dijo Lucía, y Ricardo notó el cambio de pronombre. Ya no eran antagonistas. Eran algo más complicado. Aliados por necesidad—. Conozco a alguien que puede ayudarnos. Un informante de mi padre. Sigue vivo. Se hace llamar «El Flaco».

—¿Ramiro Gómez? —preguntó Ricardo, y se sorprendió al recordar el nombre.

—¿Lo conoces?

—Trabajamos con él hace años. Era un confidente. No muy fiable, pero tenía buenos contactos en el mundo marginal. —Ricardo hizo memoria—. Se metió en problemas por robo. Lo último que supe fue que vivía en las calles.

—Sigue ahí. Pero acepta hablar de vez en cuando. Por dinero, claro. —Lucía miró su reloj—. Podemos encontrarlo esta tarde. Tiene una zona en Bilbao La Vieja. Si tiene información sobre el caso 47, la venderá.

Ricardo asintió. Pero entonces recordó algo.

—El ordenador —dijo—. Dijiste que tu padre guardaba todo en esa memoria USB. ¿Puedo llevarla? Necesito revisar esos archivos.

Lucía dudó, sus dedos cerrándose sobre el USB protectoramente.

—Si desapareces con esto...

—No voy a desaparecer. Y si quisiera ocultarte información, no te habría contactado.

Era un argumento débil, pero pareció convencerla. Le entregó la memoria con reticencia.

—Si encuentras algo, me llamas inmediatamente. —Le anotó su número en una servilleta—. Y Ricardo... si descubro que tuviste

algo que ver con la muerte de mi padre, no importará qué te hicieran ni cómo te manipularan. Te hundiré.

Ricardo cogió la servilleta y el USB.

—Si tuve algo que ver, querrás ser tú quien me lo diga. Porque no podré vivir con eso.

Lucía sostuvo su mirada un largo momento. Luego asintió.

—Te mando un mensaje con el lugar y la hora para ver al Flaco. No llegues tarde. Y ven solo. Si sospecha algo, desaparecerá.

Se levantó, dejó dinero en la mesa para su café y salió sin mirar atrás.

Ricardo se quedó solo en la cafetería, con la memoria USB quemándole en el bolsillo como un carbón ardiente.

Pidió un whisky. El camarero le informó que no servían alcohol a esas horas. Ricardo asintió y se levantó.

Cuando salió a la calle, la niebla se había levantado y un sol pálido intentaba abrirse paso entre las nubes. El mundo seguía girando, la gente seguía con sus vidas, ajenos al hecho de que los fantasmas del pasado habían vuelto a caminar entre ellos.

Metió las manos en los bolsillos y echó a andar sin rumbo fijo, pensando en niños desaparecidos, en memorias robadas, en compañeros muertos que quizá no estaban tan muertos como él creía.

Y en esa fecha imposible escrita al reverso de una fotografía:

*15 de octubre de 2024.*

Tres semanas atrás.

Cuando algo había comenzado.

O cuando algo había vuelto.

---

Ricardo llegó a su apartamento con el USB apretado en el puño. Cerró la puerta con doble vuelta de llave y corrió las cortinas.

Paranoico, sí. Pero después de lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas, la paranoia parecía la respuesta más sensata.

Su viejo portátil —una reliquia de hacía diez años que apenas funcionaba— tardó una eternidad en arrancar. Cada segundo de espera era una tortura. Cuando finalmente la pantalla cobró vida, insertó la memoria USB con manos temblorosas.

El dispositivo contenía una única carpeta: **SERGIO_ARCHIVO_PERSONAL**.

Dentro había docenas de documentos. Informes escritos a mano y luego escaneados. Fotografías en baja resolución. Archivos de audio. Y una subcarpeta etiquetada simplemente: **47**.

Ricardo la abrió.

Tres archivos.

El primero era el documento que Lucía había mencionado. Un texto escrito por Sergio tres días antes de su muerte:

---

*«15 de marzo de 2000.*

*Si alguien lee esto, significa que ya no estoy. Significa que llegaron hasta mí antes de que pudiera terminar lo que empecé.*

*El caso que estoy investigando no tiene número oficial. Lo llamo 47 porque esa era la matrícula del vehículo que vi la primera noche en Sierra Mágina. Un número que nadie más recuerda. Un número que fue borrado de todos los registros.*

*Entre 1995 y 1999, coordiné una operación encubierta. No estaba autorizada oficialmente, pero tenía luz verde de arriba. Muy arriba. El objetivo era desmantelar una red de trata de menores. Pero cuando empezamos a tirar del hilo, descubrimos algo peor.*

*No era trata común. Era selección.*

*Alguien, o varios alguienes, estaban escogiendo niños específicos. Perfiles concretos. Los llevaban a esa finca en Jaén. No sé qué hacían con ellos ahí. Pero tres de esos niños reaparecieron años después sin memoria de su cautiverio.*

*Ricardo estuvo conmigo la noche que entramos en la finca. Vimos algo. Algo que no puedo poner por escrito porque ni siquiera estoy seguro de haberlo entendido correctamente.*

*Lo que sí sé es que nos descubrieron. Y que decidieron que yo era prescindible y que Ricardo era útil.*

*Le borraron la memoria de esa noche. No sé cómo exactamente, pero lo hicieron. El Ricardo que conozco ahora no recuerda nada. Y duele verlo así, vacío de la verdad que una vez compartimos.*

*He intentado decírselo. Pero cada vez que me acerco al tema, algo me detiene. Miedo, quizá. O la certeza de que, si le hago recordar, lo matarán a él también.*

*Los nombres de los implicados están en la lista adjunta. No puedo probar nada todavía. Pero estoy cerca. Un testigo ha aceptado hablar. Un guardia de seguridad que trabajó en la finca. Se reúne conmigo mañana.*

*Si algo sale mal, si no vuelvo de esa reunión, que alguien sepa esto: el caso 47 no es un caso policial. Es un encubrimiento. Y llega hasta donde llegan las sombras más largas del poder.*

*Ricardo, si algún día lees esto: no fue tu culpa. Te usaron. Y yo no pude protegerte como debería haberlo hecho.*

*Perdóname.»*

---

Ricardo tuvo que apartar la vista de la pantalla. Las lágrimas nublaban su visión, ardían en sus ojos secos por la falta de sueño.

*«No fue tu culpa.»*

Pero se sentía culpable. De no recordar. De haber seguido viviendo mientras Sergio moría guardando secretos que lo habían destruido.

Secó las lágrimas con el dorso de la mano y abrió el segundo archivo.

Era una lista. Veintitrés nombres. Todos con iniciales en lugar de nombres completos, pero algunos eran identificables por los cargos que Sergio había anotado al lado:

**J.L. - Alto cargo policial M.R. - Juez Audiencia Nacional C.V. - Empresario sector construcción F.G. - Político, CCAA**

Y así hasta veintitrés.

Ricardo reconoció algunas de las iniciales. Gente que había visto en los periódicos a lo largo de los años. Gente que ocupaba posiciones de poder.

Gente intocable.

El tercer archivo era un audio. Duración: tres minutos cuarenta segundos.

Ricardo pulsó reproducir.

Al principio solo había estática. Luego, la voz de Sergio. Tensa, hablando rápido, como si temiera no tener tiempo de terminar:

*«14 de marzo. 23:47 horas. Grabación personal. He recibido confirmación del testigo. Se llama Emilio Vázquez. Ex guardia de seguridad de la Fundación Santa Lucía. Nombre falso para la finca de Sierra Mágina.»*

Ruido de papeles.

*«Vázquez dice que vio cosas. Niños entrando. No los mismos niños saliendo. Personal médico. Equipamiento que no encajaba con un centro de acogida. Dice que hay archivos. Que los guardó como seguro de vida.»*

Una pausa. Una respiración profunda.

*«Mañana nos encontramos. Lugar neutral. Si consigo esos archivos, podré... podré terminar esto. Podré limpiar mi nombre. Podré ayudar a Ricardo a recordar sin ponerlo en peligro.»*

Otra pausa. Más larga.

*«Y si no vuelvo de esa reunión... si están escuchando esto porque encontraron mi cuerpo en el río o en cualquier otro sitio... que sepan que no me voy solo. Dejé copias. Dejé un rastro. Y alguien, tarde o temprano, seguirá ese rastro hasta el final.»*

*«El caso 47 no terminó. Nunca terminará hasta que se sepa la verdad.»*

La grabación se cortó.

Ricardo se quedó mirando la pantalla en silencio. Afuera, el ruido del tráfico seguía su curso. El mundo continuaba, ajeno.

Sergio había ido a reunirse con ese testigo.

Y Sergio había muerto esa noche.

¿Había conseguido los archivos antes de morir? ¿O lo habían matado antes de que pudiera llegar a ellos?

El teléfono de Ricardo sonó, sobresaltándolo. Un mensaje de Lucía:

*«El Flaco. 18:00 horas. Esquina de la calle Dos de Mayo con San Francisco. Bilbao La Vieja. Ven solo. Trae efectivo.»*

Miró el reloj. Las tres de la tarde. Tenía cinco horas.

Copió todos los archivos de la memoria USB a su disco duro. Luego los copió de nuevo a una segunda memoria que guardaba en un cajón. Y finalmente, los subió a una cuenta de correo que nadie conocía.

Si iban a matarlo, al menos la información sobreviviría.

Se levantó, sintiéndose súbitamente viejo. Todos sus setenta y ocho años parecían haberse materializado en las últimas horas, arrastrándolo hacia abajo como esas piedras en los bolsillos de Sergio.

Necesitaba descansar. Pero cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de aquella niña. Sucia. Asustada. Mirándolo con ojos que pedían ayuda.

¿La había ayudado?

¿O la había traicionado?

*«No fue tu culpa.»*

Pero ¿cómo saberlo con certeza?

Se sirvió un whisky. Esta vez solo uno. Necesitaba mantener la cabeza clara.

Cinco horas para encontrarse con el Flaco.

Cinco horas para prepararse para lo que fuera que estuviera a punto de descubrir.

Porque una cosa estaba clara: alguien había empezado a tirar del hilo.

Y toda la red estaba empezando a deshacerse.

La pregunta era: ¿cuántos cuerpos más aparecerían antes de que llegara al final?

Ricardo miró la fotografía con la fecha imposible, todavía sobre la mesa.

*15 de octubre de 2024.*

Tres semanas atrás.

¿Qué había pasado ese día?

¿Quién había impreso esa fecha?

¿Y por qué?

Las respuestas estaban ahí fuera, en alguna parte. En la memoria de un indigente llamado El Flaco. En archivos escondidos hace veinticuatro años. En su propia memoria fracturada.

Solo tenía que encontrarlas.

Antes de que encontraran primero a él.

## CAPÍTULO 4

## El testigo

Bilbao La Vieja olía a frituras, a humedad y a vidas rotas. Ricardo conocía bien ese barrio. Había pasado años recorriéndolo, entrando en portales oscuros, subiendo escaleras destartaladas, golpeando puertas que nunca se abrían del todo. Era un territorio de supervivientes, de gente que había aprendido a ser invisible porque la visibilidad solo traía problemas.

Llegó quince minutos antes de la hora acordada. Vieja costumbre: observar el terreno, identificar salidas, calibrar peligros. La esquina de Dos de Mayo con San Francisco era un cruce concurrido a esas horas. Trabajadores volviendo a casa. Inmigrantes charlando en las puertas de locutorios. Algunos indigentes apoyados contra las paredes, con perros atados con cuerdas y carteles pidiendo ayuda.

Ricardo se apostó en el portal de un edificio abandonado, desde donde podía ver sin ser visto. Encendió un cigarrillo y esperó.

Lucía apareció exactamente a las seis. Llevaba la misma ropa que por la mañana, pero ahora había algo diferente en su postura. Más tensa. Más alerta. Se detuvo en la esquina, mirando el móvil con esa concentración fingida de quien está esperando a alguien, pero no quiere parecerlo.

Ricardo salió de las sombras. Ella lo vio acercarse y asintió brevemente.

—¿Algo en los archivos? —preguntó en voz baja.

—Más tarde. Primero el Flaco.

—Suele estar por aquí alrededor de esta hora. —Lucía señaló hacia un callejón lateral—. Le he dado dinero antes. Sabe quién soy. Pero contigo... no sé cómo reaccionará.

—¿Por qué?

—Porque si realmente estuviste en Sierra Mágina con mi padre, es posible que el Flaco también lo recuerde. Y si fue testigo

de lo que pasó después...

No terminó la frase. No hacía falta.

Caminaron por el callejón, esquivando bolsas de basura y charcos de líquido indefinido. Al fondo, bajo un porche semiderruido, había un bulto envuelto en mantas que podría haber sido un montón de trapos si no fuera por el cigarrillo que brillaba en la oscuridad.

—Ramiro —llamó Lucía suavemente—. Soy yo. Lucía.

El bulto se movió. Una mano huesuda apartó parte de las mantas, revelando un rostro surcado de arrugas prematuras. Ramiro Gómez, «El Flaco», debía de tener cincuenta años pero parecía setenta. Los ojos, sin embargo, eran agudos. Demasiado agudos para alguien que se suponía que había perdido la razón hacía tiempo.

—Lucía —dijo con voz áspera—. Trajiste compañía.

—Es Ricardo Varela. Trabajó con mi padre.

Los ojos del Flaco se clavaron en Ricardo, y algo cruzó su rostro. Miedo. Reconocimiento. Algo más oscuro que Ricardo no supo identificar.

—Varela —repitió el Flaco, como si estuviera probando el nombre en su lengua—. El que olvidó.

—¿Me conoces? —preguntó Ricardo, acercándose.

—Todo el mundo te conocía. El detective estrella. El que siempre resolvía los casos. —El Flaco escupió a un lado—. Hasta que dejaste de resolver el único que importaba.

—¿El caso 47?

El Flaco se encogió.

—No pronuncies eso aquí. No en voz alta. ¿Estáis locos?

Lucía se arrodilló a su altura, sacando un sobre del bolsillo.

—Doscientos euros. Como acordamos. Pero necesitamos información, Ramiro. Información real.

El Flaco cogió el sobre con movimientos rápidos, casi furtivos, y lo guardó bajo las mantas. Luego miró a su alrededor.

—No aquí —susurró—. Hay ojos. Siempre hay ojos.

—¿Dónde entonces?

—Conozco un sitio. Pero solo voy si me prometéis algo.

—¿Qué?

—Que cuando esto termine, me ayudáis a largarme. Lejos. Muy lejos. —Sus ojos saltaban nerviosamente entre Ricardo y Lucía —. Porque si hablo, estaré muerto antes de que amanezca.

—Te ayudaremos —dijo Lucía.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

El Flaco asintió y se levantó con dificultad. Era más alto de lo que Ricardo recordaba, pero estaba encorvado. Se envolvió en una de las mantas a modo de abrigo y echó a andar, indicándoles que lo siguieran.

Los condujo por un laberinto de callejones, pasando por patios interiores y escaleras traseras, un recorrido que solo alguien que vivía en las entrañas de la ciudad podía conocer. Ricardo intentaba memorizar el camino, pero pronto se dio cuenta de que sería imposible regresar sin guía.

Finalmente, el Flaco se detuvo frente a una puerta metálica sin identificación. Golpeó tres veces, hizo una pausa, luego dos veces más.

La puerta se abrió una rendija. Una mujer mayor, con el pelo teñido de un rubio imposible, asomó la cabeza.

—Flaco. ¿Qué coño haces trayendo gente aquí?

—Son de confianza, Pili. Lo juro por mi madre.

—Tu madre murió hace veinte años.

—Por eso puedo jurar. No me va a caer un rayo.

La mujer —Pili— los estudió con desconfianza. Luego suspiró y abrió la puerta completamente.

—Cinco minutos. Ni uno más. Y si traéis problemas, os tiro al río yo misma.

Entraron en lo que parecía ser un antiguo almacén convertido en refugio improvisado. Había jergones en el suelo, algunos ocupados por cuerpos que dormían o fingían dormir. El olor era abrumador: sudor, alcohol, desesperación.

El Flaco los guió hasta un rincón relativamente aislado, donde había una mesa de madera astillada y un par de sillas cojas. Se sentó y les indicó que hicieran lo mismo.

—Antes de que preguntéis nada —empezó, su voz apenas un susurro—, necesito que sepáis que lo que voy a contaros puede mataros. Como mató a Sergio. Como casi me mata a mí.

—Lo entendemos —dijo Lucía—. Pero necesitamos saber.

El Flaco asintió. Encendió un cigarrillo con manos temblorosas y fumó en silencio durante un momento.

—Sergio me reclutó en el 95 —comenzó finalmente—. Yo era confidente. Pequeños trabajos. Nada serio. Pero entonces empezó a preguntarme por cosas raras. Niños desaparecidos. Rumores sobre una finca en el sur. Gente de poder visitando lugares donde no deberían estar.

—La finca de Sierra Mágina —dijo Ricardo.

—Esa misma. —El Flaco lo miró directamente—. Tú estuviste allí. Con Sergio. Octubre del 98.

Octubre del 98. La fecha cayó sobre Ricardo como un peso.

—¿Qué vimos?

—¿No lo recuerdas?

—No. Me... —Ricardo dudó—. Me borraron la memoria.

El Flaco soltó una risa amarga, sin humor.

—Claro que lo hicieron. Porque lo que visteis era suficiente para tirar abajo medio gobierno.

—Cuéntamelo —ordenó Ricardo, y su voz sonó más dura de lo que pretendía.

El Flaco dio otra calada profunda antes de continuar.

—Sergio llevaba meses investigando. Había descubierto que algunos de los niños desaparecidos tenían algo en común: todos habían sido vistos cerca de esa finca antes de desaparecer. No directamente, pero... en la zona. Como si los hubieran transportado ahí.

—¿Para qué?

—Eso es lo que Sergio quería averiguar. Y tú te ofreciste a acompañarlo. Porque era ilegal, ¿entiendes? No tenían autorización. No podían pedir refuerzos. Era solo vosotros dos, entrando en territorio enemigo sin respaldo.

Ricardo cerró los ojos, intentando forzar el recuerdo. Fragmentos empezaban a emerger, burbujas subiendo a la superficie de un estanque negro.

La carretera. La finca al final de un camino de tierra. Las luces apagadas. El silencio.

—Yo estaba en el pueblo —continuó el Flaco—. A diez kilómetros. Era vuestro enlace. Si algo salía mal, debía llamar a… bueno, a alguien. Aunque para entonces ya sabíamos que no podíamos confiar en nadie de la comisaría.

—¿Qué pasó esa noche?

—Sergio me llamó a las once. Dijo que habían entrado. Que había guardias, pero estaban borrachos. Que habían conseguido llegar a los sótanos. —El Flaco hizo una pausa, su rostro contrayéndose—. Y entonces la llamada se cortó. Esperé. Una hora. Dos. Nada.

Lucía se inclinó hacia delante.

—¿Y luego?

—Luego Sergio volvió a llamar. Pero su voz... no era normal. Hablaba rápido, sin respirar. Decía que habían visto algo. Que había archivos. Documentos médicos. Habitaciones que parecían... laboratorios. —El Flaco apagó el cigarrillo con brusquedad—. Y niños. Dijo que había niños. Pero que estaban... diferentes.

—¿Diferentes cómo?

—No lo explicó. Solo dijo que necesitaban salir. Que los habían descubierto. Que venían vehículos. —Los ojos del Flaco se llenaron de lágrimas—. Esa fue la última vez que hablé con Sergio.

El silencio cayó sobre ellos como una losa.

—Pero sobrevivió a esa noche —señaló Ricardo—. No murió hasta cuatro años después.

—Físicamente sobrevivió —corrigió el Flaco—. Pero algo murió en él esa noche. Lo vi después, un par de veces. Estaba... roto. Obsesionado. Decía que tenían que protegerte porque tú no recordabas nada. Que te habían llevado a un sitio, te habían inyectado algo, y cuando despertaste no tenías memoria de las últimas cuarenta y ocho horas.

Ricardo sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—¿Quién? ¿Quién me hizo eso?

—Gente de arriba. —El Flaco hizo un gesto vago hacia el techo—. Sergio nunca dijo nombres exactos, pero mencionó a José Luna. Tu antiguo superior. Dijo que Luna estaba involucrado hasta el cuello.

El nombre resonó en la cabeza de Ricardo. Luna. Por supuesto. Luna, que ahora era asesor del Ministerio. Luna, que esa misma mañana le había dicho que dejara las cosas como estaban.

Luna, que probablemente había ordenado que le borraran la memoria.

—Hay más —dijo el Flaco—. Sergio me dio algo. La última vez que lo vi. Dos semanas antes de morir. —Metió la mano bajo su

camisa mugrienta y sacó una pequeña llave—. Me dijo que, si algo le pasaba, te la diera. Solo a ti. A nadie más.

Puso la llave sobre la mesa. Era pequeña, de latón, con un número grabado: 143.

—¿Qué abre? —preguntó Ricardo.

—Una taquilla. En la estación de autobuses. La vieja, no la nueva. Iba a dártela cuando te retiraste, pero... desapareciste. Te convertiste en un fantasma. Nadie sabía dónde encontrarte.

—¿Por qué no se la diste a Lucía?

—Porque Sergio fue específico. —El Flaco miró a Lucía con algo parecido a la disculpa—. Dijo que solo tú debías abrirla. Que solo tú entenderías lo que había dentro.

Ricardo cogió la llave. Estaba tibia por haber estado contra la piel del Flaco durante años. Se la guardó en el bolsillo.

—¿Sabes qué hay dentro?

—No. Y no quiero saberlo. —El Flaco se levantó—. Ya os he dicho todo lo que podía. Ahora cumplid vuestra promesa. Ayudadme a largarme de aquí.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Lucía.

—A cualquier sitio donde no haya ojos. Donde no sepan mi nombre. —Miró a Ricardo—. Y vosotros deberíais hacer lo mismo. Porque una vez que abráis esa taquilla, estaréis tan muertos como Sergio.

—No voy a huir —dijo Ricardo.

—Entonces eres más tonto de lo que pensaba. —El Flaco escupió en el suelo—. Sergio intentó ser valiente. Mira dónde acabó. Con piedras en los bolsillos y los peces comiéndole los ojos.

La imagen era brutal, pero efectiva.

—Tengo que saber —insistió Ricardo—. Necesito recordar.

—¿Para qué? ¿Para poder vivir con la culpa de lo que viste y no pudiste parar? —El Flaco negó con la cabeza—. A veces el olvido

es un regalo. Deberías aceptarlo.

Se dirigió hacia la salida, pero Ricardo lo agarró del brazo.

—Espera. Una cosa más. ¿Qué querías decir con que los niños estaban diferentes?

El Flaco se zafó con violencia.

—Pregúntale a Luna. Él lo sabe. Él estaba ahí.

—¿Luna estuvo en la finca?

—No. Pero estaba en el otro sitio. El sitio adonde llevaban a los niños después. —Los ojos del Flaco eran dos pozos de terror—. El sitio del que nunca volvían igual.

Y con eso, se alejó entre las sombras del refugio, dejando tras de sí un rastro de preguntas sin respuesta.

Ricardo y Lucía salieron a la calle. Había oscurecido completamente. Las farolas proyectaban círculos de luz amarillenta sobre el pavimento mojado.

—La estación de autobuses —dijo Lucía—. Tenemos que ir ahora.

—Es tarde. Estará cerrada.

—La zona de taquillas está accesible las veinticuatro horas. Es una estación pequeña. Si nos damos prisa...

Ricardo asintió. Pero algo en su interior gritaba que no debía abrir esa taquilla. Que debía tirar la llave al río y volver a su apartamento y seguir siendo el fantasma que había sido durante veintitrés años.

Porque el Flaco tenía razón: algunos secretos eran mejores enterrados.

Pero ya era tarde para eso.

Habían desenterrado demasiado. Y ahora no había vuelta atrás.

La estación de autobuses vieja era un edificio de los años setenta que había quedado medio abandonado cuando inauguraron la nueva hace una década. Todavía funcionaba para líneas secundarias y había un bar abierto hasta tarde, pero la mayoría de los espacios estaban oscuros y vacíos.

Las taquillas estaban en un pasillo lateral, protegidas por una luz fluorescente que parpadeaba intermitentemente. Hileras de puertas metálicas numeradas, la mayoría con candados oxidados o directamente vacías.

Ricardo encontró la 143 en la tercera fila. La llave entró suavemente en la cerradura.

*Imposible*, pensó. *Sergio murió hace veinticuatro años. Esta taquilla debería haber sido vaciada hace tiempo.*

Pero cuando giró la llave, la puerta se abrió sin resistencia.

Dentro había un sobre manila, grueso, sellado con cinta adhesiva. Y encima del sobre, una fotografía.

Ricardo la cogió con manos temblorosas.

Era él mismo. Y Sergio. Pero no en la barbacoa. Esta era diferente.

Estaban frente a una casa de campo, rodeados de pinos. Sergio tenía una expresión seria, tensa. Ricardo miraba hacia otro lado, como si no quisiera que lo fotografiaran.

Pero lo que hizo que el corazón de Ricardo se detuviera no fue la imagen, sino lo que había escrito al reverso:

**Sierra Mágina. 24 de octubre de 1998.**

La fecha coincidía con lo que el Flaco había dicho.

Y debajo, con la letra de Sergio:

**«Esta es la prueba de que estuviste allí. De que viste lo que yo vi. De que no estoy loco. Y de que te debo la verdad, aunque me cueste la vida.»**

Lucía se acercó por detrás y miró por encima de su hombro.

—Dios mío —susurró—. Es reciente. Esta foto es...

—No puede serlo —interrumpió Ricardo—. Sergio murió en 2000.

—Mira el papel. Mira la calidad de impresión. —Lucía tenía razón. El papel era moderno, satinado, no el tipo de fotografía en papel fotográfico de hace veinte años—. Alguien imprimió esto hace poco. Alguien que tenía la foto original.

Ricardo metió la mano en la taquilla y cogió el sobre. Lo abrió con cuidado.

Dentro había documentos. Fotocopias de informes médicos. Páginas arrancadas de lo que parecían diarios de investigación. Y en el fondo, una memoria USB con una etiqueta:

**PARA RICARDO - SOLO ABRIR SI ESTÁS SEGURO**

—Llévalo —dijo Lucía—. Tenemos que irnos. Este lugar no es seguro.

Pero Ricardo se había quedado paralizado, mirando la última cosa que había en el sobre.

Una fotografía más. Esta a color. Moderna. De hace poco.

Era el Flaco. Ramiro Gómez. Pero no como lo habían visto hace una hora, demacrado y encorvado.

Esta foto era de él tirado en el suelo de un callejón. Con un charco de sangre extendiéndose bajo su cabeza.

Y en la esquina inferior derecha, un sello de fecha automático:

**06-11-2024. 19:00**

Ricardo miró su reloj.

Eran las 19:45.

La foto había sido tomada hacía tres cuartos de hora.

Mientras ellos estaban hablando con el Flaco.

O después.

—Lucía —dijo con voz ronca—. Tenemos que volver.

—¿Qué? ¿Por qué?

Le mostró la fotografía.

La cara de Lucía se puso blanca.

—No. No puede ser. Estaba vivo hace una hora.

—Por eso tenemos que volver. Ahora.

Salieron corriendo de la estación, con el sobre apretado contra el pecho de Ricardo. Las calles estaban más vacías ahora. Un par de borrachos. Algún coche solitario.

Tardaron quince minutos en llegar al refugio donde habían estado antes. La puerta estaba entreabierta. Mala señal.

Ricardo la empujó con el pie.

El interior estaba en silencio. Los jergones vacíos. Nadie a la vista.

Atravesaron el espacio hasta el callejón trasero que el Flaco había usado para salir.

Y allí, tirado contra la pared de ladrillo sucio, estaba Ramiro Gómez.

La parte posterior de su cabeza había desaparecido. La sangre formaba un charco que se extendía lentamente hacia un desagüe.

Lucía se llevó una mano a la boca. Ricardo se arrodilló junto al cuerpo, tomándole el pulso, aunque era evidente que no tenía sentido.

Muerto. Hacía menos de una hora, a juzgar por la temperatura corporal.

En la mano del Flaco, apretada en un último gesto desesperado, había una nota arrugada.

Ricardo se la quitó con cuidado. La nota estaba escrita a mano, con letras temblorosas:

**«Te dije que tenía copias. Te dije que alguien seguiría el rastro. Ese alguien eres tú, Ricardo. Termina lo que empezamos. Pero ten cuidado. Porque lo que hay en esa memoria USB no es solo información. Es tu propia confesión.»**

No estaba firmada. Pero Ricardo reconocía la letra.

Era de Sergio Mena.

Y estaba fechada una semana atrás.

A su espalda, Lucía marcaba ya el número de emergencias en su móvil. Su voz sonaba temblorosa mientras daba la dirección, mientras explicaba que habían encontrado un cuerpo.

Ricardo se levantó lentamente, guardando la nota en el bolsillo junto a la llave de la taquilla.

El Flaco había dicho la verdad: hablar lo había matado.

Y ahora Ricardo tenía en sus manos las respuestas que habían costado dos vidas. Quizá más.

¿Cuántas más costarían antes de que todo terminara?

A lo lejos, sonó la primera sirena.

Ricardo miró la fotografía del Flaco muerto, tomada antes de que muriera.

Alguien había sabido que iba a morir. Alguien lo había planeado con la precisión de un cronómetro.

Y ese alguien había querido que Ricardo lo supiera.

Era un mensaje. Una advertencia.

O una invitación.

Levantó la vista hacia las ventanas oscuras que rodeaban el callejón. Docenas de ojos invisibles que podían estar observándolo en ese mismo momento.

—Tenemos que irnos —dijo Lucía, tirándole del brazo—. Antes de que llegue la policía. Si nos encuentran aquí, seremos sospechosos.

Tenía razón. Pero Ricardo no podía apartar la mirada del cuerpo del Flaco. Del hombre que había guardado un secreto durante veinticuatro años y había muerto por fin revelarlo.

*«Termina lo que empezamos»*, decía la nota.

Las sirenas se acercaban.

Ricardo guardó el sobre bajo el abrigo y echó a correr detrás de Lucía, internándose en el laberinto de callejones de Bilbao La Vieja.

Corrían hacia las sombras.

Pero Ricardo sabía que las sombras ya no eran un refugio.

Porque ahora las sombras también los perseguían.

## CAPÍTULO 5

## Voces del pasado

El apartamento de Lucía estaba en el Casco Viejo, en un tercer piso sin ascensor de un edificio que probablemente llevaba en pie desde antes de la Guerra Civil. Las paredes eran gruesas, las ventanas pequeñas, el tipo de lugar donde los secretos podían guardarse con facilidad porque nadie escuchaba lo que pasaba al otro lado del muro.

Habían tomado un taxi desde Bilbao La Vieja, dando al conductor una dirección falsa y caminando el último tramo a pie. Precauciones básicas que Ricardo había enseñado a decenas de agentes novatos en su día y que ahora aplicaba con la urgencia de quien sabe que cada error puede ser el último.

Lucía cerró la puerta con doble vuelta de llave y corrió las cortinas. El apartamento era pequeño pero ordenado. Estanterías llenas de libros y carpetas. Un escritorio cubierto de papeles. En las paredes, recortes de periódico sujetos con chinchetas: investigaciones que había publicado, casos que había destapado. Una vida dedicada a desenterrar verdades que otros preferían ocultar.

Como su padre.

—Café —dijo Lucía, más una afirmación que una pregunta, y se dirigió a la cocina sin esperar respuesta.

Ricardo se quedó en el salón, con el sobre de Sergio todavía apretado contra el pecho. Lo dejó sobre el escritorio con cuidado. La memoria USB cayó con un ruido sordo sobre la madera.

**PARA RICARDO - SOLO ABRIR SI ESTÁS SEGURO**

¿Seguro de qué? ¿De que quería saber? ¿De que podría vivir con lo que descubriera?

*«Es tu propia confesión»*, había escrito Sergio.

Confesión de qué.

Lucía volvió con dos tazas humeantes. Se sentó frente al escritorio y señaló la memoria USB con un gesto de la barbilla.

—¿Vas a abrirla?

—Todavía no sé si quiero hacerlo.

—El Flaco está muerto. Murió por darnos información. Si no usamos lo que nos dio, su muerte no habrá servido para nada.

—Su muerte ya no sirve para nada —replicó Ricardo con más dureza de la que pretendía—. Está muerto. Nada de lo que hagamos cambiará eso.

—No. Pero puede evitar que más gente muera.

Ricardo cogió la taza. El café estaba demasiado caliente, pero bebió de todas formas, necesitando el dolor para anclar sus pensamientos.

—Esa fotografía —dijo finalmente—. La del Flaco muerto. Tomada antes de que lo mataran. O mientras lo mataban. ¿Qué clase de persona hace eso?

—Alguien que quiere enviarte un mensaje —respondió Lucía —. Alguien que quiere que sepas que tiene control total. Que puede matar cuando quiera y documentarlo para su propio entretenimiento. O para asustarte.

—Pues está funcionando.

Lucía se inclinó hacia delante, con esa intensidad en la mirada que Ricardo empezaba a reconocer. La misma que debía de tener Sergio cuando estaba tras una pista.

—Mi padre escribió esa nota hace una semana. Una semana, Ricardo. Eso significa que alguien ha estado accediendo a esa taquilla. Dejando cosas. Actualizándola. —Hizo una pausa—. Y eso significa que mi padre podría seguir vivo.

Las palabras cayeron como una bomba en el silencio del apartamento.

—Tu padre está muerto —dijo Ricardo, pero su voz sonó menos convincente de lo que pretendía.

—¿Tú identificaste el cuerpo?

—Sí.

—¿Estás seguro de que era él?

Ricardo cerró los ojos, forzando el recuerdo. La morgue. El olor a formol. La sábana que apartaron para mostrarle el rostro hinchado por el agua. Los ojos cerrados. La barba de varios días. Las marcas en el cuello que sugerían estrangulamiento antes de caer al agua.

—Era él —dijo, pero algo en su voz vacilaba.

—¿O era lo que querían que vieras? —insistió Lucía—. Si pudieron borrarte la memoria de cuarenta y ocho horas, ¿no podrían haber manipulado lo que recuerdas de la morgue?

La posibilidad era aterradora. ¿Cuánto de su memoria era real? ¿Cuánto había sido implantado, alterado, borrado?

—Aunque siguiera vivo —dijo Ricardo—, ¿por qué ocultarse durante veinticuatro años? ¿Por qué dejarte creer que estaba muerto?

—Para protegerme. —La voz de Lucía se quebró ligeramente —. Si creyeron que estaba muerto, no vendrían a por mí. No me usarían como palanca contra él.

Era lógico. Dolorosamente lógico.

—Entonces, ¿por qué salir ahora? ¿Por qué dejar pistas?

—Porque algo ha cambiado. Algo que lo ha obligado a actuar. —Lucía señaló la memoria USB—. Y las respuestas están ahí.

Ricardo cogió la memoria. Era pequeña, negra, anónima. El tipo de dispositivo que podía comprarse en cualquier tienda.

Pero lo que contenía podía cambiar todo.

*«Solo abrir si estás seguro.»*

—Necesito un ordenador —dijo—. El mío es demasiado viejo. Si hay algo en esta memoria que requiera software reciente...

—Usa el mío. —Lucía señaló el portátil sobre el escritorio—. Pero antes... tenemos que hablar de lo que haremos con lo que encontremos.

—¿A qué te refieres?

—Si hay pruebas de corrupción, de crímenes, de encubrimientos... ¿las publicamos? ¿Las llevamos a la policía? ¿A quién?

—No a la policía. Luna está ahí. Y si él está involucrado, no sabemos cuántos más lo están.

—Entonces a los medios. Yo tengo contactos. Puedo hacer que esto llegue a las redacciones adecuadas, a periodistas que no se asustarán.

—Y te convertirás en un objetivo. Como tu padre.

—Ya soy un objetivo. El Flaco está muerto. Tú has recibido amenazas. Entraron en tu apartamento. —Lucía se levantó y empezó a caminar por el salón—. Ya no hay vuelta atrás, Ricardo. O terminamos esto, o terminan con nosotros.

Tenía razón. Otra vez.

Ricardo insertó la memoria USB en el portátil. La pantalla parpadeó y apareció una ventana solicitando contraseña.

Por supuesto. No iba a ser tan fácil.

—Mierda —murmuró.

—Prueba fechas —sugirió Lucía—. Cumpleaños. Aniversarios. Fechas significativas.

Ricardo probó varias combinaciones. La fecha de muerte de Sergio. La fecha de su propio retiro. La fecha del caso en Sierra Mágina.

Nada funcionaba.

Estaba a punto de rendirse cuando recordó algo. Un detalle insignificante de hacía décadas. Sergio tenía una hija. Lucía. Y ella había nacido...

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó.

—Diecisiete de abril del 92. ¿Por qué?

Ricardo tecleó: **17041992**

La pantalla parpadeó.

**Contraseña incorrecta.**

Lucía se acercó.

—Prueba al revés. Mi padre era de los que escribían las fechas con el año primero.

**19920417**

La pantalla volvió a parpadear.

Y entonces se abrió.

Dentro de la memoria había una única carpeta: **PROYECTO 47 - ARCHIVO COMPLETO**

Ricardo la abrió con el corazón martilleándole en el pecho.

Docenas de archivos. Documentos PDF. Fotografías. Y cinco archivos de audio, numerados del 1 al 5.

—Empieza por el primero —dijo Lucía, sentándose junto a él.

Ricardo hizo doble clic en **AUDIO_01.mp3**

Hubo un momento de silencio. Luego, la voz de Sergio Mena llenó el apartamento, tan nítida como si estuviera en la habitación con ellos:

*«Este es el primer archivo. Si estás escuchando esto, Ricardo, significa que finalmente decidiste buscar la verdad. O que alguien te obligó a hacerlo. En cualquier caso, necesitas saber lo que pasó. Lo que vimos. Lo que hicimos. Y lo que me obligaron a hacerte para salvarte.»*

Una pausa. El sonido de Sergio encendiendo un cigarrillo.

*«Estoy grabando esto en marzo de 2000. Dos semanas antes de mi... desaparición. Sí, desaparición. No muerte. Porque voy a*

*fingir mi propia muerte, Ricardo. Es la única forma de proteger a mi hija y de seguir investigando sin que me maten de verdad.»*

Lucía ahogó un sollozo. Ricardo le puso una mano en el hombro, pero no apartó la vista de la pantalla.

*«El caso 47 empezó en 1995. Oficialmente, no existía. Era una operación encubierta autorizada desde muy arriba, tanto que ni siquiera el comisario de nuestra jefatura sabía de ella. El objetivo: investigar la desaparición de menores en el norte de España. Diecinueve niños en cuatro años. Todos con el mismo perfil: vulnerables, sin redes de apoyo sólidas, el tipo de niños que el sistema deja caer entre las grietas.»*

El sonido de papeles siendo movidos.

*«Yo lideraba la investigación. Tú eras mi segundo. Pero no lo recuerdas porque te borraron esa parte. Al principio, pensábamos que era trata. Una red organizada que movía niños a través de Europa. Pero cuanto más investigábamos, menos sentido tenía. Los niños no eran vendidos. No aparecían en redes de pornografía. Simplemente... desaparecían.»*

Otra pausa.

*«Hasta que encontramos el patrón. Todos habían sido vistos cerca de la misma zona geográfica antes de desaparecer: Sierra Mágina. Una finca aislada, registrada bajo una fundación benéfica falsa. Y todos habían desaparecido en ventanas temporales muy específicas. Una semana cada tres meses. Como si hubiera... sesiones programadas.»*

La voz de Sergio se volvió más tensa.

*«En octubre del 98, decidimos actuar. Sin autorización oficial, porque para entonces ya sospechábamos que alguien dentro de la policía estaba involucrado. Fuimos solo tú y yo. Entramos en la finca de noche. Los guardias estaban borrachos, fue casi demasiado fácil.»*

*«Y lo que encontramos, Ricardo... lo que encontramos cambió todo.»*

El audio se cortó abruptamente.

Ricardo y Lucía se miraron en silencio.

—Pon el siguiente —susurró Lucía.

Ricardo hizo clic en **AUDIO_02.mp3**

La voz de Sergio continuaba, pero ahora sonaba diferente. Más cansada. Más rota.

*«Había un sótano. Tres niveles bajo tierra. El primero parecía un almacén normal. Cajas. Mobiliario viejo. Nada sospechoso. Pero había una puerta metálica al fondo, cerrada con cerradura electrónica. Conseguí forzarla con una herramienta que llevaba. Y bajamos al segundo nivel.»*

*«Allí fue donde empezó la pesadilla.»*

Una respiración profunda.

*«Había habitaciones. Seis en total. Cada una acondicionada como... como una especie de consultorio médico. Camillas. Equipamiento que no reconocí en ese momento pero que después identifiqué como instrumental neurológico. Escáneres. Aparatos de monitorización cerebral. Y archivos. Dios, Ricardo, había archivos.»*

El sonido de algo siendo golpeado. Quizá un puño contra una mesa.

*«Expedientes médicos de todos los niños desaparecidos. Fotografías. Datos biométricos. Pero también había otras cosas. Gráficos. Tablas con números que no entendíamos. Y una palabra que se repetía en todos los documentos: PROTOCOLO.»*

*«Cogimos fotos. Tanto como pudimos. Pero entonces escuchamos algo del tercer nivel. Un sonido. Como... como un llanto ahogado.»*

Silencio.

*«Bajamos. Y ahí fue donde lo vimos.»*

Otro silencio. Más largo esta vez. Cuando Sergio habló de nuevo, su voz temblaba.

*«Había una sala grande. Con cristales. Como una especie de sala de observación. Y detrás del cristal había... niños. Tres niños. En camillas. Con cables conectados a sus cabezas. Dormidos o sedados, no lo sé. Pero lo que me persigue, Ricardo, lo que no puedo quitarme de la cabeza, es que reconocí a uno de ellos.»*

*«Miguel Ángel Torres. Ocho años. Desaparecido en Vitoria dos años antes. Lo daban por muerto. Y ahí estaba, conectado a máquinas que no debería haber visto jamás.»*

*«Intentamos entrar. Pero las puertas estaban selladas. Y entonces se encendieron las alarmas.»*

El audio se volvió caótico. Sonidos de pasos corriendo. La respiración agitada de Sergio.

*«Salimos como pudimos. Pero nos vieron. Sabían quiénes éramos. Y cuando volvimos al coche, había un sobre en el parabrisas. Con tu nombre. Solo tu nombre.»*

*«Abrimos el sobre. Dentro había una fotografía tuya durmiendo en tu apartamento. Tomada esa misma noche, antes de que nos reuniéramos. Y una nota: 'El detective Varela olvidará. O el detective Varela desaparecerá'.»*

El audio se detuvo. Ricardo sentía que el mundo giraba a su alrededor.

*«Dos días después, apareciste en comisaría sin memoria de las últimas cuarenta y ocho horas. Decías que habías estado enfermo. Que no recordabas nada. Te hicieron análisis. No encontraron nada sospechoso. Pero yo sabía la verdad. Te habían llevado. Te habían inyectado algo. Y te habían borrado.»*

*«Y lo peor, Ricardo, lo peor es que cuando intenté refrescarte la memoria, cuando te mostré las fotos que había tomado en la finca... no las reconociste. Ni siquiera recordabas haber estado ahí conmigo. Era como si esas cuarenta y ocho horas simplemente no existieran para ti.»*

La voz de Sergio se quebró.

*«Y entendí que, si insistía, te matarían. Así que dejé de intentar que recordaras. Seguí investigando solo. Y cuatro años después, cuando estuve demasiado cerca de la verdad, tuve que fingir mi muerte para poder continuar desde las sombras.»*

El audio terminó.

Lucía lloraba en silencio. Ricardo tenía las manos cerradas en puños tan apretados que las uñas se le clavaban en las palmas.

—Hay tres audios más —dijo Lucía con voz temblorosa—. ¿Quieres seguir?

Ricardo asintió. Ya no había marcha atrás.

**AUDIO_03.mp3** comenzó a reproducirse.

*«Los niños que encontramos en esa finca no eran víctimas de trata sexual. Eran sujetos de prueba. De un experimento. Eso es lo que descubrí en los años siguientes, investigando desde la clandestinidad.»*

*«Alguien estaba usando a esos niños para probar... algo. Algo relacionado con la memoria. Con el cerebro. Los documentos que conseguí robar hablaban de 'reestructuración cognitiva' y 'protocolo de inserción'. Términos que no entendía entonces pero que ahora, después de años de investigación, me hacen pensar en una sola cosa: manipulación de memoria.»*

*«No solo borrarla, como hicieron contigo. Sino reemplazarla. Crear recuerdos falsos. Convertir a un niño en... en otra persona.»*

La revelación cayó como un mazo.

*«¿Por qué? ¿Para qué? Esas son las preguntas que me han obsesionado durante años. Y creo que finalmente tengo una respuesta, aunque es tan monstruosa que casi no puedo creerla.»*

*«Los tres niños que reaparecieron en el año 2000, los que volvieron con sus familias sin memoria de su cautiverio... no eran los mismos niños que habían desaparecido.»*

Silencio absoluto.

*«Oh, físicamente sí. Misma cara, mismo cuerpo. Pero sus personalidades habían cambiado completamente. Las familias lo notaron. Los servicios sociales lo documentaron. Pero nadie investigó a fondo porque el sistema no quería saber. Era más fácil pensar que habían sufrido un trauma que explicaba los cambios de comportamiento.»*

*«Pero yo hablé con una de las madres. Off the record. Y me dijo algo que me heló la sangre: 'Es como si hubieran metido a otra persona dentro del cuerpo de mi hijo'.»*

Ricardo sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

*«¿Para qué hacer eso? ¿Por qué invertir tantos recursos en alterar la personalidad de niños vulnerables? Solo hay una explicación que tiene sentido: estaban perfeccionando una técnica. Una forma de controlar a las personas a nivel fundamental. De convertir a un ser humano en... en una página en blanco donde escribir lo que quisieras.»*

*«Y si consiguieron hacerlo con niños en los noventa, ¿qué pueden hacer ahora, veinte años después, con la tecnología actual?»*

El audio terminó, dejando la pregunta flotando en el aire como un veneno.

Lucía se levantó y fue a la ventana. Apartó ligeramente la cortina y miró hacia la calle.

—Dios mío —susurró—. Si esto es real...

—Es real —dijo Ricardo—. Yo estuve ahí. Vi esas habitaciones. Vi esos niños. Aunque no lo recuerde conscientemente, mi cuerpo lo recuerda. Las pesadillas. Los fragmentos de memoria. Todo encaja.

—¿Quién? —Lucía se giró hacia él—. ¿Quién tiene los recursos y el poder para hacer algo así? ¿Luna?

—Luna es una pieza. Importante, pero una pieza. —Ricardo señaló el portátil—. Hay dos audios más. Sigamos.

**AUDIO_04.mp3**

*«He pasado los últimos años intentando identificar a todos los involucrados. No es fácil. La operación estaba compartimentada. Cada persona solo sabía su parte. Pero hay un nombre que aparece una y otra vez en los documentos que he conseguido reunir: Proyecto Mnemósine.»*

*«Mnemósine. La diosa griega de la memoria. Apropiado, ¿verdad?»*

Una risa amarga.

*«El proyecto estaba financiado por varias entidades. Algunas privadas, algunas gubernamentales. Empresas farmacéuticas. Institutos de investigación. Pero el núcleo director era un grupo selecto. Una especie de comité. Y en ese comité había nombres que reconocerías si te los dijera. Políticos. Jueces. Gente que está actualmente en posiciones de poder.»*

*«Luna era el enlace policial. Se aseguraba de que las investigaciones sobre los niños desaparecidos se archivaran rápidamente. De que no hubiera seguimiento. De que los pocos detectives honestos que hacían preguntas incómodas fueran reasignados o... neutralizados.»*

*«Pero había alguien por encima de Luna. Alguien que coordinaba todo. Un nombre que solo aparece mencionado una vez en todos los documentos que he visto. Un nombre en clave: El Arquitecto.»*

*«No sé quién es. No he podido averiguarlo. Pero es la clave de todo. Si pudiéramos identificar al Arquitecto, podríamos desmantelar toda la red.»*

*«Y creo que esa es la razón por la que sigo vivo. Porque el Arquitecto sabe que estoy buscándolo. Y quiere saber cuánto sé. Quiere asegurarse de que no hay cabos sueltos.»*

*«Por eso dejé este archivo para ti, Ricardo. Porque si algo me pasa de verdad, si esta vez no puedo escapar, necesito que alguien continúe. Alguien que tenga razones personales para llegar hasta el final.»*

*«Y tú las tienes. Porque tú fuiste una víctima del Proyecto Mnemósine tanto como esos niños.»*

El audio se detuvo.

Ricardo se levantó y fue al baño. Necesitaba agua. Necesitaba aire. Necesitaba que todo esto fuera una pesadilla de la que pudiera despertar.

Se echó agua fría en la cara y se miró en el espejo. El hombre que le devolvió la mirada tenía setenta y ocho años, pero en sus ojos había algo más viejo. Algo que había visto horrores que conscientemente no recordaba pero que habían dejado cicatrices en algún lugar profundo de su psique.

*Víctima.*

Toda su vida adulta había sido una mentira. Sus recuerdos, manipulados. Su carrera, terminada prematuramente por gente que necesitaba que se fuera antes de que recordara demasiado.

Volvió al salón. Lucía estaba de pie junto al portátil, con el dedo sobre el ratón.

—El último audio —dijo—. ¿Estás listo?

—No. Pero ponlo de todas formas.

**AUDIO_05.mp3**

Esta vez, la voz de Sergio sonaba diferente. Más urgente. Más asustada.

*«Este es el último archivo. Si lo estás escuchando, significa que la taquilla se abrió con éxito y que encontraste todo lo que dejé para ti.»*

*«Tengo que ser rápido. Me quedan menos de veinticuatro horas antes de ejecutar mi plan de desaparición. Mi contacto en la morgue está preparado. El cuerpo sustituto está listo. Mañana por la noche, Sergio Mena dejará de existir oficialmente.»*

*«Pero antes necesito decirte algo crucial, Ricardo. Algo que podría salvarte o destruirte.»*

Una pausa larga.

*«Tú no solo fuiste testigo de lo que pasó en Sierra Mágina. Tú participaste en algo después. Algo que hicieron que hicieras mientras estabas bajo los efectos del fármaco que te borraba la memoria.»*

El corazón de Ricardo se detuvo.

*«Te usaron para eliminar pruebas. Para destruir archivos. Y para... para hacer desaparecer a alguien que sabía demasiado.»*

*«No fue culpa tuya. Estabas manipulado. No eras consciente de lo que hacías. Pero lo hiciste. Y hay grabaciones. El Arquitecto se aseguró de grabar todo como seguro. Como forma de controlarte si alguna vez recuperabas la memoria y decidías hablar.»*

*«Una de esas grabaciones está en esta memoria USB. En la carpeta 'PRUEBA_FINAL'. No la he abierto. No quiero ver lo que hiciste. Pero tú... tú necesitas verla. Porque es la única forma de entender completamente lo que te hicieron. Lo que perdiste. Y por qué han intentado con tanto esfuerzo que sigas sin recordar.»*

*«Perdóname, Ricardo. Perdóname por no haberte protegido mejor. Por no haberte creído cuando dijiste que algo no estaba bien. Por dejarte solo en esto durante tanto tiempo.»*

La voz de Sergio se quebró completamente.

*«Y perdóname por lo que estás a punto de ver.»*

El audio terminó.

Ricardo y Lucía se quedaron mirando la pantalla en silencio.

En la memoria USB, al final de la lista de archivos, había una carpeta que no habían visto antes: **PRUEBA_FINAL**

Dentro, un único archivo de vídeo: **VARELA_OCTUBRE_1998.mp4**

—No tienes que verlo —dijo Lucía—. Podemos borrarlo. Podemos fingir que no existe.

Pero Ricardo ya estaba moviendo el ratón. Ya estaba haciendo doble clic.

Porque necesitaba saber.

Necesitaba ver con sus propios ojos qué había hecho mientras estaba bajo el control de otras personas.

Necesitaba enfrentarse a la verdad, por dolorosa que fuera.

El vídeo comenzó a reproducirse.

Era de baja calidad, granulado, filmado con una cámara fija desde una esquina elevada. El tipo de grabación de seguridad de los años noventa.

La imagen mostraba una habitación vacía. Paredes de hormigón. Una silla en el centro. Nada más.

Y entonces la puerta se abrió.

Y entró Ricardo Varela.

Veinticuatro años más joven. Con el rostro inexpresivo. Los ojos vacíos. Moviéndose con la rigidez de alguien que está ahí pero no está realmente presente.

Detrás de él entraron dos hombres vestidos con trajes oscuros. No se veían sus caras, la cámara estaba posicionada para capturar solo la silla y a quien estuviera en ella.

Y entonces trajeron a alguien más.

Un hombre de unos cuarenta años. Con el rostro magullado. Las manos atadas a la espalda. Luchando inútilmente mientras lo arrastraban.

Lo sentaron en la silla.

Uno de los hombres de traje le dio algo a Ricardo. Una pistola.

Y Ricardo la cogió sin dudar.

—No —susurró Lucía—. No, no, no...

En la pantalla, el hombre atado empezó a hablar. No había audio, pero se veían sus labios moviéndose. Suplicando. Llorando.

Ricardo levantó la pistola.

La apuntó a la cabeza del hombre.

Y disparó.

El cuerpo cayó hacia un lado, todavía atado a la silla.

Los hombres de traje se acercaron a Ricardo y le dijeron algo. Él asintió. Uno de ellos le inyectó algo en el brazo. Ricardo se tambaleó. Lo sujetaron. Lo sacaron de la habitación.

El vídeo continuó durante unos segundos más, mostrando el cuerpo inmóvil en la silla.

Y luego se cortó a negro.

Ricardo se había quedado paralizado. No podía respirar. No podía pensar.

Se había visto a sí mismo.

Había visto sus propias manos sostener un arma.

Había visto sus propios dedos apretar el gatillo.

Había visto a un hombre morir.

Y no recordaba nada.

Nada.

—Dios mío —escuchó decir a Lucía, muy lejos—. Ricardo... tú no... no fuiste tú...

Pero sí había sido él.

Su cuerpo. Sus manos. Su dedo en el gatillo.

Aunque su mente no estuviera presente, aunque lo hubieran drogado y manipulado, el resultado era el mismo.

Había matado a alguien.

Y no tenía ni idea de quién era esa persona o por qué lo habían obligado a hacerlo.

Se levantó bruscamente, tirando la silla. Atravesó el apartamento a tumbos hasta el baño y vomitó en el inodoro. Una, dos, tres veces, hasta que solo quedaron arcadas secas y el sabor amargo de la bilis.

Lucía apareció en la puerta.

—Ricardo...

—No —dijo él, sin mirarla—. No digas nada. No intentes... no intentes decirme que no fue mi culpa. Vi el vídeo. Te vi el vídeo. Fue mi mano. Fui yo.

—Pero no eras tú. Te habían drogado. Te habían...

—¡Eso no cambia que lo hice! —gritó, y su voz resonó en el pequeño baño—. ¡Ese hombre está muerto por mi culpa!

—Por culpa de ellos. Ellos te usaron. Te convirtieron en un arma.

Ricardo se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra la pared. Cerró los ojos, pero la imagen seguía ahí. El flash del disparo. El cuerpo cayendo.

—¿Quién era? —preguntó con voz rota—. ¿Quién era ese hombre?

—No lo sé. Pero podemos averiguarlo. —Lucía se sentó a su lado en el suelo—. Hay más archivos en la memoria. Documentos. Fotografías. Puede que haya información sobre... sobre lo que pasó.

—No quiero saber más.

—Sí quieres. Porque es la única forma de hacer justicia. Por ese hombre. Por los niños. Por mi padre. —Le puso una mano en el hombro—. Y por ti mismo.

Ricardo abrió los ojos. Las lágrimas corrían por su rostro sin que pudiera detenerlas.

—Soy un asesino.

—Eres una víctima que se vio obligada a hacer algo terrible. Hay una diferencia.

—¿La hay?

—Sí. Y lo probaremos. Expondremos a la gente que hizo esto. Los llevaremos ante la justicia. Y demostraremos que tú fuiste manipulado.

—Nadie va a creerlo. Dirán que estoy loco. Que me invento excusas.

—Entonces haremos que crean. —Lucía se levantó y le tendió la mano—. Pero primero tenemos que terminar de revisar todo lo que mi padre dejó. Porque en algún lugar de esos archivos está la clave para identificar al Arquitecto. Y una vez que sepamos quién es, podemos empezar a desmantelar toda su operación.

Ricardo miró la mano extendida. Podía tomarla y seguir adelante. O podía quedarse ahí, en el suelo del baño, destrozado por un pasado que ni siquiera recordaba.

*«Termina lo que empezamos»,* había dicho Sergio.

Cogió la mano de Lucía y se levantó.

Volvieron al salón. El portátil seguía abierto, la carpeta **PRUEBA_FINAL** todavía visible en la pantalla.

Ricardo la cerró y abrió la carpeta principal de nuevo. Había docenas de archivos que no habían revisado todavía.

—Empecemos por los documentos —dijo, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. Si Sergio pasó años investigando, debe haber dejado algo que nos indique quién es el Arquitecto.

Trabajaron durante horas. Leyendo informes. Estudiando fotografías. Conectando puntos en un mapa invisible de corrupción que se extendía por toda España y más allá.

Había nombres. Fechas. Transferencias bancarias. Movimientos de personal. Un rastro de papel que, pieza por pieza, revelaba la magnitud del Proyecto Mnemósine.

No era solo una operación local. Era internacional. Con ramificaciones en varios países. Y había continuado mucho después de lo que pasó en Sierra Mágina.

Los niños de los noventa habían sido solo el comienzo.

*«¿Qué pueden hacer ahora, veinte años después, con la tecnología actual?»,* había preguntado Sergio.

La respuesta estaba en algunos de los documentos más recientes que había conseguido reunir. Referencias a nuevos protocolos. A técnicas refinadas. A sujetos adultos, no solo niños.

El Proyecto Mnemósine no había terminado.

Había evolucionado.

Y el Arquitecto seguía ahí, en algún lugar, coordinándolo todo desde las sombras.

Eran casi las tres de la madrugada cuando Ricardo encontró algo.

Un documento escaneado. Un memorándum interno. Fechado hace seis meses.

El encabezado decía: **PROTOCOLO FASE IV - AUTORIZACIÓN FINAL**

Y al final del documento, después de párrafos llenos de jerga técnica que apenas entendía, había una firma.

No un nombre. Solo unas iniciales y un sello.

**M.V. - ARQUITECTO - PROYECTO MNEMÓSINE**

M.V.

Ricardo rebuscó entre otros documentos. Buscando ese par de iniciales. Y finalmente, en una fotografía de un evento oficial de 1997, las encontró.

Un grupo de hombres trajeados posando para la cámara. Todos sonriendo. Todos poderosos.

Y al final de la fila, con una sonrisa que no llegaba a los ojos, estaba José Luna.

Pero la foto no estaba etiquetada como Luna. El pie de foto decía:

**«Reunión anual del Comité de Seguridad Interior. De izquierda a derecha: C. Ruiz (Juez), F. Gómez (Diputado), J. Luna (Comisario), M. Vélez (Secretario de Estado), R. Torres (Empresario).»**

M. Vélez.

Secretario de Estado en 1997.

Ricardo buscó rápidamente en internet. Manuel Vélez. Carrera política brillante. Ascenso meteórico. Actualmente...

El corazón se le detuvo.

Actualmente Ministro del Interior.

El Arquitecto no era un criminal en la sombra. Era un miembro del gobierno. Con acceso a recursos ilimitados. Con poder para hacer desaparecer personas, archivos, pruebas.

Con poder para hacer cualquier cosa.

—Lo encontramos —susurró Ricardo—. Encontramos al Arquitecto.

Lucía miró la pantalla por encima de su hombro. Su rostro empalideció.

—El Ministro del Interior... Dios mío, Ricardo. Si él está detrás de todo esto, ¿cómo lo exponemos? ¿A quién acudimos?

—A nadie de dentro del sistema. Están todos comprometidos. —Ricardo se levantó y empezó a caminar—. Tenemos que hacerlo público. Filtrar todo. A la prensa. A las redes. A cualquier sitio donde no puedan borrarlo.

—Me llevaría días preparar un reportaje de esta magnitud. Y necesitaría corroboración. Fuentes. —Lucía negó con la cabeza—. Si publico solo lo que tenemos, dirán que es falso. Teoría conspirativa. Me destrozarán.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Necesitamos más pruebas. Pruebas físicas. Algo que no puedan refutar. —Lucía pensó un momento—. Esa finca en Sierra Mágina. ¿Sigue existiendo?

—No lo sé. Fue hace más de veinte años.

—Podemos averiguarlo. Si el Proyecto Mnemósine siguió activo, puede que todavía usen ese lugar. O que haya quedado

evidencia. —Se volvió hacia él—. Tenemos que ir.

—¿Ir? ¿A Jaén? Eso está a más de cuatrocientos kilómetros.

—Exacto. Lejos de aquí. Lejos de los ojos de Vélez y Luna. —Lucía empezó a recoger papeles, guardándolos en su bolsa de mensajero—. Salimos ahora. Conducimos toda la noche. Llegamos al amanecer. Inspeccionamos la finca. Y si encontramos algo, lo documentamos todo y lo hacemos público antes de que puedan detenernos.

—Es una locura.

—Todo esto es una locura. —Lucía lo miró fijamente—. Pero es lo único que podemos hacer. Porque si nos quedamos aquí, si esperamos, nos encontrarán. Y terminaremos como el Flaco. Como todos los que se acercaron demasiado a la verdad.

Ricardo sabía que tenía razón.

El Flaco había muerto por hablar con ellos.

El siguiente sería cualquiera de los dos.

A menos que se movieran primero.

—Está bien —dijo—. Vamos a Sierra Mágina.

Lucía asintió y empezó a empacar lo esencial. Un portátil. Cargadores. La memoria USB con todos los archivos de Sergio. Copias de seguridad en la nube.

Ricardo miró el reloj. Las tres y cuarto de la madrugada.

En algún lugar de la ciudad, Manuel Vélez —el Arquitecto— dormía tranquilo en su cama, sin saber que dos personas acababan de descubrir su secreto.

O quizá sí lo sabía.

Quizá había estado esperando este momento desde el principio.

Quizá todo formaba parte de un plan más grande que ellos no podían ver todavía.

Ricardo cogió su abrigo y sus guantes de cuero.

No importaba.

Iban a ir a Sierra Mágina.

Iban a encontrar la verdad.

Y luego, de una forma u otra, esto iba a terminar.

Salieron del apartamento en silencio, bajando las escaleras con cuidado de no despertar a los vecinos.

Afuera, la noche era fría y húmeda. Las calles del Casco Viejo estaban desiertas.

El coche de Lucía —un Seat León viejo pero fiable— estaba aparcado a dos manzanas.

Mientras caminaban hacia él, Ricardo no pudo evitar mirar por encima del hombro.

Las ventanas oscuras. Los portales cerrados. Las sombras que podían esconder cualquier cosa.

Subieron al coche. Lucía encendió el motor.

Y emprendieron el viaje hacia el sur.

Hacia el lugar donde había comenzado todo.

Hacia el corazón de la pesadilla que había destruido sus vidas sin que ellos lo supieran.

Ricardo miró por la ventanilla mientras Bilbao desaparecía detrás de ellos.

Pensó en el hombre que había matado.

En los niños que no había podido salvar.

En Sergio, vivo o muerto, en algún lugar, observando.

Y se preguntó si, cuando llegaran a Sierra Mágina, encontrarían respuestas.

O si solo encontrarían más preguntas.

Y más sangre.

## CAPÍTULO 6

## El archivo oculto

La autopista se extendía ante ellos como una cicatriz negra atravesando la noche. Ricardo llevaba tres horas mirando las líneas blancas del asfalto deslizarse bajo los faros del coche, hipnóticas, interminables. Lucía conducía en silencio, con las manos aferradas al volante y la mandíbula apretada en esa expresión de concentración tensa que Ricardo había aprendido a reconocer.

Habían salido de Bilbao poco después de las tres. Ahora, pasadas las seis de la mañana, el cielo empezaba a clarear por el este con esa luz grisácea que precede al amanecer. Habían dejado atrás Burgos hacía una hora y entraban en Castilla-La Mancha, en ese paisaje plano y monótono que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Ricardo encendió otro cigarrillo. Lucía había protestado al principio —su coche, sus normas— pero después de ver el vídeo había dejado de discutir. Algunas batallas no merecían la pena cuando el mundo se estaba desmoronando a tu alrededor.

—Deberíamos parar —dijo Lucía de repente. Su voz sonaba ronca por el cansancio—. Necesito café. Y gasolina.

—Hay una estación de servicio en cinco kilómetros —señaló Ricardo, mirando el GPS del móvil.

Lucía asintió y siguió conduciendo en silencio.

La estación de servicio era una de esas modernas, toda cristal y neones, que parecía completamente fuera de lugar en medio de la nada. A esas horas solo había un par de camiones aparcados y un coche patrulla de la Guardia Civil junto a los surtidores.

—Mierda —murmuró Lucía, reduciendo la velocidad.

—Tranquila —dijo Ricardo—. Solo vienen a por café. No tienen ninguna razón para fijarse en nosotros.

Pero mientras Lucía llenaba el depósito, Ricardo no pudo evitar observar a los dos guardias civiles a través de las ventanas de

la cafetería. Charlaban con la dependienta, despreocupados. Uno de ellos se reía de algo. Gente normal haciendo su trabajo normal.

¿Cuántos de ellos estarían comprometidos? ¿Cuántos sabrían algo sobre el Proyecto Mnemósine? ¿O todos eran simplemente engranajes en una máquina tan grande que nadie veía el mecanismo completo?

Lucía terminó de llenar el depósito y entró a pagar. Ricardo la observó mientras hacía cola detrás de uno de los guardias. Intercambiaron alguna palabra cordial. Una sonrisa. Todo normal.

Salió con dos cafés y unas barritas energéticas.

—Los guardias me han preguntado a dónde iba tan temprano —dijo mientras volvían al coche—. Les dije que íbamos a Jaén, a ver a un familiar enfermo.

—¿Te creyeron?

—¿Por qué no iban a hacerlo? Solo somos dos personas de viaje. —Pero su voz no sonaba tan convencida como sus palabras.

Volvieron a la carretera. Ricardo bebió el café —demasiado caliente, demasiado amargo— y sintió cómo la cafeína empezaba a despejarle la niebla del cerebro.

—Cuéntame sobre tu padre —dijo de repente—. No el detective. El hombre. ¿Cómo era en casa?

Lucía tardó un momento en responder. Cuando lo hizo, su voz sonaba diferente. Más suave. Más joven.

—Ausente, la mayor parte del tiempo. Siempre trabajando. Siempre con algún caso que lo obsesionaba. —Una pausa—. Mi madre lo odiaba. No a él, sino a su trabajo. Decía que estaba casado con la placa, no con ella.

—¿Se divorciaron?

—Se separaron cuando yo tenía catorce. Dos años antes de que él... de su muerte. O lo que fuera. —Lucía apretó el volante con más fuerza—. La última vez que lo vi fue una semana antes de que apareciera en el río. Vino a casa, lo cual era raro porque después de

la separación apenas nos veíamos. Estaba... diferente. Nervioso. Asustado, incluso.

—¿Te dijo algo?

—Me preguntó si sabía guardar secretos. Le dije que sí. Y entonces me hizo prometerle algo: que si algún día alguien venía preguntando por él, alguien que no fuera de la policía, le dijera a esa persona que mirara en el lugar donde perdí mi primer diente. —Lucía soltó una risa sin humor—. Pensé que estaba paranoico. Que tanto tiempo persiguiendo criminales le había afectado la cabeza.

—¿El lugar donde perdiste tu primer diente?

—La cocina del apartamento donde vivíamos. Me caí de una silla cuando tenía cinco años. Me di con la encimera y se me cayó el diente de leche. —Hizo una pausa—. Cuando vaciamos el apartamento después de su muerte, encontré algo detrás del zócalo de esa encimera. Un sobre. Dentro había una llave y una dirección en Jaén.

Ricardo sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿La finca de Sierra Mágina?

—No. Una casa en el pueblo más cercano. Alquilada a nombre de Juan García. Falso, obviamente. —Lucía le lanzó una mirada rápida—. Fui allí hace cinco años. La casa estaba abandonada. El casero dijo que el inquilino había pagado el alquiler por adelantado para diez años, pero nunca había vuelto después del primer mes.

—¿Qué había dentro?

—Archivos. Los que están en la memoria USB que te di. Los había dejado allí, escondidos. Sabía que alguien iría a buscarlos tarde o temprano. —Su voz se quebró ligeramente—. Quizás iba a morir, pero no quería que su investigación muriera con él.

Ricardo asintió en silencio. Sergio Mena había sido metódico incluso en su propia desaparición. Dejando migas de pan para que alguien —su hija, Ricardo, quien fuera— pudiera seguir el rastro.

—Esa casa —dijo Ricardo—. ¿Sigue siendo accesible?

—No lo sé. Hace cinco años que no voy. Pero tengo la llave. Y la dirección.

—Deberíamos pasar por allí primero. Antes de ir a la finca. Por si hay algo más que tu padre dejó y que no estaba en los archivos.

Lucía asintió.

—Está en Bedmar. Un pueblo pequeño. A unos veinte kilómetros de donde está la finca.

El GPS indicaba que llegarían a Bedmar en dos horas y media. Ricardo reclinó el asiento y cerró los ojos, pero el sueño no llegaba. Cada vez que estaba a punto de dormirse, veía el flash del disparo. El cuerpo cayendo. Sus propias manos, ajenas, mortales.

*No fuiste tú*, se repetía. *Te drogaron. Te manipularon.*

Pero la parte racional de su cerebro sabía que eso no era suficiente. En algún tribunal, en algún momento, tendría que responder por lo que había hecho. Y ningún juez creería la historia de la manipulación mental sin pruebas irrefutables.

Abrió los ojos. El sol había salido completamente ahora, iluminando el paisaje con esa luz dorada de las mañanas de invierno. Pasaban junto a olivares interminables, retorcidos y plateados bajo el sol.

—Estamos cerca —dijo Lucía.

Ricardo se incorporó. Efectivamente, habían salido de la autovía y circulaban ahora por una carretera comarcal. A lo lejos, encaramado en una colina, se veía un pueblo blanco: Bedmar.

Era más grande de lo que Ricardo había imaginado. No uno de esos pueblos moribundos de cinco casas y una iglesia, sino un núcleo real, con varios cientos de habitantes. Calles estrechas. Casas encaladas. Una plaza con bares que empezaban a abrir sus puertas.

Lucía condujo por las calles con la seguridad de quien ya había estado allí antes. Finalmente se detuvo frente a una casa de

dos plantas en una calle lateral. La pintura de la fachada estaba descascarillada. Las contraventanas cerradas. Aspecto de abandono.

—Es aquí —dijo.

Bajaron del coche. La calle estaba desierta. Era jueves por la mañana y la mayoría de la gente estaría trabajando o aún durmiendo. Nadie los vio entrar.

Lucía sacó la llave —otra llave más, pensó Ricardo, cuántas llaves guardaba esta familia— y abrió la puerta principal. Chirrió al abrirse, dejando escapar un olor a cerrado y humedad.

El interior estaba oscuro. Lucía tanteó la pared hasta encontrar el interruptor. La luz se encendió, revelando un recibidor pequeño con suelo de baldosas desportilladas. Había polvo por todas partes. Telarañas en las esquinas.

—Arriba —dijo Lucía—. Los archivos estaban en un cuarto del segundo piso.

Subieron por una escalera de madera que crujía bajo sus pies. El piso superior tenía tres habitaciones. Lucía se dirigió a la del fondo y abrió la puerta.

La habitación estaba vacía. Solo quedaban las marcas en el suelo donde había estado el mobiliario. Y en una esquina, una caja de cartón que Lucía debía de haber dejado la última vez que estuvo allí.

—Aquí es donde estaba todo —dijo, señalando alrededor—. Había una mesa. Archivadores. Fotografías clavadas en las paredes con hilos conectándolas. Era como... como el cuarto de un detective obsesionado en una película.

—¿Te llevaste todo?

—Todo lo que pude. El resto... supongo que se perdió cuando dejé de pagar el alquiler. El casero tenía derecho a vaciar la casa.

Ricardo se acercó a la ventana y apartó la contraventana. La vista daba a la parte trasera de otras casas y, más allá, a los campos de olivos que se extendían hacia las montañas.

En algún lugar de esas montañas estaba la finca. El lugar donde había comenzado todo.

Se giró hacia Lucía.

—¿Hay algo más que tu padre pudiera haber dejado? ¿Algo que no estuviera obvio?

Lucía frunció el ceño, pensando.

—Solía esconder cosas. Cuando yo era niña, jugábamos a que él escondía pequeños tesoros por la casa y yo tenía que encontrarlos. Decía que era entrenamiento de observación. —Se arrodilló y empezó a palpar las tablas del suelo—. Siempre escogía los mismos tipos de escondites. Debajo de tablas sueltas. Detrás de rodapiés. En huecos en las paredes.

Ricardo empezó a revisar las paredes, golpeando suavemente para detectar espacios huecos. Lucía continuó con el suelo.

Pasaron veinte minutos sin encontrar nada. Ricardo empezaba a pensar que era inútil cuando Lucía dio un grito ahogado.

—¡Aquí!

Había levantado una tabla suelta cerca de la ventana. Debajo había un espacio hueco, y en ese espacio, envuelto en plástico, había un pequeño paquete.

Lo sacó con cuidado y desenvolvió el plástico. Dentro había otro cuaderno. Más pequeño que los que Ricardo tenía en su apartamento, con tapa de cuero marrón. Y pegada en la primera página, una nota escrita a mano:

**«Si encuentras esto, significa que nadie más lo ha hecho. Bien. Esto es lo que no pude poner en los archivos oficiales. Lo que era demasiado peligroso incluso para dejarlo en la taquilla. Ricardo: esto es lo que te salvará o te condenará. Úsalo con sabiduría. - S.M.»**

Lucía abrió el cuaderno. Las páginas estaban llenas de la letra apretada de Sergio. Párrafos densos. Diagramas. Fechas.

Empezó a leer en voz alta:

*«15 de octubre de 2001. He descubierto algo que cambia todo lo que creía saber sobre el Proyecto Mnemósine. No es solo un experimento sobre manipulación de memoria. Es un programa de selección.»*

*«Los niños que desaparecieron no fueron elegidos al azar. Fueron seleccionados cuidadosamente según criterios específicos: coeficiente intelectual alto, capacidad de adaptación, ausencia de redes de apoyo sólidas. En otras palabras, niños brillantes que nadie echaría demasiado de menos.»*

*«¿Por qué? Porque el objetivo final del proyecto no era crear técnicas de manipulación para uso policial o militar, como pensé al principio. Era crear... sustitutos.»*

Ricardo y Lucía intercambiaron una mirada.

*«Sustitutos de personas reales. Niños que serían alterados —física y mentalmente— para reemplazar a otros niños. Niños que habían sido secuestrados o comprados de familias desesperadas. El Proyecto Mnemósine no solo borraba memorias. Implantaba identidades completas.»*

*«¿Para qué? La respuesta es tan obvia como aterradora: para infiltración a largo plazo.»*

*«Imagina poder sustituir al hijo de un político, de un juez, de un general. Imagina que ese niño creciera como un miembro más de la familia, pero con lealtades implantadas. Con una programación que podría activarse años, décadas después. Células durmientes, pero no terroristas extranjeros. Ciudadanos españoles. Hijos. Hermanos. Futuros líderes.»*

Lucía dejó de leer. Su rostro había perdido todo el color.

—Esto no puede ser real —susurró—. Es demasiado...

—¿Monstruoso? —completó Ricardo—. Sí. Pero tiene sentido. Si piensas en los recursos invertidos, en el nivel de secretismo, en las personas involucradas... no lo hacían solo por experimentar. Tenían un objetivo concreto.

—Pero sustituir niños... ¿cuántos? ¿Durante cuánto tiempo?

—Sigue leyendo.

Lucía pasó varias páginas, escaneando el contenido. Se detuvo en una entrada fechada en marzo de 2000, dos semanas antes de la desaparición de Sergio.

*«He identificado tres casos confirmados de sustitución exitosa. El primero: Javier Ruiz Beltrán, hijo del juez Carlos Ruiz. Desaparecido en Vitoria en 1996. Reapareció tres meses después. Su familia notó cambios de comportamiento, pero los atribuyeron al trauma. Ese 'Javier' tiene ahora 25 años y acaba de terminar la carrera de Derecho. Pronto empezará a trabajar en el despacho de su padre.»*

*«El segundo: Ana Méndez Torres, hija de la diputada Marta Torres. Desaparecida en Madrid en 1997. Reapareció cuatro meses después. Actualmente estudia Ciencias Políticas. Su madre la presenta como 'la futura generación de líderes de este país'.»*

*«El tercero: Pablo Luna Garcés.»*

Ricardo sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Luna —repitió—. José Luna.

Lucía buscó en el cuaderno. Ahí estaba, dos páginas más adelante:

*«Pablo Luna Garcés es el hijo de José Luna. Desapareció en San Sebastián en 1998. Tenía siete años. Reapareció cinco meses después. José Luna, que era comisario en ese momento, nunca reportó oficialmente la desaparición. Pero yo lo sabía. Vi los informes internos. Vi cómo la investigación se cerró en silencio.»*

*«Luna participó en el Proyecto Mnemósine no solo como facilitador. Lo hizo porque le prometieron devolver a su hijo. Y lo cumplieron. Pero el niño que volvió no era su hijo. Era un sustituto. Una copia. Un impostor con los recuerdos y la personalidad de alguien más.»*

*«Y Luna lo supo. Tuvo que saberlo. Pero aceptó la mentira porque la alternativa era admitir que su verdadero hijo estaba muerto o perdido para siempre. Así es como lo tienen controlado. Así es como controlan a todos los padres cuyos hijos fueron sustituidos: con la amenaza de revelar la verdad. Con la amenaza de destruir la ficción que han construido para sí mismos.»*

Ricardo se dejó caer contra la pared. Los ojos de Luna esa mañana en su despacho. La frialdad. El control absoluto.

No era solo un cómplice. Era un padre desesperado que había vendido su alma al diablo a cambio de la ilusión de tener a su hijo de vuelta.

—Dios mío —murmuró Lucía—. Cuánta gente... cuántas familias...

—Y cuántos de esos niños siguen ahí fuera —añadió Ricardo —. Durmientes. Esperando. Veinte, veinticinco años después. Ahora son adultos. En posiciones de influencia. Sin saber siquiera que son... que son...

—Armas —completó Lucía—. Armas humanas.

Continuó leyendo el cuaderno. Había más nombres. Más casos documentados. Algunos confirmados, otros solo sospechados. Y al final del cuaderno, una última entrada:

*«He contactado con un testigo. Emilio Vázquez, el guardia de seguridad. Se reunirá conmigo mañana por la noche. Dice que tiene pruebas físicas. Registros médicos. Listas con nombres de todos los niños procesados. Y lo más importante: grabaciones de las sesiones de reprogramación.»*

*«Si consigo esas pruebas, podré exponer todo. Podré demostrar que Manuel Vélez —el Arquitecto— ha estado dirigiendo esta operación desde el principio. Que llega hasta el Ministerio del Interior. Que es una conspiración que involucra a docenas de personas en posiciones de poder.»*

*«Pero si algo sale mal, si me capturan o me matan, necesito que alguien sepa dónde están esas pruebas. Por eso dejo este*

*cuaderno aquí. Por eso he programado los mensajes que se enviarán automáticamente si no cancelo el temporizador cada semana.»*

*«Las grabaciones no están en la finca. Están en un lugar seguro que solo Emilio conoce. Y si él muere antes de poder dármelas, hay una copia de respaldo. En un lugar que Ricardo entenderá. En el lugar donde todo terminó para él.»*

El cuaderno terminaba ahí.

Ricardo y Lucía se miraron.

—El lugar donde todo terminó para ti —dijo Lucía—. ¿Qué significa?

Ricardo cerró los ojos, forzando la memoria. El lugar donde todo terminó. Donde le borraron la memoria. Donde dejó de ser el detective que era y se convirtió en... en lo que fuera que era ahora.

Y entonces lo supo.

—La habitación —dijo—. La habitación del vídeo. Donde me hicieron disparar.

—¿Sabes dónde está?

—No. Pero creo que Sergio sí lo sabía. Y dejó las grabaciones ahí. En el mismo lugar donde me destruyeron. Como una especie de... de justicia poética.

—Entonces tenemos que encontrar esa habitación.

—Está en la finca. Tiene que estar. Todo pasó en Sierra Mágina. —Ricardo se levantó—. Vamos. Hemos perdido suficiente tiempo.

Bajaron las escaleras rápidamente. Ricardo metió el cuaderno de Sergio en el bolsillo interior de su abrigo, junto a todas las demás piezas de este rompecabezas maldito que iba armando poco a poco.

Salieron de la casa. La calle seguía desierta, aunque ahora se oían voces de niños en algún lugar cercano. Probablemente camino del colegio.

Niños normales. Con familias normales. Sin saber que algunos de sus compañeros podían ser... ¿qué? ¿Manchurian candidates? ¿Programas andantes disfrazados de personas?

Subieron al coche. Lucía encendió el motor.

—¿Sabes cómo llegar a la finca? —preguntó Ricardo.

—Tengo las coordenadas. Las saqué de los archivos de mi padre. —Programó el GPS—. Está a media hora de aquí. En la montaña. Sin carreteras asfaltadas los últimos cinco kilómetros.

—Perfecto. Nadie nos verá llegar.

—O nadie nos verá morir.

Era una posibilidad real. Pero ya habían llegado demasiado lejos para echarse atrás.

El coche salió del pueblo y tomó una carretera estrecha que subía hacia las montañas. El paisaje cambió gradualmente: los olivares dieron paso a pinos y matorrales. El aire se volvió más frío. Más limpio.

Después de veinte minutos, el asfalto terminó. Una pista de tierra continuaba serpenteando montaña arriba.

—A partir de aquí vamos despacio —dijo Lucía—. No quiero romper el coche. Y no quiero que nos oigan llegar.

Condujeron durante otros diez minutos a velocidad de tortuga. El camino estaba lleno de baches y piedras. En algunos puntos parecía que el coche no pasaría, pero Lucía maniobró con habilidad.

Finalmente, al doblar una curva cerrada, la vieron.

La finca.

Era más grande de lo que Ricardo había imaginado. Un edificio principal de dos plantas, con una estructura anexa que parecía un almacén o granero. Todo pintado de blanco, aunque la pintura estaba desconchada y descolorida por el tiempo. Las ventanas tapiadas. Un muro de piedra rodeaba todo el complejo, con una verja metálica que había quedado abierta, oxidada y torcida.

Lucía detuvo el coche a unos cien metros, oculto tras un grupo de pinos.

—Parece abandonado —dijo.

—O parece que quieren que parezca abandonado —replicó Ricardo.

Salieron del coche en silencio. Ricardo abrió el maletero. Lucía había traído una mochila con herramientas básicas: linternas, una palanca, cinta adhesiva, un cuchillo. Equipo básico de investigación periodística, había dicho. Ricardo pensó que parecía más equipo de allanamiento.

Se la colgó al hombro y echó a andar hacia la finca.

El silencio era absoluto. Ni pájaros. Ni insectos. Como si la vida misma hubiera decidido evitar ese lugar.

Llegaron a la verja. Ricardo la empujó suavemente. Se abrió con un chirrido metálico que resonó en la quietud de la montaña.

Esperaron un momento. Ninguna reacción. Ningún movimiento.

Cruzaron el umbral.

El patio delantero estaba cubierto de maleza. Malas hierbas creciendo entre las piedras. Un viejo tractor oxidado abandonado en una esquina. Todo el lugar desprendía un aire de abandono que parecía genuino.

Pero Ricardo no se fiaba.

Se acercaron a la puerta principal del edificio. Estaba cerrada, pero la madera estaba podrida. Lucía usó la palanca para forzar el marco. Cedió con un crujido sordo.

Entraron.

El interior estaba oscuro. Olor a humedad y a animales muertos. Ricardo encendió la linterna. El haz de luz reveló un recibidor grande. Escaleras subiendo al segundo piso. Puertas a ambos lados.

—Los sótanos —dijo Ricardo—. Sergio habló de tres niveles bajo tierra. Tiene que haber una entrada.

Revisaron la planta baja. Habitaciones vacías. Mobiliario destrozado por el tiempo y los animales. Grafitis en algunas paredes —adolescentes que habían venido a hacer el tonto, probablemente.

Pero ninguna entrada a los sótanos.

—Tiene que estar oculta —dijo Lucía—. Una trampilla. Una puerta disimulada.

Volvieron al recibidor. Ricardo estudió el suelo. Había baldosas sueltas en varios sitios. Golpeó con el pie, escuchando el sonido.

En una esquina, cerca de las escaleras, el sonido cambió. Más hueco. Más profundo.

—Aquí.

Lucía se arrodilló y empezó a levantar las baldosas. Debajo había madera. Y bajo la madera, metal.

Una trampilla.

Tenía un asa empotrada. Ricardo tiró de ella. La trampilla se abrió con dificultad, revelando una escalera de metal que descendía hacia la oscuridad.

Aire frío subió desde abajo. Y con él, ese olor particular de los lugares cerrados durante mucho tiempo.

Pero también había otra cosa. Un olor más reciente.

Olor a electricidad. A equipamiento electrónico.

Alguien había estado ahí. Recientemente.

Ricardo y Lucía intercambiaron una mirada.

—Todavía hay tiempo de volver atrás —dijo Ricardo.

—No, no lo hay —respondió Lucía, y empezó a bajar por la escalera.

Ricardo la siguió, con la linterna iluminando el camino.

Bajaron y bajaron. Un primer nivel. Un segundo. Un tercero.

Al llegar al fondo, se encontraron en un pasillo de hormigón. Puertas a ambos lados. Las mismas puertas que Ricardo había visto en sus fragmentos de memoria.

Habían llegado.

Al corazón del Proyecto Mnemósine.

Al lugar donde se habían creado monstruos disfrazados de niños.

Al lugar donde Ricardo Varela había dejado de ser él mismo.

Lucía probó la primera puerta. Cerrada. La segunda. También cerrada.

La tercera se abrió.

Y lo que vieron al otro lado les heló la sangre.

La habitación estaba iluminada. No con luz antigua, sino con fluorescentes modernos, zumbando suavemente.

Había equipamiento. Ordenadores. Monitores. Cables.

Y en el centro de la habitación, atado a una silla, con la cabeza caída sobre el pecho, había un hombre.

Lucía dio un grito ahogado.

Porque el hombre era mayor. Setenta y muchos años. Con el pelo gris y la barba de varios días.

Y aunque había envejecido veinticuatro años, aunque estaba demacrado y herido, era inconfundible.

Era Sergio Mena.

Estaba vivo.

Y estaba inconsciente.

Y en ese momento, a sus espaldas, se oyó un clic metálico inconfundible.

El sonido de un arma siendo amartillada.

Una voz que Ricardo reconocía habló desde la oscuridad del pasillo:

—Bienvenido a casa, detective Varela. Te hemos estado esperando.

## CAPÍTULO 7

## La traición

Ricardo se giró lentamente, con las manos levantadas a la altura del pecho. La linterna cayó de sus dedos y rodó por el suelo, proyectando sombras grotescas que bailaban en las paredes de hormigón.

José Luna salió de la oscuridad del pasillo con un arma en la mano. No estaba solo. Detrás de él había dos hombres más, vestidos con ropa táctica negra, rostros impasibles, también armados. Profesionales.

—No hagas ninguna estupidez —dijo Luna, apuntándole directamente al pecho—. Después de veintitrés años, sería una pena tener que matarte ahora.

—Hijo de puta —siseó Lucía, dando un paso adelante.

Uno de los hombres de Luna levantó su arma hacia ella. Lucía se detuvo, pero sus ojos ardían con un odio tan puro que casi podía tocarse.

—Lucía Mena —dijo Luna, y su voz adoptó un tono casi cordial—. La periodista tenaz. Tu padre estaría orgulloso. O lo estaría si no hubiera sido un traidor que puso en riesgo la seguridad nacional.

—Mi padre era un héroe. Tú eres el traidor.

Luna soltó una risa sin humor.

—¿Héroe? Tu padre era un idealista que no entendía el mundo real. Que pensaba que la verdad y la justicia importaban más que la estabilidad. Más que el orden. —Se acercó unos pasos, manteniendo el arma firme—. Vivimos en una sociedad compleja, señorita Mena. A veces hay que hacer sacrificios difíciles para el bien común.

—¿Sacrificios? —escupió Ricardo—. ¿Secuestrar niños? ¿Borrar sus mentes? ¿Convertirlos en... en qué, exactamente?

—En herramientas —respondió Luna simplemente—. En activos. En elementos que aseguran la continuidad de nuestra forma de vida.

—¿Tu hijo? —preguntó Ricardo—. ¿Pablo era una herramienta?

Por primera vez, la máscara de Luna vaciló. Un músculo se tensó en su mandíbula. Sus ojos se endurecieron aún más.

—No hables de mi hijo.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que el niño que vive en tu casa no es él? ¿Porque sabes que tu verdadero hijo está muerto o perdido y has pasado veinte años fingiendo que el impostor que te devolvieron es real?

Luna dio dos pasos rápidos y golpeó a Ricardo en la cara con la culata de la pistola. Ricardo cayó al suelo, con el sabor de la sangre llenándole la boca.

Lucía gritó y se lanzó hacia Luna, pero uno de los hombres la agarró y la inmovilizó con facilidad.

—Mi hijo —dijo Luna, respirando agitadamente, toda su compostura rota— está vivo. Es un abogado brillante. Va a casarse el próximo año. Tiene una vida. Una vida que no habría tenido si yo no hubiera tomado decisiones difíciles.

Ricardo se levantó lentamente, escupiendo sangre.

—No es tu hijo. Es un extraño con los recuerdos de otra persona. Un muñeco con las cuerdas en manos del Arquitecto.

—¡BASTA! —La voz de Luna resonó en el espacio cerrado—. No sabes nada. No entiendes nada.

—Entonces ayúdame a entender. —Ricardo se limpió la sangre de la boca—. Explícame cómo justificas esto. Explícame cómo un hombre que juró proteger y servir acabó siendo cómplice de la desaparición de diecinueve niños.

Luna lo miró durante un largo momento. Luego, sorprendentemente, bajó el arma unos centímetros. No la guardó,

pero ya no apuntaba directamente a Ricardo.

—Siéntate —ordenó, señalando una silla en la esquina de la habitación—. Los dos. Y os contaré una historia. La historia real. No la versión heroica que Sergio dejó en sus archivos.

Los dos hombres empujaron a Ricardo y Lucía hacia unas sillas metálicas. Los ataron con bridas de plástico. Ricardo probó la resistencia: inútil. Estaban bien sujetos.

Luna se apoyó contra la pared, con el arma todavía en la mano, pero ahora apuntando al suelo. Los dos hombres se quedaron junto a la puerta, vigilantes.

—El Proyecto Mnemósine —comenzó Luna— no nació de la maldad. Nació de la necesidad. En los años noventa, tras el final de la Guerra Fría, Europa se enfrentaba a nuevas amenazas. Terrorismo. Crimen organizado transnacional. Redes que operaban más allá de las fronteras y las jurisdicciones.

—Y para combatirlo decidisteis crear vuestra propia red de niños zombis —interrumpió Lucía.

Luna la ignoró.

—Los servicios de inteligencia necesitaban métodos nuevos. Infiltración profunda. Agentes que pudieran integrarse en estructuras criminales desde dentro. Pero los adultos siempre levantaban sospechas. Siempre había algo que los delataba. —Hizo una pausa—. Pero los niños... los niños eran perfectos. Podían ser moldeados. Criados dentro de familias objetivo. Crecer como miembros naturales de esas familias.

—Dios mío —susurró Lucía—. No era solo sobre crear reemplazos. Era sobre infiltración generacional.

—Exacto. —Luna asintió—. Imagina un niño criado en la familia de un capo de la droga. Creciendo con total acceso. Convirtiéndose en heredero del imperio. Y todo el tiempo, en algún lugar profundo de su mente, con lealtades programadas hacia nosotros.

Ricardo sintió náuseas.

—Pero los niños que secuestrasteis... ¿qué les pasó?

—Fueron... reutilizados —dijo Luna, y por primera vez su voz vaciló ligeramente—. Se les dio nuevas identidades. Nuevas vidas. En algunos casos, fueron adoptados por familias del programa. En otros...

—En otros murieron —completó Ricardo—. Porque no todos sobrevivían al proceso.

Luna no respondió. No hacía falta.

—¿Y los padres? —preguntó Lucía—. Las familias que recibieron a los impostores. ¿Todos sabían?

—Algunos sí. Aquellos cuya cooperación era esencial para el programa. Como yo. —Luna cerró los ojos un momento—. Otros nunca lo supieron. Creyeron que sus hijos habían vuelto cambiados por el trauma. Y siguieron con sus vidas sin saber que estaban criando a operativos durmientes.

—Operativos controlados por Manuel Vélez —dijo Ricardo—. El Arquitecto.

Luna abrió los ojos y sonrió con amargura.

—Ves, ahí es donde te equivocas. Vélez no es el Arquitecto. Nunca lo fue.

El silencio que siguió fue absoluto.

—¿Qué? —Lucía se inclinó hacia delante tanto como las ataduras le permitían—. Pero los archivos... las iniciales...

—Plantadas —dijo Luna—. Por el verdadero Arquitecto. Vélez es poderoso, sí. Está involucrado, sí. Pero es solo otra pieza. El Arquitecto está por encima de él. Por encima de todos nosotros.

—¿Quién? —preguntó Ricardo—. ¿Quién es?

Luna vaciló. Y en ese momento, Ricardo vio algo en sus ojos. No era miedo. Era algo más profundo. Algo más oscuro.

Era lealtad.

Luna nunca iba a decirles quién era el Arquitecto. Porque a pesar de todo, a pesar de su hijo, a pesar de los crímenes, seguía siendo un creyente.

—No importa —dijo Luna finalmente—. Porque ninguno de vosotros va a salir de aquí para contarlo.

—¿Vas a matarnos? —preguntó Lucía—. ¿Como matasteis a mi padre?

—Tu padre sigue vivo, como puedes ver. —Luna señaló a Sergio, todavía inconsciente en la silla—. Lo hemos mantenido con vida porque era útil. Porque sabíamos que tarde o temprano os conduciría hasta aquí. A los dos.

Ricardo sintió que su estómago se retorcía.

—Nos usaste de cebo.

—El Flaco era el verdadero cebo —corrigió Luna—. Un viejo alcohólico que guardaba demasiados secretos y que eventualmente hablaría con las personas equivocadas. Como hizo. Y cuando habló con vosotros, pudimos seguir todo vuestro recorrido. El viaje a Bedmar. La casa. Este lugar. —Sonrió—. Habéis hecho el trabajo por nosotros. Habéis encontrado todos los archivos ocultos que Sergio dejó dispersos.

—Los archivos —dijo Ricardo, sintiendo la desesperación apoderándose de él—. Los copiamos. Los subimos a la nube. Si no salimos de aquí...

—Se borrarán automáticamente. Ya hemos hackeado vuestras cuentas. Vuestros ordenadores. No hay nada que pueda relacionaros con lo que habéis descubierto. —Luna se enderezó—. Moriréis aquí. Como tantos otros que hicieron demasiadas preguntas. Y el mundo seguirá girando sin vosotros.

—¿Y Sergio? —preguntó Lucía, con la voz quebrada—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Lo que debí hacer hace veinticuatro años. —Luna levantó el arma de nuevo—. Terminar el trabajo.

Se acercó a Sergio. Apretó el cañón contra la sien del hombre inconsciente.

—¡NO! —gritó Lucía, luchando contra las ataduras—. ¡Por favor! ¡Es mi padre!

Luna dudó. Y en esa duda, Ricardo vio la grieta. La fisura en la armadura del hombre que había sacrificado todo, incluyendo su humanidad, por un proyecto que ahora lo poseía por completo.

—José —dijo Ricardo, manteniendo su voz calmada—. Todavía puedes parar esto. Todavía puedes elegir hacer lo correcto.

Luna lo miró. Y por un momento, solo un momento, Ricardo vio al hombre que había sido. Al policía que una vez creyó en la justicia. Al padre que amaba a su hijo.

—Ya no hay elecciones correctas —dijo Luna en voz baja—. Solo hay supervivencia.

Y entonces, algo imposible sucedió.

Sergio Mena abrió los ojos.

No gradualmente. No con confusión. Los abrió de golpe, completamente alerta, y en un movimiento que desafiaba su edad y su aparente estado de debilidad, agarró la muñeca de Luna y le torció el brazo con fuerza brutal.

El disparo resonó, pero la bala se perdió en el techo.

Luna gritó. Sergio se levantó —las cuerdas que supuestamente lo ataban cayeron al suelo, ya cortadas— y golpeó a Luna en la cara con el codo. El comisario cayó hacia atrás.

Los dos hombres de negro reaccionaron, levantando sus armas. Pero Sergio era más rápido de lo que nadie habría esperado. Cogió una palanca metálica que había estado escondida bajo la silla y la lanzó con precisión quirúrgica. Golpeó a uno de los hombres en la cabeza. Cayó como un saco de patatas.

El segundo disparó. Sergio se tiró al suelo, rodó, y surgió detrás del hombre. Un movimiento de artes marciales —rápido,

eficiente— y el segundo hombre también estaba en el suelo, inconsciente.

Todo había durado menos de diez segundos.

Sergio se giró hacia Ricardo y Lucía. Su rostro estaba más envejecido que en las fotografías, pero sus ojos... sus ojos eran los mismos. Intensos. Vivos. Brillantes con esa inteligencia voraz que Ricardo recordaba.

—Hola, Ricardo —dijo, casi con afecto—. Cuánto tiempo.

—Sergio... —Ricardo apenas podía procesar lo que acababa de presenciar—. Tú... estabas...

—¿Fingiendo? Sí. —Sergio se acercó y empezó a cortar las ataduras de Ricardo con un cuchillo que sacó de su bota—. Luna cree que me capturaron hace tres días. En realidad, me entregué voluntariamente. Sabiendo que os traería aquí. Sabiendo que necesitaríamos confrontar todo esto en este lugar.

Liberó a Ricardo y luego a Lucía. Ella se levantó de un salto y se lanzó a los brazos de su padre, sollozando.

—Estás vivo. Estás vivo. Pensé que... pensé que te había perdido...

—Lo sé, pequeña. Lo sé. —Sergio la abrazó, y por un momento su rostro mostró todo el dolor de veinticuatro años de separación—. Perdóname. Tuve que hacerlo. Para protegerte. Para protegeros a ambos.

Luna gimió en el suelo, intentando levantarse. Sergio se separó de Lucía y recogió el arma caída.

—Quieto —ordenó, apuntando a Luna—. Ya has hecho suficiente daño.

Luna se sentó lentamente, con la espalda contra la pared. Tenía sangre corriéndole de la nariz.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, mirando a Sergio con algo parecido a la admiración—. ¿Cuánto tiempo has estado planeando esto?

—Desde el principio —respondió Sergio—. Desde la noche que entramos en esta finca. Sabía que me dejarían vivo mientras pensaran que podía ser útil. Que conduciría a otros hacia mí. Así que me convertí en fantasma. En leyenda. En la zanahoria que siempre estaba fuera de alcance.

—Veinticuatro años... —Luna negó con la cabeza—. Todo ese tiempo...

—Todo ese tiempo reuniendo pruebas. Siguiendo el rastro del dinero. Identificando a cada persona involucrada en el Proyecto Mnemósine. —Sergio miró a Ricardo—. Y esperando el momento en que alguien empezara a hacer las preguntas correctas. Alguien en quien pudiera confiar para terminar lo que yo empecé.

—¿Por qué yo? —preguntó Ricardo—. ¿Por qué no simplemente publicar todo lo que habías descubierto?

—Porque necesitaba un testigo. Alguien que hubiera sido víctima del proyecto. Alguien cuyo testimonio tuviera peso. —Sergio hizo una pausa—. Y porque te lo debía. Te usaron, Ricardo. Te convirtieron en un arma. Y yo no pude impedirlo.

—Me hiciste matar a alguien —dijo Ricardo, y su voz se quebró—. Vi el vídeo. Vi...

—Ese hombre era Emilio Vázquez —interrumpió Sergio suavemente—. El guardia de seguridad que iba a darme las pruebas. Te drogaron y te usaron para eliminarlo. Para dos cosas: eliminar un testigo y crear un seguro contra ti. Si alguna vez recordabas demasiado, podrían acusarte de asesinato.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque estuve ahí. Fuera del edificio. Vi cómo te llevaban. Intenté seguirte, pero... no pude. Tenían demasiada seguridad. —La voz de Sergio se volvió más suave—. Viví con esa culpa durante veinticuatro años. Con saber que te habían destruido por mi culpa.

—No fue tu culpa —dijo Lucía—. Fue de ellos. De Luna. Del Arquitecto. De todos los monstruos que crearon este programa.

Sergio asintió, pero sus ojos seguían cargados de remordimiento.

Luna tosió, escupiendo sangre.

—Muy conmovedor. Pero ¿qué vais a hacer ahora? ¿Llevarme detenido? ¿Exponer el programa? —Soltó una risa áspera—. No tenéis pruebas. No tenéis nada que un tribunal aceptaría.

—Ah, pero sí las tenemos —dijo Sergio—. Las grabaciones de Vázquez. No murieron con él. Hizo copias. Y yo las encontré.

Señaló una esquina de la habitación. Había una mochila que nadie había notado antes.

—Ahí dentro hay seis unidades USB. Cada una contiene grabaciones de las sesiones de reprogramación. Videos de los procedimientos médicos. Archivos con los nombres de todos los niños procesados. Y listas completas de todas las personas involucradas en el proyecto. Jueces. Políticos. Policías. Empresarios.

—Y más importante —añadió—. Grabaciones de las reuniones del comité director. Incluyendo conversaciones donde el Arquitecto aparece.

Ricardo sintió una oleada de esperanza.

—¿Quién es? ¿Quién es el Arquitecto?

Sergio miró a Luna.

—¿Quieres decírselo tú? ¿O lo hago yo?

Luna cerró los ojos.

—No importa. Cuando sepa quién es, estará tan muerto como yo.

—El Arquitecto —dijo Sergio— es alguien tan cerca del poder que nadie sospecharía. Alguien que ha estado en posiciones de influencia durante tres décadas. Alguien que conocéis.

—¿Vélez? —preguntó Lucía—. Dijiste que no era él, pero...

—No es Vélez. Vélez es su protegido. Su escudo. —Sergio hizo una pausa—. El Arquitecto es Elena Ruiz Castillo.

El nombre cayó como una bomba.

Elena Ruiz Castillo. Jueza del Tribunal Supremo. Una de las figuras jurídicas más respetadas del país. Conocida por su integridad. Por su lucha contra la corrupción.

—No... —susurró Lucía—. No puede ser. Ella...

—Ella ha sido la cara pública de la justicia mientras dirigía el programa de manipulación mental más grande de Europa. —Sergio señaló la mochila—. Está todo ahí. Su voz. Su firma. Sus órdenes.

—¿Por qué? —preguntó Ricardo—. ¿Por qué una jueza dedicaría su vida a esto?

—Por su hijo —dijo Luna desde el suelo, con voz cansada—. Su único hijo murió en un atentado terrorista en 1991. Tenía ocho años. Y ella decidió que nunca más permitiría que el caos amenazara el orden. Que controlaría el futuro antes de que el futuro pudiera hacer más daño.

—Dios mío —murmuró Lucía—. Creó el programa por venganza.

—No por venganza —corrigió Sergio—. Por control. Elena Ruiz cree genuinamente que está salvando el mundo. Que sus métodos, por horribles que sean, son necesarios para mantener la estabilidad. Es una verdadera creyente.

—Lo que la hace aún más peligrosa —añadió Ricardo.

Sergio asintió.

—Exacto. No podemos razonar con ella. No podemos negociar. Solo podemos exponerla.

—¿Y cómo proponéis hacerlo sin que os maten? —preguntó Luna—. Elena tiene recursos ilimitados. Personas en todos los niveles del gobierno. Sicarios. Hackers. Abogados. Cuando sepa que estáis vivos y con pruebas...

—Por eso no vamos a darle tiempo de reaccionar —dijo Sergio—. Vamos a hacer todo público. Ahora. Esta noche. Antes de que puedan contener el daño.

—¿Cómo?

—Tengo contactos. Periodistas internacionales. Organizaciones de derechos humanos. Wikileaks. Anonymous. —Sergio miró a su hija—. Y tengo a la mejor periodista de investigación del país. Que resulta ser mi hija.

Lucía asintió, con los ojos brillantes.

—Puedo hacerlo. Puedo coordinar una publicación simultánea en múltiples medios. En varios países. Tan grande que no puedan silenciarlo.

—Entonces tenemos un plan —dijo Ricardo—. ¿Qué hacemos con él?

Señaló a Luna.

Sergio estudió a su antiguo colega durante un largo momento.

—José, voy a darte una oportunidad. Una sola. Coopera. Da testimonio contra Elena y los demás. Y quizá, solo quizá, puedas salvarte de pasar el resto de tu vida en prisión.

Luna soltó una risa amarga.

—¿Testificar contra Elena? ¿Sabes lo que me haría? ¿Lo que le haría a mi familia?

—Tu familia ya está destruida —dijo Sergio con dureza—. El niño que vive en tu casa no es tu hijo. Lo sabes. Lo has sabido siempre. Y seguir con la mentira solo te hace cómplice de más crímenes.

—Es mi hijo —insistió Luna, pero su voz carecía de convicción —. Es lo único que me queda.

—Entonces piensa en él —dijo Ricardo—. Si Elena cae, si el programa se expone, ¿qué crees que le pasará a todos esos niños programados? Serán investigados. Interrogados. Posiblemente detenidos. ¿Es ese el futuro que quieres para Pablo?

Luna cerró los ojos. Lágrimas corrían por su rostro.

—No sé qué hacer —susurró—. He sacrificado todo. Mi carrera. Mi alma. Y para qué. Para una mentira. Para una ficción.

—Puedes empezar a repararlo —dijo Lucía—. Ayudándonos. Dando testimonio. Haciendo lo correcto, aunque sea tarde.

Luna permaneció en silencio durante lo que pareció una eternidad.

Finalmente, asintió.

—De acuerdo. Cooperaré. Pero quiero protección. Para mí y para Pablo. Testigo protegido. Nuevas identidades. Lejos de España.

—Podemos arreglarlo —dijo Sergio—. Pero primero, grabación. Aquí. Ahora. Todo lo que sabes. Nombres. Fechas. Operaciones.

Lucía sacó su teléfono y configuró la cámara. Luna, todavía sentado en el suelo con la espalda contra la pared, empezó a hablar.

Habló durante dos horas.

Reveló nombres que hicieron que Ricardo sintiera náuseas. Políticos de todos los partidos. Jueces. Policías de alto rango. Empresarios. Incluso algunos periodistas que habían sido comprados o chantajeados para silenciar investigaciones.

Describió operaciones. Cómo se seleccionaban los niños. Cómo se procesaban. Los procedimientos médicos. Los fármacos experimentales.

Y al final, describió su propio papel. Las veces que había hecho la vista gorda. Las investigaciones que había saboteado. Los testigos que había intimidado.

Cuando terminó, estaba llorando abiertamente.

—Nunca quise esto —dijo—. Solo quería recuperar a mi hijo. Y me convertí en monstruo intentándolo.

—Ahora tienes que vivir con ello —dijo Sergio, sin compasión en su voz—. Como todos nosotros.

Sergio ató a Luna correctamente esta vez. Luego llamó a alguien por teléfono. Habló en voz baja, en un idioma que Ricardo no reconoció. Cuando colgó, se volvió hacia ellos.

—Tenemos seis horas. Mis contactos están preparando la publicación. Pero tenemos que salir de aquí. Este lugar está comprometido. Elena sabrá pronto que algo salió mal.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lucía.

—A un lugar seguro. Lejos de aquí. —Sergio miró a Ricardo—. ¿Confías en mí?

Ricardo pensó en todo lo que había descubierto. En las mentiras. En las manipulaciones. En los veinticuatro años de verdades a medias.

Pero también pensó en el hombre que había sido su compañero. Que lo había entrenado. Que había intentado protegerlo incluso cuando eso significaba renunciar a su propia vida.

—Confío en ti —dijo finalmente.

Sergio asintió y cogió la mochila con las pruebas.

—Entonces vámonos. Cada minuto que pasamos aquí es un minuto más que Elena tiene para encontrarnos.

Salieron de la habitación, dejando a Luna atado y a los dos hombres todavía inconscientes. Subieron por las escaleras, atravesaron el edificio abandonado, cruzaron el patio cubierto de maleza.

El sol estaba poniéndose ahora, tiñendo las montañas de naranja y púrpura. Hermoso y terrible a la vez.

Llegaron al coche de Lucía. Pero cuando estaban a punto de subir, el móvil de Ricardo sonó.

Número oculto.

—No respondas —dijo Sergio.

Pero Ricardo ya había pulsado el botón verde. Una intuición. Una necesidad de saber.

—¿Sí?

La voz al otro lado era de mujer. Mayor. Educada. Con un acento ligeramente andaluz.

—Detective Varela. O debería decir ex detective. Cuánto tiempo.

Ricardo sintió que se le helaba la sangre.

—¿Quién es?

—Sabes quién soy. Sergio te lo ha dicho. —Una pausa—. Soy Elena Ruiz. Y tenemos que hablar.

## CAPÍTULO 8

## El engaño

Ricardo apartó el teléfono de su oreja como si quemara. Sergio y Lucía lo miraban con expresiones de alarma creciente.

—Es ella —articuló Ricardo en silencio—. El Arquitecto.

Sergio hizo un gesto brusco indicándole que colgara. Pero la voz de Elena Ruiz continuó, clara y firme incluso a través del pequeño altavoz:

—No cuelgues, Ricardo. Sería de mala educación. Y después de todo lo que has pasado para llegar hasta aquí, merecemos al menos una conversación civilizada.

Ricardo volvió a acercarse el teléfono al oído. Sergio negaba con la cabeza furiosamente, pero Ricardo levantó una mano pidiendo paciencia.

—¿Cómo conseguiste este número?

—Por favor. —El tono de Elena contenía un matiz de diversión —. Llevo treinta años tejiendo redes en este país. Tu número es lo de menos. Lo que debería preocuparte es lo que sé sobre tu ubicación actual. Sierra Mágina. Coordenadas 37.8234, -3.4521. La vieja finca. Qué poético que hayas vuelto al lugar donde comenzó tu pesadilla.

Ricardo miró a Sergio. Este señaló el coche con urgencia. *Vámonos. Ya.*

—¿Qué quieres? —preguntó Ricardo mientras Sergio prácticamente empujaba a Lucía al asiento del conductor.

—Quiero lo mismo que tú: terminar esto. Pero de forma civilizada. Sin más muertes innecesarias. —Hizo una pausa—. Sé que Luna ha hablado. Sé que Sergio tiene las grabaciones de Vázquez. Y sé que en este momento estáis planeando hacer todo público.

El coche arrancó. Lucía conducía con rapidez por el camino de tierra mientras Ricardo intentaba mantener el equilibrio.

—Entonces sabes que se acabó —dijo Ricardo—. Que vas a caer.

—Oh, querido detective. Siempre tan lineal en tu pensamiento. —La voz de Elena sonaba casi maternal—. Las cosas no son tan simples. Si publicas esas grabaciones, sí, mi reputación se verá afectada. Habrá escándalo. Investigaciones. Pero ¿sabes qué más pasará?

—Justicia.

—Caos. —La palabra cayó con peso—. ¿Tienes idea de cuántos niños fueron procesados a través del Proyecto Mnemósine? Setenta y tres en total. Algunos murieron, es cierto. Pero cincuenta y uno siguen vivos. Cincuenta y uno, Ricardo. Ahora adultos. Con familias. Con carreras. Integrados en la sociedad.

Ricardo sintió que su estómago se contraía.

—¿Y?

—Y cuando expongas el programa, ¿qué crees que pasará con ellos? Los identificarán. Los arrestarán. Los tratarán como amenazas. Como bombas sin explotar. —Elena hizo una pausa—. ¿Sabías que tres de ellos son médicos ahora? Uno es profesor de primaria. Dos son padres. Vidas normales, Ricardo. Completamente normales. Porque el proceso funcionó. Los liberamos de pasados traumáticos y les dimos futuros.

—Les robaste sus identidades —gruñó Ricardo—. Los convertiste en armas.

—Los salvé. —La voz de Elena se endureció—. Eran niños vulnerables, condenados a vidas de miseria. Les di propósito. Estabilidad. Algunos, incluso, amor genuino en las familias que los acogieron.

—Bajo tu control. Esperando tus órdenes.

—Bajo supervisión, sí. Pero ¿cuántos he activado alguna vez? —Silencio—. La respuesta es cero, Ricardo. Cero. Porque el proyecto nunca fue sobre usarlos. Fue sobre tener la capacidad. Sobre

disuasión. Sobre asegurarme de que, si las estructuras de poder colapsaban, tendríamos opciones.

El coche salió del camino de tierra a la carretera asfaltada. Lucía aceleró.

—Mientes —dijo Ricardo—. Luna dijo...

—Luna es un hombre roto que lleva veinticuatro años autoengañándose sobre su hijo. Su testimonio es el de alguien que ha perdido toda perspectiva. —Elena suspiró—. Pero no te llamé para debatir ética. Te llamé para ofrecerte un trato.

—No hay trato posible.

—Escúchame primero. Luego decide. —Elena esperó un momento—. Las grabaciones que Sergio tiene son comprometedoras, sí. Pero no completas. Falta contexto. Falta el archivo maestro. El que contiene no solo los nombres de los niños procesados, sino también sus ubicaciones actuales. Sus identidades falsas. Y lo más importante: los códigos de activación.

Ricardo sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Códigos de activación?

—Frases específicas que, cuando se pronuncian en el contexto correcto, pueden... despertar ciertas conductas programadas. —La voz de Elena era clínica ahora, desprovista de emoción—. Es el seguro último. El botón rojo que nunca he pulsado y que nunca planeo pulsar. Pero si expones el programa sin ese archivo, otros lo buscarán. Gobiernos extranjeros. Grupos criminales. Terroristas. Y créeme, Ricardo, ellos no tendrán mis escrúpulos.

Sergio le arrebató el teléfono de la mano.

—¡Elena! Soy yo. Sé que estás mintiendo. El archivo maestro fue destruido después de 1999. Lo vi en los informes.

La risa de Elena resonó suave pero penetrante.

—Sergio. Mi viejo adversario. No, querido. No fue destruido. Fue... descentralizado. Dividido en tres partes. Una la tengo yo. Otra

la tiene un contacto en Bruselas. Y la tercera está en algún lugar que solo dos personas conocen. Y una de ellas está muerta.

—¿Vázquez?

—Exacto. Emilio Vázquez guardó una copia de seguridad antes de morir. Una que ni siquiera vosotros habéis encontrado. —Pausa—. Pero yo sé dónde está. Y estoy dispuesta a compartir esa información. A cambio de algo.

—¿Qué? —preguntó Sergio con desconfianza.

—Inmunidad. Para mí y para seis personas más cuyo arresto colapsaría estructuras críticas del gobierno. Vélez es una de ellas. Hay otras. —Elena hablaba con la calma de quien negocia desde una posición de fuerza—. Dejaré mi puesto. Me retiraré de la vida pública. Y cerraré el programa permanentemente. Pero a cambio, vosotros no publicáis nada. Mantenéis el secreto. Y dejáis que esos cincuenta y un adultos vivan sus vidas en paz.

—Nos estás pidiendo que te dejemos escapar —dijo Sergio con incredulidad—. Después de todo lo que has hecho.

—Os estoy pidiendo que penséis en las consecuencias de vuestras acciones. —La voz de Elena adquirió un tono más urgente —. Exponed el programa y condenarás a cincuenta y una personas inocentes a vidas destruidas. ¿Es eso justicia? ¿O es simplemente venganza disfrazada de moralidad?

Sergio miró a Ricardo. Luego a Lucía. La angustia era visible en sus rostros.

—Necesitamos tiempo —dijo Sergio.

—Tenéis una hora. —Elena era implacable—. Después de eso, asumiré que habéis rechazado mi oferta y tomaré medidas. Os encontraré. Y os detendré. Y no seré amable.

—¿Nos estás amenazando?

—Os estoy advirtiendo. Hay una diferencia. —Pausa—. Una hora, Sergio. Mi número privado está en vuestros registros de llamadas. Úsalo sabiamente.

La llamada se cortó.

El silencio en el coche era absoluto salvo por el rugido del motor. Lucía conducía con los nudillos blancos sobre el volante. Sergio miraba el teléfono como si fuera una granada sin anillo. Ricardo sentía que su cabeza iba a explotar.

—Es mentira —dijo Lucía finalmente—. Todo lo que dijo es manipulación. Está tratando de asustarnos para que no publiquemos.

—Quizá —respondió Sergio lentamente—. Pero ¿y si tiene razón sobre los cincuenta y un adultos? ¿Y si exponerlos los destruye?

—¡Fueron víctimas! —insistió Lucía—. El mundo necesita saber lo que les hicieron.

—¿A qué costo? —Ricardo se sorprendió al escuchar su propia voz—. Si esos adultos han construido vidas normales, si son médicos, profesores, padres... ¿tenemos derecho a arruinar todo eso?

—¿Estás sugiriendo que la dejemos escapar? —Lucía lo miró con incredulidad—. Después de lo que te hizo. Después de lo que le hizo a mi padre.

—No estoy sugiriendo nada. Estoy tratando de pensar. —Ricardo se frotó la cara—. Esto no es blanco y negro, Lucía. Es toda una maldita escala de grises.

—Ricardo tiene razón —dijo Sergio con cansancio—. Elena es un monstruo, pero no es estúpida. Sabe exactamente qué botones pulsar. Y el dilema que plantea es real.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Lucía.

—Necesitamos ver el archivo maestro —dijo Ricardo—. Si existe. Si podemos confirmar lo que Elena dice sobre los códigos de activación, entonces al menos sabremos con qué estamos tratando.

—¿Y cómo proponéis conseguir ese archivo si ni siquiera sabemos dónde está?

—Vázquez lo escondió —reflexionó Sergio—. En algún lugar que consideraba seguro. Un lugar que solo él y... ¿quién más? Elena dijo que dos personas lo sabían.

—Tú —dijo Ricardo de repente—. Vázquez iba a reunirse contigo la noche que murió. Si planeaba darte pruebas, habría mencionado dónde estaban todas. ¿Habló de algún lugar específico?

Sergio cerró los ojos, forzando la memoria.

—Hablamos por teléfono dos días antes. Dijo que había escondido copias en... —Hizo una pausa—. Dijo: 'Donde los ángeles lloran'. Pensé que era una metáfora. Una forma poética de hablar de la finca.

—¿O un lugar literal? —sugirió Ricardo—. ¿Una iglesia? ¿Un cementerio?

—Hay una ermita —dijo Lucía de repente—. En el camino a la finca. La vi cuando vine aquí hace cinco años. Está medio en ruinas, pero tiene una estatua de un ángel llorando. Pensé que era... inquietante.

Los tres se miraron.

—Esa tiene que ser —dijo Sergio—. Vázquez era de por aquí. Conocería ese lugar.

—Está a veinte minutos de vuelta —señaló Lucía—. Pero si Elena nos está rastreando...

—Entonces ya sabe hacia dónde vamos —completó Ricardo—. O lo sabrá pronto. Tenemos que ser rápidos.

Lucía hizo un giro en U ilegal que casi los lanza fuera de la carretera. Aceleró de vuelta hacia las montañas.

El sol se había puesto completamente ahora. Solo la luz residual del crepúsculo iluminaba el paisaje. Lucía encendió los faros.

—Ahí —señaló después de quince minutos—. Ese desvío.

Era apenas un camino, medio oculto por la vegetación. El coche se sacudió violentamente mientras descendían por una

pendiente empinada. Al fondo del valle, apenas visible entre los pinos, se alzaba una pequeña estructura de piedra.

La ermita.

Lucía aparcó lo más cerca que pudo. Bajaron corriendo. La puerta de madera de la ermita estaba podrida, colgando de una sola bisagra. Ricardo la empujó y entró.

El interior olía a humedad y a siglos de abandono. Los bancos estaban rotos o desaparecidos. El altar, saqueado hacía tiempo. Pero en un nicho lateral, iluminada por la linterna de Sergio, estaba la estatua.

Un ángel de piedra, de tamaño natural, con las manos cubriéndose el rostro. Y debajo de las manos, talladas en la piedra, lágrimas.

—Donde los ángeles lloran —murmuró Ricardo.

Sergio se acercó y examinó la base de la estatua. Había algo irregular en las piedras del suelo justo delante de ella.

—Ayudadme —dijo.

Entre los tres levantaron las piedras sueltas. Debajo había una caja metálica, sellada con cinta impermeable.

Sergio la abrió con manos temblorosas.

Dentro había tres cosas: otra memoria USB, un sobre cerrado, y una fotografía vieja.

Sergio cogió la fotografía primero. Mostró a un hombre joven —presumiblemente Vázquez— con un niño de unos seis años. Ambos sonreían. En el reverso, escrito con tinta descolorida: *«Miguel y yo. 1996. Antes de que el mundo se volviera loco.»*

—Miguel —dijo Ricardo—. Uno de los niños de la finca.

—Su hijo —corrigió Sergio con voz rota—. Vázquez estaba en el programa porque habían tomado a su hijo. Por eso guardó pruebas. Por eso iba a hablar. No por dinero o conciencia. Por venganza.

Lucía cogió el sobre y lo abrió. Dentro había una carta escrita a mano:

*«Si encuentras esto, significa que no pude entregar las pruebas a tiempo. Significa que probablemente estoy muerto. Mi nombre es Emilio Vázquez. Trabajé como guardia de seguridad en la instalación conocida como Proyecto Mnemósine desde 1995 hasta 1999.*

*En 1996, mi hijo Miguel fue diagnosticado con leucemia. Me dijeron que el tratamiento costaría más de lo que podría pagar en diez vidas. Estaba desesperado. Y entonces me ofrecieron un trato: participar en un programa médico experimental. Dijeron que salvarían a Miguel. Que usarían técnicas de vanguardia.*

*Mentían. No salvaron a Miguel. Lo usaron. Lo procesaron. Y cuando me lo devolvieron tres meses después, ya no era mi hijo. Tenía el mismo rostro pero... era otra persona. Hablaba diferente. Se movía diferente. No me reconocía como su padre.*

*Pasé tres años guardando pruebas. Grabando sesiones. Copiando archivos. Todo en esta memoria USB. Nombres. Procedimientos. Códigos de activación. Todo.*

*La jueza Ruiz es responsable. Ella diseñó el programa. Ella dio las órdenes. Y ella necesita pagar.*

*Si lees esto, por favor, haz pública la verdad. Por Miguel. Por todos los Migueles que nunca volverán a casa.»*

La carta estaba firmada con sangre. Literalmente. Una huella dactilar ensangrentada donde debería estar la firma.

El silencio era sepulcral.

Sergio insertó la memoria USB en su portátil. La pantalla se iluminó mostrando carpetas y carpetas de documentos.

—Dios mío —susurró—. Está todo aquí. Procedimientos completos. Videos de las sesiones. Y... sí. Aquí está. El archivo maestro.

Abrió el documento. Líneas y líneas de código y nombres. Cincuenta y un nombres con sus identidades actuales. Y junto a cada nombre, una frase entre comillas.

—Los códigos de activación —dijo Ricardo—. Elena decía la verdad.

Sergio leyó algunos en voz alta:

*«JAVIER RUIZ BELTRÁN - Identidad actual: Abogado, Madrid - Código: 'Los pájaros cantan al amanecer'*

*ANA MÉNDEZ TORRES - Identidad actual: Politóloga, Barcelona - Código: 'El jardín espera en silencio'*

*PABLO LUNA GARCÉS - Identidad actual: Abogado, Bilbao - Código: 'Las sombras bailan sin música'»*

—El hijo de Luna —dijo Lucía—. Está en la lista.

—Todos están en la lista —corrigió Sergio—. Cada niño procesado que sobrevivió. Con instrucciones exactas de cómo... activarlos.

—¿Y qué pasa cuando se activan? —preguntó Ricardo.

Sergio navegó por los archivos hasta encontrar un documento técnico.

—Según esto... entran en un estado de extrema sugestionabilidad. Siguen órdenes sin cuestionarlas. Pueden realizar tareas complejas. Y después... no recuerdan nada. Vuelven a sus vidas normales sin memoria del episodio.

—Manchurian candidates —murmuró Ricardo—. Elena creó cincuenta y un manchurian candidates perfectos.

—Que nunca ha usado —señaló Lucía—. Si estamos creyendo sus palabras.

—Los códigos existen —dijo Sergio—. Eso es innegable. La pregunta es: ¿qué hacemos con esta información?

El teléfono de Ricardo sonó. Número oculto. Otra vez.

Respondió con el altavoz activado.

—Tu hora casi se acaba —dijo Elena—. ¿Habéis tomado una decisión?

—Encontramos el archivo de Vázquez —dijo Ricardo—. Sabemos sobre los códigos.

—Bien. Entonces entendéis la gravedad de la situación. —Elena hizo una pausa—. Os haré una oferta revisada. Quedaos con el archivo. Publicad evidencia de los crímenes cometidos. Pero omitid los nombres de los cincuenta y uno. Dejadlos vivir en paz. A cambio, me retiro y cierro el programa.

—¿Y simplemente confiamos en tu palabra? —preguntó Sergio con incredulidad.

—No. Confías en mi interés propio. Si los cincuenta y uno son expuestos, mi legado será el de un monstruo. Si permanecen anónimos, puedo controlar la narrativa. Ser la villana que actuó con malas intenciones, pero que al menos protegió a sus víctimas. —Su voz adquirió un tono casi suplicante—. Ninguno de nosotros es verdaderamente bueno o malo, Sergio. Solo somos humanos tomando decisiones imposibles.

—Mataste a Vázquez —acusó Ricardo—. O hiciste que yo lo matara.

—Vázquez era una amenaza para la estabilidad del programa. Y sí, usé tus manos para eliminarlo. Fue cruel y manipulador. Pero necesario. —Pausa—. No espero perdón. Solo espero pragmatismo.

Sergio cerró los ojos.

—Dame un momento. Tengo que pensar.

—Tenéis diez minutos —dijo Elena—. Después, vengo a buscaros. Y no vendré sola.

Cortó la llamada.

Los tres se miraron en el interior oscuro de la ermita, iluminados solo por la pantalla del portátil y sus linternas.

—No podemos confiar en ella —dijo Lucía—. Es una mentirosa y una asesina.

—Pero tiene razón sobre una cosa —dijo Ricardo—. Si exponemos a esos cincuenta y un adultos, destruimos sus vidas. Y ninguno de ellos tuvo elección en lo que les hicieron.

—¿Y qué hay de justicia? —insistió Lucía—. ¿De responsabilidad?

—La justicia no siempre es simple —dijo Sergio con cansancio —. A veces es elegir el menor de dos males.

—¿Estás diciendo que deberíamos aceptar su trato?

—Estoy diciendo que necesito vuestra opinión. Los dos. —Sergio los miró—. Porque esta decisión no puedo tomarla solo.

Ricardo pensó en su propia experiencia. En cómo le habían robado su memoria, su agencia, su futuro. En cómo había vivido veintitrés años en un limbo de medias verdades.

Y pensó en Pablo Luna. En Javier Ruiz. En Ana Méndez. En cincuenta y un adultos que probablemente no sabían que llevaban bombas de relojería en sus mentes.

—¿Hay forma de... desprogramarlos? —preguntó—. ¿De eliminar los códigos?

Sergio buscó en los archivos.

—Hay referencias a un protocolo de desactivación. Experimental. No probado extensamente. Pero teóricamente... sí. Podría borrarse la programación.

—Entonces esa es la solución —dijo Ricardo—. Aceptamos el trato de Elena. Pero solo si acepta desactivar a todos los cincuenta y uno. Borrar los códigos. Liberarlos completamente.

—Elena nunca aceptará eso —dijo Sergio—. Los códigos son su seguro. Su poder último.

—Entonces no hay trato —dijo Lucía con firmeza—. O los libera de verdad, o exponemos todo. Cada nombre. Cada código. Y que el mundo decida qué hacer.

Sergio asintió lentamente.

—De acuerdo. Llamémosla.

Marcó el número. Elena respondió al primer tono.

—¿Decisión?

—Aceptamos tu retiro y tu inmunidad. Pero solo si primero desactivas permanentemente a los cincuenta y uno. Borra los códigos. Líberalos.

Silencio al otro lado.

Luego, una risa. Baja. Sombría.

—Muy astutos. Pero imposible. El protocolo de desactivación lleva semanas. Requiere acceso directo a cada sujeto. Y no tenemos ese tiempo.

—Entonces no hay trato —dijo Sergio—. Publicamos todo mañana.

—Si hacéis eso, activaré a los cincuenta y uno. Ahora mismo. Esta noche. —La voz de Elena era acero—. Los enviaré contra objetivos civiles. Políticos. Periodistas. Vosotros mismos. Y cuando la matanza termine, todos sabrán que fue culpa vuestra. Por no aceptar mi oferta razonable.

—Estás mintiendo —dijo Lucía—. Nunca harías eso.

—¿Quieres comprobarlo? —La voz de Elena era gélida—. He dedicado treinta años a construir este programa. No dejaré que unos idealistas mal informados lo destruyan.

—Nos estás amenazando con matar inocentes —dijo Ricardo —. ¿Y nos llamas idealistas mal informados?

—Os estoy mostrando las consecuencias de vuestras acciones. Si forzáis mi mano, actuaré. Y la sangre estará en vuestras conciencias, no en la mía.

Sergio apretó el puño con tanta fuerza que el portátil crujió.

—Eres un monstruo.

—Soy una realista. —Pausa—. Última oferta: os doy inmunidad también a vosotros. Dinero. Nuevas identidades. Podéis

desaparecer. Vivir en paz. Y los cincuenta y uno también.

—¿Y tú continúas con tu programa? —preguntó Ricardo.

—El programa termina. Tengo mi palabra.

—Tu palabra no vale nada.

—Entonces estamos en un punto muerto. —Elena suspiró—. Qué lástima. Realmente esperaba que fuerais más sensatos.

Y entonces, desde fuera de la ermita, se oyó el sonido inconfundible de múltiples vehículos aproximándose.

Faros. Muchos faros. Iluminando el valle.

—Diez minutos —dijo Elena—. Os di diez minutos. Los usasteis debatiendo. Ahora se acabó el tiempo.

La llamada se cortó.

Sergio, Ricardo y Lucía corrieron a las ventanas de la ermita. Al menos seis todoterrenos bajaban por el camino. Bloqueando cualquier ruta de escape.

—Mierda —murmuró Lucía—. Nos encontró.

—O nunca nos perdió —dijo Ricardo—. Nos ha estado siguiendo todo el tiempo. Dejándonos encontrar el archivo. Y ahora...

—Y ahora viene a recuperarlo —completó Sergio—. Y probablemente a matarnos.

Miró a su alrededor desesperadamente. La ermita no tenía salida trasera. Solo una ventana pequeña que daba a un barranco.

Los vehículos se detuvieron. Puertas abriéndose. Hombres armados descendiendo. Profesionales. Docenas de ellos.

—No podemos luchar contra todos —dijo Lucía.

—No —acordó Sergio—. Pero podemos asegurarnos de que la verdad salga de todas formas.

Sacó la memoria USB del portátil y se la entregó a Ricardo.

—Tú vas a salir de aquí. Por esa ventana. Baja el barranco. Hay un pueblo a cinco kilómetros al este. Llega ahí. Publica todo.

—No voy a dejarte...

—¡No es una petición! —gritó Sergio—. Alguien tiene que sobrevivir para contar la historia. Y ese alguien eres tú.

—¿Y Lucía?

—Yo me quedo con mi padre —dijo ella con firmeza—. Hemos estado separados veinticuatro años. No pienso dejarlo ahora.

Ricardo los miró a ambos. Padre e hija. Reunidos finalmente. Dispuestos a caer juntos.

—Gracias —dijo simplemente—. Por todo.

Sergio sonrió.

—Termínalo, Ricardo. Por todos los Migueles que nunca volvieron a casa.

Ricardo asintió, guardó la memoria USB en el bolsillo más interno de su abrigo, y se dirigió a la ventana.

Afuera, una voz amplificada resonó en la noche:

—Salid con las manos arriba. Tenéis treinta segundos antes de que entremos.

Ricardo miró por última vez a Sergio y Lucía. Luego se deslizó por la ventana hacia la oscuridad del barranco.

Detrás de él, escuchó la puerta de la ermita ser derribada.

Escuchó gritos.

Y mientras corría, tropezando en la oscuridad, con las rodillas sangrando y los pulmones ardiendo, Ricardo Varela supo una cosa con absoluta certeza:

Esto no había terminado.

Apenas había comenzado.

## CAPÍTULO 9

## La verdad enterrada

Ricardo rodó por el barranco, sintiendo cómo las piedras y las ramas le rasgaban la ropa y la piel. Cada metro de descenso era una agonía para su rodilla maltrecha, pero el sonido de los disparos detrás de él —agudos, secos, definitivos— le daba la adrenalina necesaria para ignorar el dolor.

No eran disparos de advertencia.

Eran disparos para matar.

*Sergio. Lucía.*

No podía pensar en ellos ahora. No podía permitirse imaginar sus cuerpos cayendo, la sangre oscureciendo el suelo de piedra de la ermita. Si lo hacía, se detendría. Y si se detenía, todo habría sido en vano.

El barranco era más profundo de lo que había parecido desde arriba. Ricardo cayó los últimos tres metros, aterrizando pesadamente en un lecho de piedras junto a un arroyo casi seco. El impacto le sacó el aire de los pulmones. Se quedó ahí tendido un momento, jadeando, escuchando.

Los disparos habían cesado.

El silencio era peor.

Arriba, en el borde del barranco, se oyeron voces. Linternas barriendo la oscuridad.

—¡Aquí! ¡Hay huellas! ¡Bajó por aquí!

—¡Equipo dos, descended! ¡No puede haber llegado lejos!

Ricardo se obligó a levantarse. Cada músculo protestaba. Probablemente tenía costillas rotas. Definitivamente tenía cortes profundos en las manos y la cara. Pero la memoria USB seguía en su bolsillo interior, protegida contra su pecho.

*Cincuenta y un nombres. Cincuenta y un códigos. La verdad.*

Echó a correr siguiendo el curso seco del arroyo. Era la única dirección que tenía sentido: cuesta abajo, hacia donde tenía que haber civilización eventualmente. Sus pies chapoteaban en los charcos poco profundos. Detrás de él, el sonido de hombres descendiendo por el barranco se hacía cada vez más fuerte.

Eran más rápidos que él. Más jóvenes. No tenían una rodilla destrozada ni más de setenta años de vida arrastrándolos hacia abajo.

Pero él conocía algo que ellos no: el terror de un hombre sin opciones.

El arroyo se estrechaba, convirtiéndose en un desfiladero entre paredes de roca. Ricardo tuvo que avanzar de lado en algunos puntos, raspándose los hombros contra la piedra. Podía oír a sus perseguidores acercándose, sus botas resonando en el espacio confinado.

Una linterna lo iluminó desde atrás.

—¡Alto! ¡No te muevas o disparamos!

Ricardo no se detuvo. Giró en una curva del desfiladero justo cuando el primer disparo rebotaba en la piedra a centímetros de su cabeza. Esquirlas de roca le cortaron la mejilla.

El desfiladero se abría de nuevo, desembocando en un pinar denso. Ricardo se lanzó entre los árboles, zigzagueando, usando los troncos como cobertura. Más disparos. Uno rozó su abrigo. Otro arrancó corteza de un pino junto a su cabeza.

*No puedo seguir así. Me alcanzarán.*

Entonces lo vio: una grieta en la roca, medio oculta por helechos. Apenas lo suficientemente grande para un hombre. Sin pensarlo dos veces, Ricardo se metió dentro, arrastrándose de espaldas hacia la oscuridad.

La grieta era estrecha. Claustrofóbicamente estrecha. Ricardo tuvo que exhalar completamente para poder avanzar. Las paredes de piedra le presionaban el pecho desde ambos lados. Por un momento

de pánico absoluto pensó que se quedaría atascado, que moriría ahí, enterrado vivo en la montaña.

Pero la grieta se ensanchaba después de dos metros, abriéndose en una pequeña cueva. Ricardo se dejó caer en el suelo, jadeando, temblando por el esfuerzo y la claustrofobia.

Afuera, las voces se acercaban.

—Lo perdimos. Tiene que estar por aquí.

—Revisad detrás de esos árboles. Y esas rocas.

Ricardo contuvo la respiración. Las linternas barrieron el exterior de la grieta, pero no penetraron lo suficiente. Los helechos hacían su trabajo, ocultando la entrada.

Los hombres pasaron de largo.

Ricardo esperó en la oscuridad, contando los segundos. Un minuto. Cinco. Diez.

Las voces se alejaban gradualmente.

Finalmente, cuando estuvo seguro de que se habían ido, se permitió respirar normalmente. Sacó su teléfono móvil—milagrosamente intacto—y lo encendió para usar la luz.

La cueva era pequeña, no más de tres metros de profundidad. Natural, formada por la erosión a lo largo de milenios. Había marcas en las paredes. No, no marcas. Pinturas. Antiguas. Primitivas.

Figuras humanas. Animales. Y símbolos que Ricardo no reconocía.

Pero no tenía tiempo para arqueología. Revisó su teléfono. Sin señal, por supuesto. Demasiado profundo en la montaña. Pero la batería estaba al setenta por ciento. Suficiente.

Abrió la cámara y empezó a fotografiar la memoria USB. No la USB física, sino su contenido. Insertó la memoria en un adaptador que llevaba en la cartera —un viejo truco que Sergio le había enseñado hacía décadas, siempre llevar formas de acceder a datos en cualquier circunstancia.

El teléfono tardó una eternidad en reconocer el dispositivo. Cuando finalmente lo hizo, Ricardo empezó a abrir archivos y fotografiar pantallas. No era ideal —las fotos serían de baja calidad— pero era mejor que nada.

Nombres. Códigos. Procedimientos médicos. Todo.

Trabajó metódicamente, fotografiando cada documento importante. Cuando terminó, tenía más de doscientas imágenes. Las subió a tres cuentas de correo diferentes que había creado a lo largo de los años. Cuentas que nadie conocía. Cuentas que Elena Ruiz, con todo su poder, no habría hackeado.

Las subidas tardaron quince minutos. La señal era débil pero suficiente, probablemente rebotando desde alguna torre lejana.

Cuando el último archivo terminó de subirse, Ricardo sintió que un peso enorme se levantaba de sus hombros.

*Ya está. Aunque me maten, la verdad sobrevivirá.*

Pero entonces pensó en Sergio y Lucía. En lo que les había pasado en la ermita. Y el peso volvió, más pesado que antes.

Tenía que saber.

Esperó otra hora en la cueva, dando tiempo a que los cazadores se alejaran más. Luego salió cautelosamente, emergiendo en un bosque que ahora estaba en silencio absoluto.

La noche era cerrada. Sin luna. Solo las estrellas proporcionaban una luz tenue. Ricardo orientó su dirección usando la Estrella Polar—otra habilidad de sus días como detective— y empezó a caminar hacia el este.

Cinco kilómetros hasta el pueblo, había dicho Sergio. A través de terreno montañoso, en la oscuridad, con una rodilla destrozada.

Iba a ser la caminata más larga de su vida.

---

Le llevó cuatro horas.

Cuatro horas de tropezar en la oscuridad, de caer, de levantarse, de seguir adelante porque detenerse significaba rendirse.

En algún momento empezó a llorar: por Sergio, por Lucía, por todos los niños cuyas vidas habían sido robadas.

Cuando finalmente vio las luces del pueblo en el valle abajo, casi no podía creer que fuera real.

Bedmar. El mismo pueblo donde habían estado esa mañana. Una vida entera atrás.

Descendió la última colina medio caminando, medio arrastrándose. Eran las tres de la madrugada cuando llegó a las primeras casas. El pueblo dormía. Ni un alma en las calles.

Ricardo encontró un bar con un cartel de «Cerrado» pero con luz en el piso superior. Golpeó la puerta. Nadie respondió. Golpeó más fuerte.

Una ventana se abrió arriba. Un hombre de mediana edad asomó la cabeza, con expresión de fastidio que se transformó en alarma cuando vio el estado de Ricardo.

—¡Dios santo! ¿Qué le ha pasado?

—Necesito... —Ricardo apenas podía hablar—. Necesito usar un teléfono. Y llamar a la policía. Guardia Civil. Alguien.

—Espere. Bajo ahora.

El hombre —el dueño del bar, supuso Ricardo— bajó en pijama y abrió la puerta.

—Entre, entre. Siéntese. ¿Necesita un médico?

—Después. Primero el teléfono.

El hombre le tendió un teléfono fijo. Ricardo marcó el número de emergencias con dedos temblorosos.

—091, ¿cuál es su emergencia?

—Hay... ha habido un tiroteo. En una ermita cerca de Sierra Mágina. Dos personas... pueden estar heridas. O peor. —Ricardo dio las coordenadas aproximadas—. Necesitan enviar unidades. Ahora.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Ricardo Varela. Ex detective. —Hizo una pausa—. Y necesito hablar con alguien de asuntos internos. De la Policía Nacional. Alguien de Madrid. No de Jaén. No de Andalucía. Tiene que ser alguien de fuera de la estructura local.

Hubo una pausa al otro lado.

—Señor Varela, ¿está usted en peligro inmediato?

—No. Pero las personas que me buscan son... influyentes. Necesito protección. Y necesito que esto llegue a las autoridades correctas.

—Permanezca en línea. Voy a transferirle con un supervisor.

Ricardo esperó, apoyado contra el mostrador del bar. El dueño le trajo un vaso de agua que bebió de un trago.

Finalmente, una nueva voz llegó al teléfono. Masculina. Mayor. Autoritaria.

—Soy el inspector jefe Ramón Ortega, de la Brigada de Asuntos Internos en Madrid. Me han dicho que tiene información sobre un incidente grave.

—Inspector. —Ricardo respiró profundamente—. Lo que voy a contarle sonará imposible. Pero cada palabra es verdad. Y tengo pruebas.

—Le escucho.

Ricardo habló durante veinte minutos. Le contó todo. El Proyecto Mnemósine. Los niños secuestrados. Elena Ruiz. Los códigos de activación. Sergio y Lucía en la ermita. Los hombres armados.

Hubo un largo silencio cuando terminó.

—Señor Varela... ¿es consciente de la gravedad de lo que está alegando? Está acusando a una jueza del Tribunal Supremo de...

—De crímenes contra la humanidad. Sí. Lo sé. —Ricardo cerró los ojos—. Y tengo las pruebas. Archivos completos. Grabaciones. Testimonios. Todo.

—¿Dónde están esas pruebas?

—Seguras. En múltiples ubicaciones. Si me pasa algo, se publicarán automáticamente. —Era un farol, pero necesario—. Pero se las entregaré. A usted personalmente. Si me garantiza protección y una investigación real.

Otra pausa.

—¿Dónde está usted ahora?

Ricardo dio la dirección del bar.

—Enviaré un equipo. Dos horas. Quédese donde está. No hable con nadie más. Y señor Varela... espero por su bien que no esté desperdiciando recursos con una fantasía paranoica.

—Ojalá lo fuera, inspector.

La llamada se cortó.

Ricardo le devolvió el teléfono al dueño del bar, que lo había estado observando con los ojos como platos.

—¿Va a venir la policía?

—Sí. Siento las molestias.

—No, no. Es solo que... ¿Está en problemas?

—Estoy intentando solucionar problemas mucho más grandes que yo.

El hombre asintió, aunque claramente no entendía.

—¿Quiere algo de comer? Puedo prepararle un bocadillo.

Ricardo se dio cuenta de que no había comido en más de veinticuatro horas. Su estómago protestaba, pero la idea de comida lo mareaba.

—Solo más agua. Y quizá algo para limpiar estas heridas.

El hombre trajo un botiquín. Ricardo se limpió como pudo la sangre seca, desinfectó los cortes más profundos, vendó lo que pudo vendarse. Todo el tiempo su mente estaba en la ermita.

*¿Seguirán vivos? ¿Habrá sido todo en vano?*

No podía saberlo. No hasta que llegaran las autoridades.

El tiempo se arrastraba. Ricardo se sentó en un taburete del bar, con la cabeza entre las manos. El dueño del bar—que se presentó como Paco—se sentó a su lado en silencio solidario.

—¿Ha sido muy malo? —preguntó Paco finalmente—. Lo que sea que haya pasado.

—Sí —dijo Ricardo simplemente—. Muy malo.

—Mi abuelo siempre decía que en estos pueblos, en estas montañas, pasan cosas que el mundo prefiere no saber. Cosas oscuras. —Paco miró por la ventana hacia las montañas invisibles en la noche—. Yo nunca le creí. Pensaba que eran historias de viejo.

—No eran historias.

Paco asintió.

—¿Sabe qué es lo peor de vivir en un lugar pequeño como este? Que cuando pasan cosas malas, todos lo saben, pero nadie habla. Porque hablar significa... complicaciones. Significa que alguien poderoso podría enfadarse.

—Eso se acabó —dijo Ricardo con más convicción de la que sentía—. Las complicaciones ya llegaron. Y los poderosos van a caer.

---

Los dos hombres que llegaron exactamente dos horas después no eran los que Ricardo esperaba.

No llevaban uniformes. Conducían un coche civil sin identificación. Uno era joven, treintañero, con la complexión de quien pasaba tiempo en el gimnasio. El otro era mayor, cincuentón, con cicatrices en las manos y ojos que habían visto demasiado.

—¿Ricardo Varela? —preguntó el mayor.

—Sí.

—Inspector jefe Ortega le envía saludos. Soy el agente Torres. Él es el agente Ruiz. —Mostró una identificación que parecía legítima—. Estamos aquí para escoltarle a Madrid.

—¿Qué hay de la ermita? ¿Enviaron equipos?

Torres intercambió una mirada con su compañero.

—Señor Varela, es complicado. ¿Podemos hablar en el coche?

Algo en el tono de Torres hizo que se le erizara el vello de la nuca a Ricardo. Pero estaba exhausto. Herido. Y no tenía muchas opciones.

—De acuerdo.

Se despidió de Paco, agradeciéndole su ayuda. El dueño del bar lo abrazó —un gesto inesperado de calidez— y le susurró:

—Tenga cuidado. No se fíe de nadie.

Ricardo asintió y salió al coche que esperaba.

Se sentó atrás. Torres conducía. Ruiz iba de copiloto, girado hacia Ricardo.

—Debe estar cansado —dijo Ruiz con lo que parecía genuina preocupación.

—Agotado.

—Es un viaje largo a Madrid. Unas cinco horas. ¿Por qué no descansa? Le despertaremos cuando lleguemos.

Ricardo quería dormir. Cada célula de su cuerpo lo pedía a gritos. Pero la advertencia de Paco resonaba en su mente.

*No te fíes de nadie.*

—Primero díganme qué pasó en la ermita.

Torres y Ruiz se miraron de nuevo. Ese intercambio de miradas que significaba que estaban decidiendo cuánto decirle.

—La Guardia Civil llegó hace una hora —dijo Torres finalmente—. La ermita estaba... había evidencia de violencia. Sangre. Casquillos de bala. Pero no había cuerpos.

El corazón de Ricardo se detuvo.

—¿Cómo que no había cuerpos?

—Exactamente eso. Quien estuvo ahí se llevó todo. Incluidos los cuerpos, si es que los hubo. —Torres lo miró por el retrovisor—.

¿Está seguro de que las personas que menciona estaban en la ermita?

—Completamente. Los dejé ahí. Oí disparos.

—Bueno, pues ahora no hay nada. Y nadie en el pueblo cercano reportó haber escuchado disparos.

—Eso es imposible. Yo los oí.

—No estoy diciendo que mienta, señor Varela. Solo le digo lo que encontraron. —Torres hizo una pausa—. Es posible que sus... asociados lograran escapar. O que fueran capturados y trasladados.

Ricardo se reclinó en el asiento, sintiendo que la realidad se desmoronaba a su alrededor. Sin cuerpos, no había crimen. Sin crimen, no había investigación. Y sin investigación, Elena Ruiz seguiría siendo intocable.

—Las pruebas —dijo de repente—. Tengo las pruebas. En mi teléfono. Fotografías de los archivos.

—Bien —dijo Ruiz—. El inspector Ortega estará muy interesado en verlas. Pero primero, ¿por qué no descansa? Hemos estado conduciendo toda la noche para llegar aquí. Y usted parece que necesita atención médica.

Ricardo miró por la ventanilla. El paisaje estaba cambiando conforme subían de nuevo a las montañas. No iban hacia el norte. Iban hacia el este. Hacia...

—Esta no es la dirección a Madrid —dijo lentamente.

—Es una ruta alternativa —respondió Torres con demasiada rapidez—. Más segura. Evitamos las autopistas principales por si alguien está buscándole.

—Deténganse.

—Señor Varela...

—¡He dicho que se detengan! —Ricardo intentó abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Por supuesto que estaba bloqueada —. No trabajan para Ortega. ¿Verdad?

Ruiz suspiró y sacó una pistola. La apuntó casualmente hacia Ricardo.

—Tenías que hacer esto difícil.

—¿Para quién trabajáis? ¿Luna? ¿Elena?

—Para gente que paga mucho mejor que Asuntos Internos —dijo Torres—. Ahora siéntate tranquilo y no hagas tonterías. Vas a entregarnos ese teléfono y todas las copias que hayas hecho de los archivos. Y luego... bueno, luego desaparecerás. Como tanta otra gente que hizo demasiadas preguntas.

Ricardo sintió el pánico apoderándose de él. Pero forzó su mente a pensar. A buscar salidas.

El teléfono. Tenían que conseguir el teléfono. Lo cual significaba que todavía no lo tenían todo bajo control. Todavía había una posibilidad.

—El teléfono no es suficiente —dijo—. Subí copias. A servidores en la nube. Si no cancelo un temporizador cada doce horas, se envían automáticamente a todos los medios del país.

Era otro farol. Pero necesitaba tiempo.

Ruiz frunció el ceño.

—¿A qué servidores?

—Eso solo lo sé yo.

—Puedo hacerte hablar —dijo Ruiz, y había una promesa oscura en su voz.

—Podéis intentarlo. Pero si me matáis antes de que cancele el temporizador, todo se hace público de todas formas. Y vuestros jefes estarán muy enfadados con vosotros.

Torres maldijo en voz baja. Sacó un teléfono y marcó un número.

—Tenemos un problema —dijo cuando alguien respondió—. El objetivo dice que ha configurado una publicación automática. Necesitamos instrucciones.

Escuchó durante un momento.

—Entendido.

Colgó y miró a Ruiz.

—Cambio de planes. Lo llevamos al sitio secundario. Allí decidirán qué hacer con él.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Ruiz.

Torres miró a Ricardo.

—¿Cuándo es el próximo deadline del temporizador?

Ricardo miró su reloj. Eran casi las siete de la mañana.

—A las tres de la tarde. Si no cancelo antes de esa hora, todo se publica.

—Ocho horas —dijo Torres—. Suficiente.

El coche aceleró.

Ricardo miró por la ventanilla, intentando memorizar el camino. Pero era inútil. No conocía esta zona. Y aunque escapara, ¿a dónde iría?

Su única ventaja era que creían que tenía un botón de emergencia que podía destruirlos. Mientras siguieran creyéndolo, lo mantendrían vivo.

Pero solo hasta las tres de la tarde.

Después de eso, cuando descubrieran que había mentido, no tendría nada con qué negociar.

El coche continuó durante una hora por carreteras cada vez más pequeñas y aisladas. Finalmente se detuvieron frente a un edificio que parecía una antigua masía, escondida en un valle entre montañas.

—Baja —ordenó Ruiz, manteniendo la pistola apuntada.

Ricardo bajó. Sus piernas apenas lo sostenían.

Lo empujaron hacia el edificio. La puerta se abrió desde dentro.

Y ahí, esperándolo en el interior, estaba José Luna.

Vivo. Malherido —tenía un brazo en cabestrillo y el rostro magullado— pero vivo.

Y detrás de él, también malherida pero viva, estaba Lucía.

—¿Lucía? —Ricardo apenas podía creerlo—. Pensé que...

—Nos capturaron —dijo ella con voz rota—. A mí y a mi padre. Nos separaron. No sé dónde está él. No sé si...

No pudo terminar la frase.

Luna se acercó a Ricardo.

—Vaya, vaya. El héroe que intentó salvar el día. —Su voz estaba llena de amargura—. ¿Ves lo que conseguiste? Tu gran escape. Tu noble sacrificio. Y aquí estamos todos. Atrapados. Esperando a que Elena decida qué hacer con nosotros.

—¿Ella viene para acá?

—Oh, sí. Quiere vernos en persona. Quiere... cómo lo dijo... 'cerrar los cabos sueltos personalmente'. —Luna soltó una risa sin humor—. Después de treinta años, finalmente veré el rostro de mi maestra cuando me ejecute por mi fracaso.

—¿Por qué sigues protegiéndola? —preguntó Ricardo—. Después de todo lo que te ha hecho. Después de tu hijo.

El rostro de Luna se contrajo de dolor.

—Porque sigo siendo un cobarde. Porque la alternativa es admitir que mi hijo murió hace veinticinco años y que he estado viviendo una mentira desde entonces. —Miró a Lucía—. Al menos ella tiene la suerte de saber que su padre todavía está vivo. Probablemente.

—¿Dónde está Sergio? —preguntó Ricardo—. ¿Qué hicieron con él?

—Se lo llevaron aparte —dijo Lucía—. Dijeron que Elena quiere interrogarlo personalmente. Que él es... especial.

—Especial —repitió Luna con amargura—. Sergio siempre fue especial. El único que se atrevió a desafiarla. El único que estuvo cerca de destruir todo su imperio. Y, aun así, no puede matarlo. Hay algo entre ellos. Historia. Algo que yo nunca entendí completamente.

Ricardo iba a preguntar más cuando se oyó el sonido de un helicóptero aproximándose.

Torres y Ruiz se pusieron alerta.

—Ya está aquí —dijo Torres.

Todos salieron al exterior de la masía. El helicóptero descendía en un claro cercano, levantando remolinos de polvo y hojas secas.

De él descendieron tres personas.

La primera era una mujer mayor, de unos setenta años, con el cabello blanco recogido en un moño severo. Vestía un traje sastre oscuro. Sus ojos, incluso a distancia, eran penetrantes. Inteligentes. Despiadados.

Elena Ruiz. El Arquitecto.

Las otras dos personas eran guardias armados.

Y detrás de ellos, empujado sin ceremonias, venía Sergio Mena.

Lucía ahogó un grito.

—¡Papá!

Intentó correr hacia él, pero Ruiz la sujetó.

Elena caminó hacia el grupo con pasos medidos. Cuando llegó a donde estaban, los estudió uno por uno con expresión de decepción maternal.

—Qué desastre —dijo finalmente—. José, pensé que podrías manejar esto discretamente. Pero aquí estamos. Exposición. Caos. Exactamente lo que pasé treinta años tratando de prevenir.

—Lo siento, Elena —dijo Luna, y sonaba como un niño disculpándose con su madre.

—Lo siento no es suficiente. —Elena se volvió hacia Ricardo —. Detective Varela. Finalmente nos conocemos cara a cara. He oído mucho sobre usted a lo largo de los años. Sergio habla de usted con... afecto, si puede creerlo.

—Suéltanos —dijo Ricardo—. Antes de las tres de la tarde. O toda tu operación se hace pública.

Elena sonrió. Era una sonrisa fría, calculada, que no llegaba a los ojos.

—Ah, sí. Tu temporizador automático. Muy ingenioso. Excepto que no existe.

El corazón de Ricardo se hundió.

—¿Cómo...?

—Porque mientras estabas en la cueva, rastreamos tu teléfono. Vimos cada archivo que subiste. Vimos cada correo que enviaste. —Elena sacó un teléfono de su bolsillo—. Y los borramos todos. Cada uno. No queda ni una copia de los archivos de Vázquez en ningún servidor.

Ricardo sintió que el mundo se desmoronaba.

—Mientes.

—¿Sí? Revisa tu teléfono. Adelante.

Ricardo sacó su móvil con manos temblorosas. Abrió su correo. Las cuentas estaban vacías. Los archivos, desaparecidos. Como si nunca hubieran existido.

—No... —susurró.

—Tengo los mejores hackers del mundo en nómina —dijo Elena—. ¿De verdad pensaste que unos cuantos emails te salvarían?

—Todavía tengo la memoria USB —dijo Ricardo desesperadamente.

—No, no la tienes. —Elena asintió hacia Torres.

Este se acercó y registró brutalmente a Ricardo. Encontró la memoria USB en el bolsillo interior y se la entregó a Elena.

Elena la sostuvo entre dos dedos, como si fuera algo sucio.

—La última copia. La prueba final de mis pecados. —La dejó caer al suelo y la aplastó bajo su tacón hasta que fue solo pedazos de plástico y metal retorcido—. Y ahora no hay nada. Ni pruebas. Ni testigos creíbles. Solo unos cuantos paranoicos con historias imposibles.

—La gente sabrá —dijo Sergio desde donde estaba—. Habrá investigaciones.

—Oh, las habrá. Breves. Superficiales. Que no conducirán a nada porque no habrá pruebas. —Elena se acercó a Sergio—. Pasaste veinticuatro años construyendo tu caso. Y yo lo destruí en una noche. ¿Cómo te hace sentir eso?

Sergio escupió a sus pies.

Elena no se inmutó.

—Siempre tan dramático. Por eso me caías bien, Sergio. Tenías principios. Estúpidos, pero firmes. —Se volvió hacia el grupo —. Ahora, aquí está lo que va a pasar. José Luna se suicidará esta noche. Consumido por la culpa de su participación en actos ilegales. Su nota de suicidio confesará crímenes, pero no mencionará mi nombre ni el de nadie más relevante.

Luna cerró los ojos, pero no protestó.

—Sergio Mena finalmente morirá. De verdad esta vez. Un anciano ermitaño encontrado muerto en las montañas. Nadie sorprendido.

—No —gimió Lucía.

—Lucía Mena, la periodista devastada por la muerte de su padre, también morirá. Aparente suicidio. Depresión. Salud mental frágil. Muy trágico.

—Eres un monstruo —dijo Ricardo.

—Y Ricardo Varela. —Elena se volvió hacia él—. El ex detective que nunca superó su retiro forzoso. Que desarrolló

paranoias. Que intentó fabricar una conspiración imposible. También suicidio. O quizá accidente. Aún no decido.

—Nadie va a creer que los cuatro nos suicidamos la misma noche.

—No será la misma noche. Será a lo largo de varias semanas. Separados geográficamente. Sin conexión aparente. —Elena sonrió —. Tengo paciencia. Y recursos. Puedo hacer que parezca completamente natural.

—¿Y luego qué? —preguntó Sergio—. ¿Continúas con tu programa? ¿Más niños? ¿Más vidas destruidas?

—No. —La respuesta sorprendió a todos—. El Proyecto Mnemósine ha terminado. Ha cumplido su propósito. Los cincuenta y uno que están activos permanecerán así, durmientes para siempre. Pero no habrá más. No vale la pena el riesgo. No después de... esto.

Hizo un gesto que abarcaba a todos ellos.

—Entonces, ¿por qué no simplemente nos dejas ir? —preguntó Ricardo—. Si el programa ha terminado, ¿qué daño podemos hacer?

—Porque sois testigos. Porque incluso sin pruebas, vuestras voces podrían iniciar investigaciones que no puedo controlar. —Elena negó con la cabeza—. No. Esto termina aquí. Con vosotros.

Se volvió hacia sus guardias.

—Llévalos dentro. Separados. Empezaremos con...

No terminó la frase.

Porque en ese momento, desde el cielo, llegó el sonido de más helicópteros.

No uno. Varios.

Y estos llevaban marcas policiales.

Elena levantó la vista, con su expresión serena finalmente resquebrajándose.

—¿Qué...?

Los helicópteros descendieron, rodeando la masía. De ellos descendieron docenas de agentes. Unidades especiales. Fuertemente armados.

Y caminando al frente, con una orden judicial en la mano, estaba el inspector jefe Ramón Ortega.

—Elena Ruiz Castillo —gritó por un megáfono—. Está usted detenida por conspiración, secuestro, asesinato y traición. Baje sus armas inmediatamente.

Los guardias de Elena miraron a su alrededor, calculando. Eran dos contra treinta. No había posibilidad.

Bajaron las armas.

Elena permaneció inmóvil, mirando a Ortega con incomprensión.

—¿Cómo...?

Ricardo sintió que empezaba a entender. Se volvió hacia Sergio.

—Tú. Hiciste algo. Antes de que nos capturaran.

Sergio sonrió débilmente.

—Programé un envío automático. Pero no desde tu teléfono. Desde el mío. A contactos específicos en el gobierno. En medios internacionales. Y a Ortega personalmente. —Tosió—. Si no cancelaba ese envío cada hora, se liberaba todo. Y como me capturaron... bueno, no pude cancelarlo.

—Pero Elena dijo que borraron todo...

—Borraron lo que tú subiste. Pero no sabían de mi respaldo. —Sergio miró a Elena—. Treinta años planeando esto, Elena. Y te venció un simple temporizador automático.

La cara de Elena se contrajo en una máscara de furia.

—No. ¡NO! ¡Todo estaba bajo control! ¡TODO!

Intentó lanzarse hacia Sergio, pero dos agentes la sujetaron.

La arrastraron hacia uno de los helicópteros mientras ella gritaba, toda su compostura finalmente destruida.

Ortega se acercó a Ricardo.

—Señor Varela. Lamento el engaño con Torres y Ruiz. Eran agentes infiltrados trabajando para Elena. Pero nos sirvieron para ubicarla. —Miró alrededor—. ¿Está bien? ¿Necesita atención médica?

—Estoy... —Ricardo se tambaleó, el agotamiento finalmente venciéndolo—. Estoy...

Lucía lo sujetó antes de que cayera.

—Lo tengo —dijo ella—. Te tengo.

Y por primera vez en veintitrés años, Ricardo Varela se permitió colapsar.

Se permitió dejar que otros cargaran con el peso.

Porque finalmente, después de tanto tiempo, la pesadilla había terminado.

O al menos, eso es lo que quería creer.

## CAPÍTULO 10

## El expediente abierto

El Hospital Universitario de Jaén olía a antiséptico y a esperanzas aplazadas. Ricardo llevaba tres días ingresado en una habitación individual del tercer piso, con vigilancia policial en la puerta las veinticuatro horas. No porque lo consideraran un peligro, le habían explicado, sino porque seguía siendo un testigo clave en lo que ya llamaban «el caso del siglo».

Las costillas no estaban rotas, solo fisuradas. La rodilla requeriría cirugía eventualmente, pero podía esperar. Las heridas menores estaban cicatrizando. El daño físico era manejable.

El daño psicológico era otra cuestión.

Cada vez que cerraba los ojos, veía el flash del disparo. El cuerpo de Emilio Vázquez cayendo. Sus propias manos —ajenas, controladas— apretando el gatillo. No importaba cuántas veces le dijeran que no había sido su culpa, que había estado drogado, manipulado. El resultado era el mismo: un hombre muerto por sus manos.

La psicóloga del hospital le había visitado dos veces. Una mujer joven, demasiado joven, con una empatía profesional que sonaba ensayada. «Síndrome de estrés postraumático», había dicho. «Completamente normal dadas las circunstancias». Como si hubiera algo normal en descubrir que parte de tu vida había sido una mentira implantada.

El inspector Ortega venía cada tarde. Siempre con más preguntas. Siempre con esa grabadora digital entre ellos, documentándolo todo.

—Cuénteme otra vez sobre la noche en Sierra Mágina. Octubre del 98.

—Ya se lo he contado cinco veces.

—Y necesito que me lo cuente una sexta. Los detalles son importantes para el caso.

Así que Ricardo repetía la historia. Los fragmentos que recordaba, los huecos que no podía llenar, la sensación persistente de que había algo más, algo crucial que su mente seguía ocultándole.

—Los médicos dicen que la memoria podría volver gradualmente—había dicho Ortega el segundo día—. O que podría no volver nunca. Los fármacos que usaban entonces eran... experimentales. No hay forma de saber el daño permanente.

*Daño permanente.* Dos palabras que resumían su vida entera.

Lucía venía cada mañana. Traía café del bar de la esquina —mucho mejor que el del hospital— y se sentaba junto a su cama durante horas, a veces hablando, a veces simplemente en silencio compartido. Tenía su propio cuarto en el mismo piso, aunque sus heridas eran menores. La retenían más por protocolo que por necesidad médica.

—¿Alguna noticia de Sergio? —preguntaba Ricardo cada día.

Y cada día, la respuesta era la misma:

—Sigue en estado crítico. No me dejan verlo. Dicen que cuando se estabilice...

Pero la frase nunca terminaba. Porque ambos sabían que «cuando se estabilice» era un eufemismo para «si sobrevive».

Sergio Mena había recibido dos disparos en la ermita. Uno en el abdomen, otro en el pecho. Había sobrevivido por pura voluntad, le habían dicho los médicos. Cualquier otro hombre de su edad habría muerto en el acto. Pero Sergio había aguantado. Había seguido luchando el tiempo suficiente para que llegara la ayuda.

Ahora estaba en coma inducido, dos pisos más abajo, mientras su cuerpo intentaba reparar décadas de daño concentradas en una noche.

—Es culpa mía —decía Lucía a veces, mirando por la ventana —. Si no hubiera empezado a investigar, si no te hubiera contactado...

—Entonces Elena seguiría libre. El programa continuaría. Y todos esos niños... —Ricardo no terminaba la frase. No hacía falta.

El cuarto día, Ortega llegó con noticias.

—Elena Ruiz ha sido formalmente acusada de cincuenta y dos cargos. Secuestro agravado. Homicidio. Conspiración para cometer crímenes contra la humanidad. Traición. —Se sentó en la silla junto a la cama—. Va a pasar el resto de su vida en prisión. De eso no hay duda.

—¿Y los demás? —preguntó Ricardo—. Vélez. Los otros del comité.

—Diecinueve personas arrestadas hasta ahora. Seis más bajo investigación. —Ortega hizo una pausa—. José Luna se declaró culpable de todos los cargos. A cambio de protección para su hijo y un trato de testigo protegido.

—¿Su hijo? El que... el que no es su hijo.

—Legalmente sigue siendo su hijo. Y el chico —Pablo— no tiene ninguna culpa. No sabe nada sobre su verdadera naturaleza. —Ortega se inclinó hacia delante—. Ahí es donde la cosa se complica, señor Varela.

Ricardo sintió un peso en el pecho.

—Los cincuenta y uno.

—Exacto. Tenemos sus nombres. Sabemos quiénes son. Pero ¿qué hacemos con esa información? ¿Los arrestamos? ¿Los interrogamos? La mayoría son víctimas. Pero también son... potenciales armas.

—Elena dijo que nunca los activó.

—Elena dice muchas cosas. Y ahora que está acorralada, podría decir cualquier cosa para negociar. —Ortega se frotó la cara —. Hemos formado un comité de ética. Psicólogos. Juristas. Expertos en derechos humanos. Tratando de decidir el protocolo correcto.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, los vigilamos discretamente. Sin que lo sepan. Por su seguridad y la de otros. —Ortega suspiró—. No es una situación ideal. Pero no hay manual para esto.

—¿Les diréis la verdad? ¿Eventualmente?

—No lo sé. Algunos argumentan que tienen derecho a saber. Otros dicen que decirles destruiría sus vidas. ¿Cómo le dices a un médico de cuarenta años que su infancia fue una mentira? ¿Que sus recuerdos fueron implantados? ¿Que no es quien cree ser?

Ricardo cerró los ojos. No tenía respuestas. Solo más preguntas.

—Hay otra cosa —dijo Ortega—. Emilio Vázquez. El hombre que usted... que le hicieron matar.

—¿Qué pasa con él?

—Tenía familia. Una hermana. Vive en Málaga. Quiere conocerle.

El estómago de Ricardo se contrajo.

—¿Para qué?

—Para entender qué pasó. Para... cerrar el círculo. —Ortega sacó una tarjeta—. Su nombre es Carmen Vázquez. Aquí está su número. Llámela cuando se sienta preparado. O no la llame. Es su decisión.

Dejó la tarjeta en la mesita de noche y se levantó.

—Una última cosa. Los medios están aquí. En el hospital. En la calle. Docenas de periodistas. Todos quieren su historia. La historia del detective que destapó la conspiración del siglo. —Hizo una pausa—. Puede hablar con ellos o no. Pero si decide hacerlo, le aconsejo que elija cuidadosamente. Algunos solo quieren sensacionalismo. Otros... otros podrían contar su historia correctamente.

Cuando Ortega se fue, Ricardo se quedó mirando la tarjeta.

*Carmen Vázquez.*

La hermana del hombre que había matado.

¿Qué le diría? ¿Cómo explicaría lo inexplicable?

---

Esa noche, incapaz de dormir, Ricardo llamó a Lucía a su habitación.

Ella llegó en pijama hospitalario, con el pelo revuelto y ojeras profundas.

—¿Estás bien?

—No. Pero necesito hablar. —Ricardo señaló la silla—. ¿Qué vas a hacer cuando salgamos de aquí?

Lucía se sentó, pensando.

—Escribir. Todo. Cada detalle. El reportaje más importante de mi vida. —Hizo una pausa—. Si mi padre sobrevive, quiero que lo lea. Quiero que vea que su sacrificio no fue en vano.

—¿Y si no sobrevive?

—Entonces escribo para él. Como memorial. —Su voz se quebró ligeramente—. Pasé veinticuatro años creyendo que estaba muerto. Luego lo recuperé por tres días. No es justo perderlo otra vez.

—La vida raramente es justa.

—¿Eso es lo que has aprendido en setenta y ocho años?

—Entre otras cosas. —Ricardo miró el techo—. También he aprendido que la justicia es un concepto más complicado de lo que pensamos cuando somos jóvenes. Que los buenos cometen errores terribles y los malos a veces tienen razones comprensibles.

—¿Estás diciendo que entiendes a Elena?

—Estoy diciendo que la entiendo y la condeno al mismo tiempo. Perdió a su hijo en un atentado terrorista. Ese dolor la rompió. Y decidió que nunca más permitiría que el caos amenazara el orden. —Ricardo la miró—. ¿Es comprensible? Sí. ¿Es excusable? Nunca.

Lucía asintió lentamente.

—Mi padre decía algo similar. Que el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones. Que los peores crímenes se cometen por gente que cree estar salvando el mundo.

—Tu padre era un hombre sabio.

—Es. Es un hombre sabio. —Lucía se limpió las lágrimas—. Tiene que serlo. Porque si no lo es, si no sobrevive, entonces todo esto... todo esto no significa nada.

Ricardo extendió la mano y Lucía la tomó. Se quedaron así, en silencio, dos personas rotas por el mismo caso, aferrándose a la única certeza que tenían: que no estaban solos.

---

El quinto día, Sergio Mena despertó.

Ricardo se enteró por una enfermera que irrumpió en su habitación con una sonrisa.

—¡Ha despertado! El señor Mena ha recuperado la consciencia.

Lucía salió corriendo de su habitación antes de que nadie pudiera detenerla. Ricardo intentó seguirla, pero su rodilla protestó violentamente. Un enfermero lo ayudó a una silla de ruedas.

—Técnicamente no deberían visitarlo todavía —dijo el enfermero—. Pero después de todo lo que han pasado... bueno, creo que podemos hacer una excepción.

Lo llevaron dos pisos abajo, a la UCI. A través de las ventanas, Ricardo vio a Lucía abrazando a su padre. Sergio estaba pálido, conectado a una docena de máquinas, pero sus ojos estaban abiertos. Vivos.

Le decía algo a Lucía. Ella asentía, llorando y riendo al mismo tiempo.

El enfermero acercó la silla de ruedas a la puerta.

—Cinco minutos —dijo—. Luego tiene que descansar.

Ricardo entró. Sergio lo vio y sonrió débilmente.

—Ricardo. Sabía que eres demasiado terco para morir.

—Mira quién habla. Dos disparos y aquí estás.

—Me perdí la parte emocionante —dijo Sergio con voz rasposa—. Lucía me contó. Elena arrestada. El programa cerrado. —Hizo una pausa—. ¿Es real? ¿O estoy soñando?

—Es real —confirmó Ricardo—. Terminó. Realmente terminó.

Sergio cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, había lágrimas.

—Veinticuatro años. Veinticuatro años persiguiendo esto. Y finalmente...

—Finalmente ganaste —dijo Lucía—. Ganaste, papá.

—No. Ganamos. —Sergio miró a Ricardo—. Los tres. Y todos esos niños cuyos nombres nunca conoceremos. Los que no sobrevivieron. Ellos ganaron también. Porque ahora el mundo sabrá lo que les hicieron.

—Ortega dice que tu testimonio será crucial en el juicio —dijo Ricardo.

—Daré mi testimonio. Cada detalle. Cada nombre. —Sergio tosió, una tos húmeda que sonó dolorosa—. Pero hay algo más. Algo que necesito decirte, Ricardo. Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? Vas a recuperarte.

—Quizá. Pero si he aprendido algo en estos años es que no podemos asumir que tendremos mañana. —Sergio hizo un gesto para que Ricardo se acercara más—. La noche que te borraron la memoria. La habitación donde te hicieron disparar a Vázquez. ¿La recuerdas?

—Fragmentos. Nada claro.

—Yo estaba ahí. Fuera del edificio. Intenté entrar, pero tenían demasiada seguridad. —Sergio apretó los puños—. Y mientras estaba ahí, impotente, vi algo. Alguien salió del edificio. Alguien que no debería haber estado ahí.

—¿Quién?

—Un niño. De unos diez años. Solo. Asustado. Corriendo hacia el bosque. —Sergio miró a Ricardo intensamente—. Lo seguí. Lo alcancé. Le pregunté su nombre.

El corazón de Ricardo empezó a latir más rápido.

—¿Y?

—Dijo que se llamaba Miguel. Miguel Ángel Torres. El niño de Vitoria. El que había sido procesado dos años antes. —Sergio tragó con dificultad—. Pero algo estaba mal. Hablaba como si fuera... como si fuera otra persona. Usaba palabras que un niño de diez años no usaría. Y sus ojos...

—¿Qué tenían sus ojos?

—Estaban vacíos. Como si no hubiera nadie dentro. Como si fuera solo... una carcasa. —Sergio hizo una pausa—. Le pregunté qué había visto en el edificio. Y me dijo algo que nunca olvidaré. Dijo: «'Vi al hombre mayor hacer que el hombre más joven matara al guardia. Y luego el hombre mayor le inyectó algo para que olvidara. Pero yo no olvidaré. Yo nunca olvido».

Ricardo sintió que el suelo se movía bajo él.

—¿Un niño vio cómo me manipulaban?

—No solo vio. Entendió. A pesar de su edad, a pesar de lo que le habían hecho, alguna parte de él seguía consciente. Seguía procesando. —Sergio cerró los ojos—. Le dije que huyera. Que se escondiera. Que no le dijera a nadie lo que había visto. Y desapareció en el bosque. No sé qué le pasó después. Si sobrevivió. Si lo recapturaron. No sé nada.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

—Porque pensé que saber que un niño había presenciado tu peor momento te destruiría aún más. —Sergio abrió los ojos—. Pero ahora, con todo expuesto, pensé que tenías derecho a saberlo. Ese niño es otro testigo. Si sigue vivo. Si podemos encontrarlo.

—Miguel Ángel Torres —murmuró Ricardo—. Está en la lista de los cincuenta y uno. Ortega mencionó su nombre. Vive en... ¿dónde era? ¿Valencia? ¿Alicante?

—Barcelona —dijo Lucía, sacando su teléfono—. Lo apunté cuando revisamos los archivos. Miguel Ángel Torres. Treinta y cinco años. Trabaja como... Dios mío, trabaja como psicólogo infantil.

Los tres se miraron.

—Un niño que fue programado, que presenció atrocidades, ahora ayuda a otros niños —dijo Ricardo lentamente—. No sé si eso es poético o trágico.

—Ambas cosas —respondió Sergio—. Como todo en este caso.

Una enfermera entró.

—Lo siento, pero el paciente necesita descansar. Tienen que irse.

Ricardo y Lucía se despidieron. Mientras el enfermero lo llevaba de vuelta a su habitación, Ricardo no podía dejar de pensar en ese niño. Miguel. Corriendo por el bosque. Cargando con el conocimiento de lo que había presenciado.

¿Lo recordaría ahora? ¿O su propia programación habría borrado esa memoria también?

Solo había una forma de averiguarlo.

---

Esa noche, Ricardo marcó el número de la tarjeta que Ortega le había dejado.

Carmen Vázquez respondió al tercer tono.

—¿Diga?

—Señora Vázquez. Soy Ricardo Varela. El inspector Ortega me dijo que quería hablar conmigo.

Hubo un silencio. Luego:

—Gracias por llamar. Sé que debe ser difícil.

—Lo es.

—¿Podemos reunirnos? En persona. Cuando salga del hospital. Hay cosas que necesito saber sobre mi hermano. Y cosas que necesito decirle.

Ricardo cerró los ojos.

—De acuerdo. Cuando me den el alta.

—Gracias. Significa... significa mucho.

Colgaron.

Ricardo se quedó mirando el teléfono en su mano. Otra conversación difícil que tendría que afrontar. Otra pieza del rompecabezas de su vida destruida que tendría que intentar recolocar.

Pero esta vez no estaba solo. Tenía a Lucía. Tenía a Sergio. Y tenía una misión: asegurarse de que la verdad sobre el Proyecto Mnemósine se contara completa.

No solo la versión oficial que llegaría a los tribunales. Sino las historias humanas. Los niños que nunca volvieron a casa. Las familias rotas. Los ejecutores que se convirtieron en víctimas. Las víctimas que se convirtieron en supervivientes.

Todas las historias importaban.

Todas merecían ser contadas.

---

El sexto día, le dieron el alta.

Ortega vino personalmente a recogerlo, junto con una escolta policial.

—Los medios están frenéticos —advirtió—. En cuanto salga del hospital, será un circo. ¿Está preparado?

—No. Pero hagámoslo de todas formas.

Lucía se unió a ellos. Sergio todavía necesitaba semanas de recuperación, pero había insistido en que no esperaran por él.

«Contad la historia», había dicho. «Mientras yo aún respiro para verla contada».

Salieron del hospital por la entrada principal. Exactamente como Ortega había predicho, era un circo. Docenas de cámaras. Periodistas gritando preguntas. Flashes cegadores.

—¡Señor Varela! ¿Cómo se siente?

—¡Es cierto que la jueza Ruiz ordenó su asesinato?

—¡Cuántos niños fueron víctimas del programa?

—¿Demandará al gobierno?

Ricardo levantó una mano pidiendo silencio. Milagrosamente, funcionó. El caos se calmó a un murmullo.

—Daré una conferencia de prensa —dijo—. Mañana. En Madrid. En ella, responderé todas sus preguntas. Pero ahora, déjenme decir solo esto:

Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Durante veintitrés años viví con un agujero en mi memoria. Con la sensación de que algo terrible me había sido robado. Ahora sé qué era: mi agencia. Mi derecho a elegir. Mi verdad. —Miró directamente a las cámaras—. Cincuenta y un personas viven ahora con ese mismo agujero. No saben que fueron programados. No saben que sus recuerdos son mentiras. Y esa es la tragedia final del Proyecto Mnemósine: no solo destruyó vidas. Destruyó la capacidad de saber que tus vidas fueron destruidas.

—¿Qué deberían hacer esas cincuenta y un personas? —gritó un periodista.

—Esa decisión no me corresponde a mí. Corresponde a expertos en ética, psicología, derecho. Y corresponde a ellos, eventualmente, cuando la verdad les sea revelada. —Ricardo hizo otra pausa—. Pero lo que sí puedo decir es esto: lo que te hicieron no define quién eres. La programación no es destino. Y la verdad, por dolorosa que sea, es siempre mejor que una mentira cómoda.

Se subió al coche policial. Lucía lo siguió. Las puertas se cerraron, amortiguando el rugido de los periodistas.

Mientras el coche se alejaba del hospital, Ricardo miró por la ventanilla. La vida continuaba. Gente caminando por las calles. Niños jugando en un parque. El mundo girando como siempre.

Pero algo había cambiado.

Una herida secreta había sido expuesta.

Y ahora, lentamente, dolorosamente, podía empezar a sanar.

---

Tres semanas después, Ricardo estaba en Barcelona.

Había viajado solo. Lucía se había quedado en Jaén con su padre, documentando su recuperación para el reportaje que estaba escribiendo. Ortega había dado su bendición para el viaje, aunque con advertencias sobre no interferir con testigos potenciales.

Pero Ricardo no estaba ahí como investigador.

Estaba ahí como... ¿qué? ¿Una víctima buscando conectar con otra víctima? ¿Un anciano buscando cerrar un círculo?

No estaba seguro.

La consulta de Miguel Ángel Torres estaba en el Eixample, en un edificio modernista restaurado. En la placa junto a la puerta decía: «Dr. Miguel Á. Torres - Psicología Infantil - Especialización en Trauma».

*Especialización en trauma.*

Por supuesto.

Ricardo subió las escaleras lentamente. Llegó sin cita, lo cual era tremendamente irrespetuoso, pero no había sido capaz de llamar por teléfono. No sabía qué decir. Cómo empezar.

La sala de espera estaba vacía. Una recepcionista joven levantó la vista.

—¿Tiene cita?

—No. Pero necesito hablar con el doctor Torres. Es sobre... un caso antiguo. Uno que nos conecta.

La recepcionista frunció el ceño, pero descolgó el teléfono interno.

—Doctor, hay un señor aquí que dice que necesita hablar con usted sobre un caso antiguo... —Escuchó un momento—. Su nombre es Ricardo Varela.

Hubo una pausa larga.

—El doctor dice que pase.

La recepcionista señaló una puerta. Ricardo la abrió y entró.

El despacho era acogedor. Paredes pintadas en tonos suaves. Estanterías llenas de libros sobre psicología infantil. Un escritorio de madera donde se sentaba un hombre de treinta y tantos años.

Miguel Ángel Torres era delgado, con el pelo oscuro empezando a encanecer prematuramente. Llevaba gafas redondas. Sus ojos, cuando miraron a Ricardo, eran inteligentes pero cautelosos.

—Señor Varela. —Su voz era suave, modulada—. He seguido su caso en las noticias. Siento mucho lo que le hicieron.

—Gracias. —Ricardo se sentó sin que se lo pidieran—. Imagino que sabes por qué estoy aquí.

Miguel se quitó las gafas y las limpió con un paño. Era un gesto que parecía diseñado para ganar tiempo.

—Estoy en la lista —dijo finalmente—. Una de las cincuenta y un personas procesadas por el Proyecto Mnemósine. Lo supe cuando la noticia se hizo pública. Cuando publicaron los nombres redactados pero reconocibles para aquellos que sabíamos dónde mirar.

—¿Y?

—¿Y qué se supone que deba sentir? —Miguel volvió a ponerse las gafas—. Que mi infancia fue una mentira. Que los recuerdos que tengo de mis padres biológicos fueron implantados. Que soy, en esencia, un experimento que salió bien.

—¿Lo ves así? ¿Como un experimento exitoso?

—¿Cómo debería verlo? —Miguel se reclinó en su silla—. Me dieron una vida. No la que habría tenido naturalmente, pero una vida de todas formas. Me convertí en psicólogo. Ayudo a niños traumatizados. Hago bien en el mundo. ¿Debería rechazar todo eso porque la forma en que llegué aquí fue... poco ortodoxa?

—Poco ortodoxa es quedarse corto.

—Criminal, entonces. Inmoral. Monstruoso. —Miguel asintió —. Todas esas palabras son ciertas. Y, sin embargo, aquí estoy. Vivo. Funcional. Y consciente, señor Varela, completamente consciente de lo que soy.

Ricardo se inclinó hacia delante.

—Sergio Mena me dijo que te vio. La noche que me programaron para matar a Emilio Vázquez. Dijo que tú estabas ahí. Que presenciaste...

—Todo —completó Miguel—. Presencié todo. Y sí, lo recuerdo. A pesar de mi propia programación, esa noche quedó grabada. Supongo que presenciar tu propia obsolescencia programática tiene ese efecto.

—¿Tu obsolescencia?

—Verme a mí mismo, o lo que me habían convertido, siendo usado para destruir a otro. Verme como herramienta. —Miguel sonrió sin humor—. Fue como mirarse en un espejo y no reconocer el reflejo. Algo se rompió esa noche. Algo en mi programación falló. Y empecé a recordar cosas que se suponía que debía olvidar.

—¿Por eso te hiciste psicólogo? ¿Para entender lo que te hicieron?

—En parte. También para evitar que le pase a otros. —Miguel miró las fotografías en su pared: niños sonriendo, dibujos infantiles —. Cada niño que trato, cada trauma que ayudo a sanar, es una pequeña victoria contra lo que me hicieron. Contra lo que Elena Ruiz hizo.

—¿Testificarás en el juicio?

—Ya lo hice. Di mi declaración hace dos semanas. Ortega vino personalmente a tomarla. —Miguel hizo una pausa—. Pero hay algo más. Algo que no le dije a Ortega. Algo que solo usted debería saber.

El corazón de Ricardo se aceleró.

—¿Qué?

—La noche que presencié su... reprogramación. Cuando estaba corriendo por el bosque. Vi algo más. —Miguel se levantó y fue a la ventana—. Vi a Elena Ruiz. Más joven entonces, pero inconfundible. Y estaba con alguien. Alguien a quien trataba con deferencia. Como si esa persona estuviera por encima de ella.

—¿Quién?

—No vi su rostro. Estaba en las sombras. Pero oí su voz. —Miguel se giró—. Y era una voz que reconocería años después. Una voz que todos en España conocen.

Ricardo se puso de pie, ignorando el dolor de la rodilla.

—Dímelo.

—¿Está seguro de que quiere saberlo? Porque una vez que lo sepa, no podrá desconocerlo. Y podría destruir más de lo que ya se ha destruido.

—Dímelo.

Miguel lo miró durante un largo momento. Luego asintió.

—Era el Rey. El Rey Juan Carlos. O alguien que sonaba exactamente como él. —Hizo una pausa—. El Proyecto Mnemósine no fue solo una operación de servicios de inteligencia, señor Varela. Tenía aprobación desde lo más alto. Desde la Corona misma.

Ricardo sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—Eso es... eso es imposible de probar.

—Lo sé. Por eso nunca lo mencioné. ¿Qué haría esa información excepto crear más caos? ¿Más dolor? —Miguel volvió a

su silla—. Pero usted merecía saberlo. Porque si alguna vez se pregunta qué tan profundo llega esto, ahora tiene su respuesta: llega hasta donde llegan las sombras más largas del poder.

Ricardo se dejó caer en su silla.

—¿Qué se supone que deba hacer con esto?

—Nada. O todo. Es su elección. —Miguel se encogió de hombros—. Yo elegí vivir mi vida. Ayudar donde puedo. Y cargar con el conocimiento de que fui parte de algo monstruoso sin haber elegido serlo. Es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer.

Se quedaron en silencio durante varios minutos.

Finalmente, Ricardo se levantó.

—Gracias. Por contarme.

—Gracias a usted. Por venir. Por... por ver más allá de lo que nos hicieron y reconocer que seguimos siendo humanos. —Miguel extendió la mano—. Para lo que vale, creo que hizo lo correcto. Exponiendo todo. Aunque duela.

Ricardo estrechó su mano.

—¿Duele?

—Todos los días. Pero el dolor significa que estoy vivo. Que soy real. Y después de todo lo que nos hicieron, la realidad, por dolorosa que sea, es un regalo.

Ricardo salió del despacho. Bajó las escaleras. Salió a las calles de Barcelona donde la vida continuaba, ajena a las conversaciones que acababan de tener lugar.

Un niño programado que se convirtió en sanador.

Un detective destruido que se convirtió en testigo.

Y una verdad tan grande, tan imposible, que quizá nunca sería completamente contada.

Pero al menos ahora estaba ahí fuera.

En el mundo.

Donde las sombras ya no podían ocultarla completamente.

---

Dos meses después, en una pequeña cafetería en el Retiro de Madrid, Ricardo Varela se reunió con Carmen Vázquez.

Ella era mayor de lo que había imaginado. Sesenta y tantos. Con el pelo gris y las manos temblorosas.

Se sentaron en silencio durante un momento. Luego ella habló:

—No lo culpo.

Ricardo parpadeó.

—¿Qué?

—Por mi hermano. Por Emilio. No lo culpo. —Carmen sacó una fotografía de su bolso—. Este era mi hermano. Antes de que su hijo fuera tomado. Antes de que su mundo se derrumbara. Era feliz entonces.

La foto mostraba a un hombre joven sonriendo, con un niño en brazos.

—Después de que Miguel desapareciera, Emilio cambió. Se volvió... obsesionado. Con exponer la verdad. Con venganza. —Carmen guardó la foto—. Y esa obsesión lo mató. No usted. No directamente. La obsesión.

—Pero mis manos apretaron el gatillo.

—Sus manos bajo el control de otros. —Carmen lo miró directamente—. He pasado dos meses decidiendo si odiarlo. Y he decidido que no. Porque odiar a otra víctima no trae de vuelta a mi hermano.

—¿Entonces por qué quería verme?

—Porque necesitaba mirarle a los ojos. Necesitaba ver si había remordimiento. —Carmen asintió—. Y lo hay. Lo veo. Así que quiero que sepa esto: Emilio habría querido que continuara. Habría querido que expusiera toda la verdad. Y lo hizo. A través de usted, a través de los archivos que dejó, lo hizo.

—Su hermano era un héroe.

—Era un hombre roto intentando salvar a otros de romperse. Como todos ustedes. —Carmen se levantó—. Gracias por reunirse conmigo, señor Varela. Y cuídese. El mundo necesita personas dispuestas a decir verdades incómodas.

Se fue.

Ricardo se quedó solo en la cafetería, con un café frío y el peso de dos meses de revelaciones sobre sus hombros.

El juicio de Elena Ruiz comenzaría en una semana. Él testificaría. Lucía publicaría su reportaje. Sergio, ya recuperado, daría entrevistas.

La verdad estaba saliendo.

Pero también estaba la otra verdad. La que Miguel le había contado. La sombra más larga.

¿La revelaría? ¿O la dejaría enterrada, sabiendo que algunos secretos eran demasiado grandes, demasiado destructivos?

No tenía respuesta.

Todavía no.

Pero cuando llegara el momento—y llegaría—sabría qué hacer.

Porque después de todo, lo que les habían enseñado los últimos meses era esto:

La verdad no termina con su revelación.

Apenas comienza.

Y el expediente 47, después de tantos años cerrado, finalmente estaba abierto.

Para siempre.

---

**FIN DE LA NOVELA**

*O quizá, solo el principio de algo más grande.*

---